El reino de Nápoles de Fernando el Católico a Carlos V (1506-1522)*

Carlos José Hernando Sánchez
Universidad Complutense de Madrid

La imagen dinástica

> San Matheo quenta la historia largamente, dize, que como huviesse nacido Iesus en Bethlem, en tiempo del Rey Herodes, luego acudieron los Magos de Oriente, que esta grandeza y magestad trae consigo la persona de un Rey, hazer corte del lugar donde reside, aunque sea como Bethlem, ciudad muy pobre, porque luego acuden allí los grandes de su casa y de su Corte, los embaxadores de otros Reynos. En fin las fiestas que estos días ay en Bethlem, no es más de que está allí el Rey, y acude toda la Corte. ECCE MAGI.
>
> Cristóbal de Fonseca, *Vida de Christo Señor Nuestro*, Barcelona, 1597, f. 187.

Entre los numerosos cuadros de devoción pintados en Nápoles durante las primeras décadas del siglo XVI el Museo Civico de Castelnuovo conserva una *Adoración de los Magos* que durante mucho tiempo presidió la Capilla Real de Santa Bárbara. Su autor, el calabrés Marco Cardisco (hacia 1485-1542), forma parte de la generación de artistas que en esos años siguieron cultivando la tradición sincrética de la pintura napolitana inaugurada en la época de Alfonso V de Aragón como encrucijada de las influencias de Flandes, Roma y Florencia, en estrecho contacto con las escuelas españolas y especialmente con la levantina. Al igual que los dos máximos protagonistas de ésta última a principios del Quinientos, Fernando Llanos y Fernando Yañez de la Almedina, en los que se ha visto el más cercano referente es-

* Abreviaturas empleadas: AGS: Archivo General de Simancas; ASN: Archivo di Stato di Napoli; BNM: Biblioteca Nacional de Madrid; BNN: Biblioteca Nazionale di Napoli; CS y C: Colección Salazar y Castro; RAH: Real Academia de la Historia; ZAB: Archivo y Biblioteca Zabálburu (Madrid).

Marco Cardisco. *Adoración de los Magos*, Nápoles, Museo Cívico de Castelnuovo.

tilístico para la obra de Castelnuovo, Cardisco revela una fuerte influencia de Leonardo, patente en el paisaje que se descubre tras las vigas del portal y en el rostro de la Virgen, mientras en otras figuras parece predominar el eco de Rafael. Enseguida llama la atención el contraste entre el fondo convencional de la Sagrada Familia y el realismo de los tres reyes, ninguno de los cuales luce la barba que la tradición solía asociar al menos con los dos Magos de mayor edad y cuyo suntuoso atuendo cortesano, habitual en tales representaciones, constituye un fiel testimonio

de la moda imperante entre finales del siglo XV y principios del XVI. La exactitud de los rostros, inequívocos retratos, alcanza un grado de identificación inconfundible en la figura del rey que permanece de pie a la derecha y al que presta su imagen el joven Carlos V. De acuerdo con el género de los retratos disimulados o disfrazados, la superposición de identidades distintas revela los ideales del personaje a través de una serie de atributos iconográficos codificados[1], en este caso dentro de un programa de legitimación dinástica cuya clave se encuentra en las figuras de los otros dos reyes, tradicionalmente asociados con dos monarcas de la dinastía aragonesa de Nápoles. Sin embargo, hasta ahora no ha habido unanimidad en su identificación, barajándose la hipótesis de que se trate de Alfonso II de Aragón en el caso del rey arrodillado en primer término y de Ferrante I[2] o Federico III, el último soberano independiente del reino, en el del monarca que, a la izquierda, se dispone a rendir homenaje con un gesto previo a la genuflexión[3]. Los equívocos sobre la iconografía de los monarcas aragoneses y, por tanto, sobre la identidad de los personajes que sustentan el mensaje político del cuadro, han impedido una lectura sólo abordable a la luz conjunta del simbolismo fijado en similares representaciones y de

[1] *Vid.* PORTUS, J., «"Soy tu hechura". Un ensayo sobre las fronteras del retrato cortesano en España», en CHECA, F.; FALOMIR, M., y PORTUS, J., *Carlos V. Retratos de familia*, Madrid, 2000, págs. 181-219 y 182-190.

[2] Al igual que en el caso de su hijo, Ferrante II, utilizamos ésta denominación vulgarizada italiana en lugar de Ferdinando, Fernando o Hernando —como aparece en la documentación y en las crónicas castellanas— para facilitar su distinción del Rey Católico y de otros personajes omónimos.

[3] El cuadro, un óleo sobre tabla de grandes dimensiones —255 × 270 cm.— pasó en el siglo XIX de la Capilla Palatina de Santa Barbara al Museo Nazionale di San Martino y hace unos años fue trasladado al nuevo Museo Civico di Castelnuovo. *Vid.* BOLOGNA, F., *Mostra del ritratto storico napoletano*, Nápoles, 1954, pág. 10; ID., *Roviale spagnuolo e la pittura napoletana del Cinquecento*, Nápoles, 1959, pág. 78; BOSQUE, DE A., *Artisti italiani in Spagna dal XIV secolo ai re cattolici*, Milán, 1968, págs. 276-277; ABBATE, F., «A proposito del "Trionfo di Sant'Agostino" di Marco Cardisco», *Paragone*, 1970, núm. 243, pág. 41; ABBATE, F., «La pittura napoletana fino all'arrivo di Giorgio Vasari», en ABBATE, F., y PREVITALI, G., *La pittura napoletana del '500, Storia di Napoli*, V, 2, Nápoles-Cava dei Tirreni, 1972, págs. 829-911: 837-838; KALBY, L.G., *Classicismo e maniera nell'officina meridionale*, Nápoles-Cercola, 1975, pág. 72; PREVITALI, G., *La pittura del Cinquecento a Napoli e nel Vicereame*, Turín, 1978, pág. 30; *Leonardo e il leonardismo a Napoli e a Roma* (Catálogo de la exposición), Florencia, 1983, págs. 187-188; PREVITALI, G. (coord.), *Andrea da Salerno nel Rinascimento Meridionale* (Catálogo de la exposición), Florencia, 1986, págs. 217-218; GIUSTI, P., y LEONE DE CASTRIS, P., *Pittura del Cinquecento a Napoli. 1510-1540. Forastieri e regnicoli*, Nápoles, 1988, págs. 226-227, 246-247 y 281-284 y LEONE DE CASTRIS, P., *Catalogo del Museo Civico di Castelnuovo*, Nápoles, 1999, pág. 132, donde se califica la obra como «una sorta di ricapitolazione legittimistica della discendenza ereditaria al trono di Napoli» y se afirma que «pare probabile riconoscere negli altri due re sulla sinistra Ferrante I e Alfonso II d'Aragona», datándola entre 1518, fecha de la *Sagrada Familia de Francisco I* de Rafael de la que procedería la figura de San José en la tabla de Cardisco, y 1519, ya que Carlos I «vi compare come re di Spagna e di Napoli ma non ancora come imperatore». Francesco Abbate ha sostenido que los dos reyes que acompañan al joven Carlos son sus abuelos Fernando el Católico y Maximiliano I de Austria, a pesar de que la iconografía de éste último impide claramente tal identificación: ABBATE, F., *La scultura napoletana del Cinquecento*, Roma, 1992, pág. 128.

los acontecimientos que determinaron la suerte del reino de Nápoles en esos años cruciales.

Los tres monarcas encarnan otros tantos momentos de una secuencia dinástica que se ve reforzada por los significados acumulados en la tradición de los Reyes Magos, de acuerdo con la interpretación simbólica difundida en el siglo XV por obras como la *Vita Jesu Christi* de Ludolfo de Sajonia o el *Arbor Vitae* de Ubertino da Casale[4]. Los reyes, que ejemplifican tres edades de la vida humana —y, en otros casos, las tres partes o razas del mundo— y tres gestos reverenciales, llevan tres atributos simbólicos —identificados en el siglo XII por San Bernardo con el oro que debía socorrer la pobreza de la Virgen, el incienso para apagar el mal olor del establo y la mirra para ungir al Niño— que remiten a la triple naturaleza del recién nacido como rey, como Dios y como hombre mortal[5], y pueden ponerse también en relación con las tres virtudes teologales. El más anciano de los Magos y el primero en llegar al portal por encabezar la regia comitiva se arrodilla ante el Niño tras haberse despojado de la corona que aparece en el suelo, ofreciéndole oro como homenaje a su realeza y símbolo del amor debido a ésta; el rey de edad mediana se inclina ante el recién nacido y lleva en la mano el incienso que es símbolo de adoración a su naturaleza divina y, por tanto, emblema de la fe, mientras que más lejos y de pie, el más joven de los reyes sostiene una copa con la mirra utilizada para embalsamar los cuerpos como premonición de la muerte redentora de Cristo y emblema de la esperanza en la resurrección[6]. Completan la composición los habituales acompañantes de los reyes, en este caso con un claro protagonismo de los caballos del cortejo, distribuidos simétricamente a cada lado del portal, en una posible referencia al simbolismo ecuestre del reino de Nápoles y de su capital[7]. La presencia de un palafrenero con rasgos árabes que luce un turbante en el lado donde se encuentra Carlos de Austria podría contener además una alusión a las expectativas de cruzada depositadas en el nuevo monarca como continuador de la tradición de sus predecesores aragoneses, revitalizada por las necesidades de la defensa del reino de Nápoles frente a los crecientes ataques otomanos[8]. Asimismo, la centralidad de la corona, depositada

[4] La obra de Ludolfo de Sajonia fue traducida al castellano por fray Ambrosio Montesino y publicada en Alcalá en 1502-1503 por Stanislao Polono con un grabado en la portada donde aparecían representados los Reyes Católicos recibiendo el libro, a ellos dedicado.

[5] DE LA VORAGINE, S., *La Leyenda dorada*, vol I, Madrid, 1999, págs. 91-97 y 96-97.

[6] *Vid.* REAU, L., *Iconografía del Arte Cristiano*, t. 1, vol. 2, *Iconografía de la Biblia-Nuevo Testamento*, Barcelona, 1996, págs. 247-266; CARDINI, F., *La stella e i re. Mito e storia dei magi*, Florencia, 1993.

[7] *Vid.* HERNANDO SÁNCHEZ, C. J., «"La gloria del cavallo". Saber ecuestre y cultura caballeresca en el reino de Nápoles durante el siglo XVI», en MARTÍNEZ MILLÁN, J. (ed.), *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica*, Madrid, 1998, t. IV, págs. 277-310.

[8] El ideal de cruzada constituyó un elemento fundamental de la imagen de Fernando el Católico que, poco después de su muerte, fue representado a través de una figura clásica idealizada en la estancia del *Incendio del Borgo* en el Vaticano junto a las imágenes de otros príncipes cristianos distinguidos por su lucha caballeresca contra los infieles como Carlomagno o Godofredo de Bouillon y bajo

por el rey arrodillado a los pies de la Virgen, asume un carácter representativo del mensaje dinástico de toda la composición.

El simbolismo político de la Epifanía, asociado a diversas ceremonias y rituales[9], fue intensamente utilizado en la Florencia del siglo XV, especialmente por los Médicis, así como en la corte de los duques de Borgoña y en el Portugal de Manuel el Afortunado[10]. Pero sobre todo alcanzó especial difusión bajo los Reyes Católicos[11] continuando con una tendencia de la Corona de Aragón que había dado lugar a obras como el retablo de Jaume Huguet de la Capilla de Santa Agueda del Palacio

---

la inscripción *Ferdinandus Rex Catholicus, Christiani Imperii Propagator. Vid.* SESMA MUÑOZ, J. A., «Ser rey a finales del siglo XV», en SARASA, E. (coord.), *Fernando II de Aragón el Rey Católico*, Zaragoza, 1996, págs. 109-110; MORTE GARCÍA, C., «La iconografía real», *ibidem*, págs. 143-180 y 163-164; MARTÍN PINA, M., «La ideología del poder y el espíritu de cruzada en la narrativa caballeresca del reinado fernandino», *ibidem*, págs. 87-105 y MILHOU, A., *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscano español*, Valladolid, 1983, págs. 394-400. Esa imagen, que alcanzó su maxima justificación con la conquista de Granada y las campañas norteafricanas —especialmente en 1509 y 1510—, se vio reforzada por la incorporación del reino de Nápoles y el título de rey de Jerusalén, que llevó al Rey Católico a presentarse como continuador de sus predecesores napolitanos en la defensa de la Cristiandad. Un testimonio de esa actitud se encuentra en el manuscrito de la traducción latina del discurso *A Nicocles* de Isócrates por el obispo Alejandro de Gallipoli, conservado en el Archivo y Biblioteca de la Fundación Zabálburu de Madrid, dedicado a *Ferdinando Aragonio Hispanorum Siculorum Italorum et Catholico Pio Iusto Invictoque Regi* y en cuya portada aparece el retrato de Fernando. El discurso de Isócrates fue uno de los más difundidos tratados clásicos sobre los deberes y virtudes del gobernante en el Renacimiento. El rey de Chipre Nicocles, a quien estaba dirigido, se presentaba como campeón de la helenidad frente al imperio persa, lo que permitía una fácil trasposición con Fernando el Católico y su lucha contra el avance turco, al tiempo que se recordaba el mecenazgo de los anteriores reyes aragoneses de Nápoles. *Vid. La paz y la guerra en la época del Tratado de Tordesillas* (catálogo de la exposición), Madrid, 1994, núm. 8, págs. 70-71. Años antes, Jacopo Sannazaro había presentado al mismo Fernando como campeón de la Cristiandad asociando su figura con el personaje alegórico de la Fe que cantaba las alabanzas del monarca en la égloga representada en la corte napolitana para celebrar la toma de Granada en 1492. *Vid.* DE TEJADA, E., *Nápoles Hispánico*, Madrid, 1958, págs. 326-328.

[9] *Vid.* PRIVAT, J. M., «Rois Mages, images des rois (matériaux pour une recherche)», en DOFOURNET, J.; FIORATO, A., y REDONDO, A. (eds.), *Le pouvoir monarchique et ses supports idéologiques aux XIVe-XVIIe siècles*, París, 1990, págs. 213-230.

[10] *Vid.* ALVES, A. M., *Iconologia do poder real no período manuelino*, Lisboa, 1985.

[11] Muestra de ello es la tabla central del célebre retablo de Santa Ana en la capilla de Gutierre de Mier de la iglesia parroquial de Cervera de Pisuerga (Palencia), datada hacia 1496, en la que algunos han visto representados a Maximiliano I y Fernando el Católico mientras que la presencia del Toisón en el pecho del rey negro aludiría a los proyectos comunes de cruzada, enmarcados en una representación a la vez litúrgica y alegórica de la fiesta de la Epifanía. *Vid.* VANDEVIVERE, I., «Adoración de los Magos», en *Juan de Flandes* (Catálogo de la exposición en el Museo Nacional del Prado), Madrid, 1986, págs. 54-61. Esa interpretación, dificultada por la complejidad simbólica de la obra, ha sido cuestionada en BERMEJO, E., y PORTUS, J., *Juan de Flandes*, Madrid, 1988, págs. 6-14 y 74-76; MARÍAS, F., *El largo siglo XVI Los usos artísticos del Renacimiento español*, Madrid, 1989, págs. 155-156 y SAENZ DE MIERA, J., «La Adoración de los Reyes Magos», en CHECA CREMADES, F. (coord.), *Reyes y mecenas. Los Reyes Católicos, Maximiliano I y los inicios de la casa de Austria en España*, Madrid, 1992, págs. 338-340.

Real de Barcelona, encargada para ese espacio áulico contrapuesto al de la Generlitat entre 1464 y 1466 a modo de exvoto legitimador de las aspiraciones del Condestable Pedro de Portugal, pretendiente al trono del Principado frente a Juan II de Aragón. El 6 de enero era una fecha simbólica en la corte aragonesa desde que Pedro el Ceremonioso implantara ese día una ceremonia en la que el rey, durante la misa, asumía el papel de los Magos para efectuar una ofrenda de oro, incienso y mirra en un gesto de soberana reverencia[12]. Por otro lado, la multiplicación de piezas teatrales sobre el tema de los Reyes Magos que se produjo en el ámbito hispánico desde finales del siglo XV a partir de las representaciones sacras medievales, respondía a un sentido celebrativo del poder ligado a intereses políticos inmediatos, como refleja la *Egloga real* compuesta por el Bachiller de la Pradilla para ser representada en Valladolid durante la Navidad de 1517 con motivo de la llegada a España del nuevo monarca Carlos de Austria[13]. Si las analogías con algunos elementos del pasaje evangélico de San Mateo servían para glorificar al nuevo rey en el complejo momento de la sucesión en Castilla, la identificación de monarcas actuales con los legendarios Magos adquiría mayor sentido aún en Nápoles, cuyos soberanos ostentaban el título de reyes de Jerusalén y eran ungidos y coronados por un legado pontificio[14]. A ello se unía la profusión del tema de la Epifanía en la pintura napolitana del período, mientras que en escultura el cuadro de Cardisco es contemporáneo del relieve en mármol labrado por Bartolomé Ordóñez en la Capilla Caracciolo de Vico en San Giovanni a Carbonara, uno de cuyos Magos ha querido identificarse con Fernando el Católico[15].

Al igual que en el retablo de la Capilla Real de Barcelona, el encargo de la tabla de la Capilla Real de Nápoles se inscribe en una reforma de la residencia oficial del

---

[12] *Vid.* RIBERA, M. M., *Real Capilla de Barcelona, la mayor y más principal de los Reynos de la Corona de Aragón,* Barcelona, 1698; TORRA PÉREZ, A., «Reyes, santos y reliquias. Aspectos de la sacralidad de la monarquía catalano-aragonesa», *Actas del XV° Congreso de Historia de la Corona de Aragón. «El poder real en la Corona de Aragón (siglos XIV-XVI)»*, vol. I-3, Zaragoza, 1966, págs. 493-517; BARRACHINA NAVARRO, J., «Retaule del Conestable», en *Jaume Huguet. 500 anys,* Barcelona, 1993, págs. 168-173; MOLINA I FIGUERAS, J., *Arte, devoción y poder en la pintura tardogótica catalana,* Murcia, 1999, págs. 156-171. La ofrenda de los tres dones seguía vigente en el siglo XVI, como atestiguan las referencias de época de Felipe II a los cálices utilizados para contenerlos. *Vid.* CHECA CREMADES, F., *Felipe II mecenas de las artes,* Madrid, 1992, pág. 295. Por otro lado, el 6 de enero de 1492 fue la fecha en que los Reyes Católicos hicieron su solemne entrada en Granada tras la reconquista de la ciudad y el 5 de enero, víspera de la Epifanía, fue el dia elegido en 1515 para proclamar solemnemente la mayoría de edad de Carlos de Austria como duque de Borgoña ante los Estados Generales de los Países Bajos reunidos en Bruselas.

[13] *Vid.* INFANTES, V., «Poesía teatral en la corte: historia de las *Eglogas* de Diego Guillén de Avila y Fernando del Prado», en DEYEREMOND, A., y MACPHERSON, I., *The Age of the Catholic Monarchs, 1474-1516. Literary Studies in memory of Keith Whinnom*, Liverpool, 1989, págs. 76-82 y DÍEZ BORQUE, J. M., «Teatro del poder en la España del siglo XVI: la imagen del emperador Carlos V», en *Sevilla en el Imperio de Carlos V: encrucijada entre dos mundos y dos épocas,* Sevilla, 1992, págs. 163-184.

[14] *Vid.* MAZZELLA, S., *Descrittione del regno di Napoli*, Nápoles, 1601 (2.ª ed.), págs. 475-487.

[15] ABBATE, F., *La scultura napoletana del Cinquecento...*, págs. 115-129.

soberano y, en este caso, de su representante, encarnación de una majestad ausente de la que la obra de Cardisco venía a ofrecer una imagen sacralizada, acorde con el concepto de *Sacra regia maiestas* recurrente en los documentos de la Cancillería aragonesa de Nápoles[16]. La casa de Aragón aparecía fundida con la Sagrada Familia en una suerte de corte ideal donde las efigies del nuevo soberano y de sus predecesores se hacían presentes de un modo solemne y ritualizado. A fin de contrarrestar tanto la lejanía de la persona y la corte regias como las polémicas dinásticas agravadas por la reciente sucesión en el trono, Carlos de Austria afirmaba su presencia ante la reverente contemplación de los miembros de la alta nobleza y de la corte virreinal que frecuentaban ese espacio impregnado de significado político y religioso como ámbito de frecuentes ceremonias oficiales. En los años en que se encargó el cuadro Castelnuovo era el marco de una intensa sociabilidad aristocrática y cortesana bajo el virrey catalán Ramón Folch de Cardona. El edificio representaba la soberanía regia y las vicisitudes dinásticas del reino desde su construcción por Carlos I de Anjou y sus sucesores, que erigieron la Capilla Real en su momento decorada por frescos de Giotto y su escuela, hasta Alfonso V, bajo el que Francesco Laurana comenzó el arco de triunfo de su portada para recordar la célebre entrada a la romana del soberano aragonés en Nápoles tras la conquista de la capital en 1442, mientras Guillem Sagrera levantaba la *Sala dei Baroni*, escenario de las grandes fiestas de la corte aragonesa y virreinal, como el banquete y el baile organizados por el virrey Cardona que, entre alusiones galantes y simbólicas de estilizada teatralidad, protagonizaron los grandes nobles como el marqués de Pescara para celebrar la elección imperial de Carlos V en 1519[17]. Desde tiempos del Gran Capitán se habían acometido obras de sistematización general y el inicio de una muralla abalaurtada exterior para convertir el conjunto en una moderna ciudadela capaz de resistir los embates de la artillería y de la nueva técnica de minas que, según la tradición, ensayó por primera vez Pedro Navarro en ese mismo lugar. Ese edificio-símbolo, donde se alojaría el Emperador en 1535, seguiría siendo residencia oficial de los virreyes hasta la construcción junto a él de un nuevo palacio virreinal en 1550 por Pedro de Toledo[18].

Pieza votiva, datada estilísticamente en los años inmediatamente posteriores a la sucesión de Fernando el Católico por Carlos de Austria, la *Adoración* de Cardisco plantea el enigma de identificar a los dos reyes de mayor edad. Al parecido del rey de edad mediana de la izquierda con la iconografía de Fernando el Católico[19] se

---

[16] *Vid.* RYDER, A., *El reino de Nápoles en la época de Alfonso el Magnánimo*, Valencia, 1987, págs. 127-128.

[17] *Vid.* GRAVINA, P., *Epistolario* (ed. de A. Della Rocca), Nápoles, 1992, págs. 142-145: carta a «Tranquillo», Nápoles, julio 1519.

[18] *Vid.* FILANGIERI, R., *Castel Nuovo. Regia angioina e aragonese*, Nápoles, 1934.

[19] *Vid.* PARDO CANALIS, E., *Iconografía de Fernando el Católico*, Zaragoza, 1962; MORTE GARCÍA, C., «La iconografía real», págs. 143-180. La imagen de Fernando -que aparece también dentro de un tondo en el citado manuscrito de la traducción de Isócrates realizada en ámbito napolitano al final de su

une la oportunidad política de su inclusión en la obra durante el complejo período del tránsito de reinado que, en cambio, haría inexplicable la aparición del último y denostado rey de Nápoles Federico III, ya que el cuestionamiento de su legitimidad constituía el fundamento de la incorporación del reino a la rama principal aragonesa y sus hijos —sobre todo el duque de Calabria Fernando de Aragón, preso en Játiva desde 1512— seguían alentando peligrosas expectativas sobre el trono napolitano que el joven Carlos de Austria sólo podía desear neutralizar. En cuanto al más anciano de los Magos, el parecido físico responde en mayor medida a Ferrante I de Nápoles que a su hijo Alfonso II[20], mientras que el collar y el traje —el único recubierto de armiño— podrían hacer referencia a la orden del Armiño fundada por Ferrante[21]. La efigie de éste había sido profusamente reproducida en

reinado era conocida en Nápoles desde antes de su estancia en 1506-1507 ya que existió una notable circulación de retratos con la rama local de la casa de Aragón en función de las habituales exigencias de la política matrimonial, como refleja el conocido hecho de que en 1486 el propio monarca se disculpara ante su hermana Juana, mujer de Ferrante I, por no poder corresponder al retrato enviado por ésta al faltar en España los artistas adecuados, una carencia que empezaría a colmarse en la década de 1490 con la llegada a Castilla de pintores como Miguel Sittow o Juan de Flandes, a quienes se atribuyen las más conocidas representaciones del Rey Católico. *Vid.* MORTE GARCÍA, C., «Fernando el Católico y las artes», en *Las Artes en Aragón durante el reinado de Fernando el Católico (1479-1516)*, Zaragoza, 1993, págs. 155-198 y 173. La *Adoración* de Cardisco refleja el rostro del monarca de acuerdo con esos modelos y lo presenta vestido con un atuendo que recuerda las descripciones del lujoso traje con el que hizo su entrada en Nápoles en 1506, a la que nos referiremos más adelante. Asimismo, la cadena que luce presenta una gran semejanza con otras piezas de grandes eslabones —cuya posesión por el rey atestigua la documentación— con que está retratado en obras como la estatua orante de la portada del monasterio jerónimo de Santa Engracia, en Zaragoza, datada en torno a 1512: *vid.* MORTE GARCÍA, C., «La iconografía real...», págs. 154 y 172.

[20] Así se desprende de una comparación con el busto de bronce realizado entre 1490 y 1496 por Guido Mazzoni, *il Paganino*, del Museo de Capodimonte, si se acepta como válida su identificación tradicional con Ferrante I —*vid.* PERCOPO, E., «Guido Mazzoni e le sue opere in Napoli», *Napoli Nobilissima*, III, 1894, págs. 41-45—, confirmada por el grabado de éste que, reproduciendo literalmente el busto con el único añadido de la corona, incluye a finales del siglo XVI Scipione MAZZELLA en su *Descrittione del regno di Napoli...*, pág. 454, en lugar de la identificación con Alfonso II propuesta por HERSEY, G. H., «Alfonso II, Benedetto e Giuliano da Majano e la Porta Reale», *Napoli Nobilissima*, IV, 1964, págs. 77-95; PANE, R., *Il Rinascimento nell'Italia meridionale*, vol. II, Milán, 1977, págs. 82-84 y 97; VERDON, T., *The Art of Guido Mazzoni*, Nueva York-Londres, 1978, págs. 112-114 y 337-338; LUGLI, A., *Guido Mazzoni e la rinascita della terracotta*, Turín, 1990, pág. 120 y ADAMS, N., «Busto di Alfonso duca di Calabria», en FIORE, F. P., y TAFURI, M. (coords.), *Francesco di Giorgio architetto*, Milán, 1993, págs. 289-290. El busto, que se encontraba en la iglesia de Monteoliveto, santuario privilegiado del culto de los monarcas aragoneses, representa al monarca como gran maestre de la orden del Armiño, fundada por Ferrante I en 1463 al final de la guerra contra Juan de Anjou y cuya imagen se identificaba con la empresa personal del soberano: GIOVIO, P., *Dialogo dell'imprese militari e amorose* (ed. de M. L. Doglio), Roma, 1978, pág. 56. El traje y el collar de la orden son descritos por Giulio Cesare Capaccio en 1631 antes de referirse al busto de Monteoliveto, «nella Capella del S. Sepolcro fatto da gli Origli» como del rey Ferrante: CAPACCIO, G. C., *Il Forastiero*, Nápoles, 1989, págs. 164-165.

[21] *Vid.* FUSCO, G. M., *Intorno all'ordine dell'Armellino*, Nápoles, 1844; *Estatutos y Constituciones de la horden de Cavallería del Armiño devajo del título e ynbocacion del Glorioso Angel San Miguel la qual estableçio y herigio el esclareçido Rey Don fernando de Aragón el primero deste nombre en Nápoles*

monedas, medallas y miniaturas de la biblioteca real[22], así como en los relieves que coronaban las puertas de la ciudad y el interior del arco de entrada a Castelnuovo, donde podía verse su coronación por el legado papal en 1459 para ratificar la legitimidad de un reinado cuyos principales episodios militares en la guerra de sucesión que siguió a la muerte del Magnánimo aparecían representados en las famosas puertas de bronce del mismo arco. Gracias a ese cultivo de su imagen y a su largo mandato (1458-1494), Ferrante se había convertido para los napolitanos en la más difundida encarnación de la dinastía aragonesa, cuya presencia en el cuadro podría completarse con una alusión a su instaurador en Nápoles y continuo modelo de buen gobierno, Alfonso el Magnánimo, a través del libro abierto que aparece bajo San José. Ese motivo, posible representación también del pasaje evangélico que narra la Epifanía, podría contener una alusión al conocido emblema de Alfonso, un libro abierto pero puesto al revés bajo los rayos de un sol, que se veía esculpido en la puerta y en otros lugares de Castelnuovo, además de en cuadros, miniaturas y medallas[23].

La secuencia simbólica articulada por los atributos superpuestos de los tres reyes responde tanto al orden cronológico de los monarcas como a la imagen ideal difundida por sus panegiristas. El nuevo soberano, Carlos de Austria, aparece representado de acuerdo con los cánones de su imagen oficial entre 1516 y 1520, según el modelo que brindaban los retratos realizados por su pintor de corte en los Países Bajos Bernardt van Orley: es la imagen de un príncipe adolescente, vestido a la borgoñona, normalmente luciendo de forma ostensible el collar de la orden del Toisón de Oro, símbolo que sólo se elude en casos muy específicos ejecutados en ese mismo período, como la talla policromada de Felipe Vigarny de la *Adoración de los Magos* del retablo mayor de la Capilla Real de Granada o el retrato bajo apariencia de

y el segundo de aquel Reyno de la casa de Aragón. Instituiose en nueve de febrero año de 1483, BNM, ms. 1440, ff. 8-9. Los caballeros debían acompañar al rey en la capilla y en todas las ocasiones solemnes, luciendo sus ricos atuendos e insignias como elemento esencial de la pompa cortesana.

[22] Especial valor presentan las ilustraciones del tratado político *De maiestate* dedicado en 1492 por Iuniano Maio a Ferrante, donde la figura de éste aparece reiteradamente representada en un contexto narrativo y a la vez alegórico. *Vid.* MIELE, L., «Politica e retorica nel "De Maiestate" di G. Maio», *Quaderni dell'istituto nazionale di studi sul rinascimento meridionale*, 4, 1987, págs. 27-60 y TOSCANO, G., «El taller de Cola y Nardo Rapicano», en TOSCANO, G. (coord.), *La biblioteca real de Nápoles en tiempos de la dinastía aragonesa*, Valencia, 1998, págs. 405-415. Asimismo, en el primer folio del texto del *Breviarum romanum* de Ferrante éste aparece representado de rodillas bajo una escena de la Sagrada Familia en el portal de Belén que figura en la parte superior del folio. *Vid.* AMBRA, E., «Breviarium romanum», en TOSCANO, G. (coord.), *La biblioteca real de Nápoles...*, págs. 572-575.

[23] *Vid.* DE MARINIS, T., *La biblioteca napoletana dei Re d'Aragona*, vol. I, Milán, 1952, pág. 131 y DOMÍNGUEZ CASAS, R., *Arte y etiqueta de los Reyes Católicos. Artistas, jardines y bosques*, Madrid, 1993, pág. 673; GIOVIO, P., *Dialogo dell'imprese militari e amorose* (ed. de M. L. Doglio), Roma, 1978, pág. 55; RYDER, A., *Alfonso el Magnánimo, rey de Aragón, Nápoles y Sicilia (1396-1458)*, Valencia, 1992, pág. 391 y TOSCANO, G., «La formación de la biblioteca de Alfonso el Magnánimo» en TOSCANO, G. (coord.), *La biblioteca real de Nápoles...*, págs. 183-219 y 185.

San Sebastián de Correa de Vivar[24]. Ese es el modelo seguido por Cardisco, por lo que la ausencia del Toisón resulta más significativa en el contexto de continuidad con la tradición aragonesa que inspira la obra[25], al que quizás no fue ajena la polémica antiflamenca desencadenada por la firma en 1516 del tratado de Noyon entre el joven Carlos de Austria y Francisco I de Francia. Esa alianza, fraguada por Guillermo de Croix en condiciones muy distintas a las que llevaron a Fernando el Católico a firmar el tratado de Blois con Luis XII en 1505, fue contemplada por muchos como una amenaza a la unión de Nápoles con la casa de Aragón. Como expondremos más adelante, la nobleza napolitana proaragonesa se sintió amenazada por el tratado y envió diversas embajadas a la corte de Bruselas con el apoyo del propio virrey Ramón Folch de Cardona, probable comitente del cuadro destinado a la capilla de su residencia oficial donde el nuevo y discutido rey aparecía tal y como sus súbitos querían verlo, como continuador de un linaje indisolublemente ligado a los intereses nobiliarios, cuya legitimidad debía afirmarse frente a las pretensiones francesas o borgoñonas a través de la secuencia dinástica defendida por el Rey Católico que acababa de morir. Si en un primer momento éste había intentado presentarse como heredero directo de su tío Alfonso V de Aragón, sin reconocer los derechos de la rama napolitana de los Trastámara iniciada por el hijo natural de éste, Ferrante I, hasta el punto de pretender figurar en la titulación oficial como Fernando I de Nápoles en lugar de como Fernando III y no verse obligado a aceptar por tanto los privilegios feudales concedidos desde Ferrante[26], muy pronto cobró con-

[24] *Vid.* MARTÍN CRUZADO, O., «El retrato real en composiciones religiosas de la pintura del siglo XVI: Carlos V y Felipe II», en *IX Jornadas de Arte. El Arte en las cortes de Carlos V y Felipe II*, Madrid, 1999, págs. 113-126; CHECA CREMADES, F., *Carlos V. La imagen del poder en el Renacimiento*, Madrid, 1999, págs. 87-88; MATEO GÓMEZ, I., «La pintura toledana en tiempos de Carlos V», en REDONDO, M. J., y ZALAMA, M. A. (coords.), *Carlos V y las artes. Promoción artística y familia imperial*, Salamanca, 2000, págs. 235-254 y 240.

[25] Como es sabido, Fernando el Católico, que poseía el Toisón desde 1474, se negó a usarlo y fue reprendido por ello en varios capítulos de la orden a partir de 1491. Su rechazo a lucir el collar fue utilizado como arma política durante el enfrentamiento con Felipe el Hermoso, quien llegó a citarlo a comparecer ante el capítulo de 1505 por haber desatendido sus obligaciones como miembro de la orden. *Vid.* DOMÍNGUEZ CASAS, R., *Arte y etiqueta de los Reyes Católicos...*, págs. 675-676. También Ferrante I de Nápoles había recibido el Toisón, al igual que antes Alfonso V, pero mientras éste sería representado con el collar de la orden en retratos póstumos como el busto de mármol del Museo de Viena, realizado bajo el reinado de Carlos V, no constan similares retratos de su hijo que, en cambio, sí mostró interés por la orden borgoñona que tomó como modelo para la creación de su propia orden del Armiño y cuyas constituciones hizo traducir en 1475 al célebre músico y jurista flamenco de su corte Iohannes Tinctoris: BENTLEY, J. H., *Politica e cultura nella Napoli rinascimentale*, Nápoles, 1995, pág. 89.

[26] *Vid.* GIANNONE, P., *Istoria Civile del Regno di Napoli* (ed. de A. Marongiu), Milán, 1971, t. V, Lib. XXX, págs. 290-291; CERNIGLIARO, A., *Sovranità e feudo nel regno di Napoli (1505-1557)*, Nápoles, 1983, t. I, págs. 10-12 y núm. 21. Como señala Zurita «estaba el rey muy atento como lo estuvieron en aquel reino los reyes pasados de no otorgar a los barones el mero y mixto imperio, en la potestad del cuchillo; y túvose principal cuenta en dar a entender que el rey sucedía en aquel reino como cabeza y

ciencia del riesgo que ese legitimismo extremo podía representar para mantener la lealtad de los nobles que constituían su principal apoyo y cuyos títulos y bienes dependían en gran parte de las concesiones realizadas por los últimos monarcas. Aun así, Fernando marcó una diferencia entre Ferrante I y sus desafortunados sucesores, al confirmar en su plenitud en febrero de 1505, mediante una pragmática, las concesiones realizadas por Alfonso V —I de Nápoles— y Ferrante I, pero no las que habían otorgado Alfonso II, Ferrante II y Federico, cuyas medidas legislativas, determinadas por el ritmo cambiante de sus cortos y conflictivos reinados, tendieron a ser relegadas durante el período virreinal[27].

La insistencia en la continuidad de la dinastía aragonesa más allá de los turbulentos cambios políticos de los últimos años suponía además de un esfuerzo de propaganda legitimadora una referencia a concretas opciones de gobierno. La elección de Ferrante I en lugar del último rey aragonés independiente refleja tanto la *damnatio memoriae* de éste —presentado como un príncipe traidor e inepto por el Católico que, en alianza con Luis XII de Francia, lo había derrocado en 1501 bajo la acusación de haberse aliado con los turcos— como la identificación del hijo y sucesor del Magnánimo con una brillante tradición del ejercicio de la *auctoritas* y la *magnificentia* regias y la admonición contra posibles veleidades insurreccionales por parte del monarca que tan enérgicamente reprimió sucesivas conjuras de los barones. Por su parte la figura de Fernando el Católico podía evocar el mantenimiento por el nuevo monarca de la opción aragonesa en el gobierno virreinal inaugurada tras la destitución del Gran Capitán en 1507 y prolongada por Carlos al confirmar al frente del virreinato al catalán Ramón Folch de Cardona. Este continuaría en el poder, a pesar de las duras críticas recibidas en los últimos años, hasta su muerte en 1522, cuando su sustitución por Carlos de Lannoy inauguraría una alternativa flamenca o borgoñona[28], sucedida a su vez por la más firme opción castellana con el nombramiento de Pedro

---

como sobrino del rey don Alonso el primero, por excusar las obligaciones y deudas de los reyes que después sucedieron y no sujetarse a las injustas donaciones y enajenaciones que hicieron sino de pura liberalidad remunerando a los servidores y no quitar las defensas y acciones a ninguno sin legítima causa», ZURITA, J., *Historia del rey Don Hernando el Católico de las empresas y ligas de Italia* (ed. de A. Canellas Lopez), Zaragoza, 1994, vol. 4, VII, XL, pág. 166.

[27] *Vid.* CERNIGLIARO, A., *Sovranità e feudo...*, I, págs. 11-12, núm. 21. Fernando se encontró ante la disyuntiva de protejer los intereses generales de la Corona revisando las mercedes hechas por los últimos reyes aragoneses y restituir los bienes de los barones angevinos, pues, como señala Zurita, «en aquel reino los reyes no tenían patrimonio ninguno y todo era lo que llamaban fiscal y demanial; y aquello no se podía enajenar justamente por ser para la conservación de la dignidad real y de la corona. Y los reyes don Hernando y don Alonso el segundo y don Fradique sus hijos por las grandes necesidades que tuvieron, hicieron muy excesivas donaciones y la mayor parte de ellas estando fuera del reino, forzados de la necesidad», ZURITA, J., *Historia del rey..., op. cit.,* vol. 4, VII, XL, pág. 166.

[28] *Vid.* HERNANDO SÁNCHEZ, C. J., «El reino de Nápoles y el dominio de Italia en el Imperio de Carlos V (1522-1532)», en GARCÍA GARCÍA, B. J. (dir.), *El Imperio de Carlos V. Procesos de agregación y conflictos*, Madrid, 2000, págs. 111-153.

de Toledo en 1532[29]. Contemplada a la luz de esos acontecimientos posteriores, la tabla de Castelnuovo adquiere aún mayor significado político como expresión de la compleja coyuntura que enlaza el reinado del Rey Católico con el del Emperador. Si el período que va desde la visita de Fernando a Nápoles en 1506 hasta su muerte en 1516 coincide con el mayor despliegue diplomático y militar de su política europea, 1522, el año de la muerte de su principal intérprete, el virrey Cardona, es también el del regreso de Carlos V a España. Entre ambas fechas el reino de Nápoles, lejos de ser una pieza pasiva en el juego diplomático, vio reforzada su condición de principal territorio italiano y más codiciado trofeo en la pugna con Francia, así como clave de una política mediterránea condicionada por la expansión otomana frente a la que constituía la vanguardia —como había demostrado la toma de Otranto por los turcos en 1480— y plataforma de los ideales de cruzada por estar asociada su corona con la de Jerusalén. La evolución política de esos años estuvo marcada por los intereses aristocráticos que, surcados por profundas divisiones faccionales, encauzaron los esfuerzos de la Corona y sus representantes virreinales para consolidar la reciente conquista. Por ello, los dos reyes que contempla el joven rey en la *Adoración* de Castelnuovo podrían interpretarse también como una alegoría del dilema al que había de enfrentarse Carlos I al comienzo de su reinado frente a la turbulenta nobleza de Nápoles, erigida en prototipo del universo feudal y caballeresco: la imposición autoritaria de Ferrante I y el acuerdo, tantas veces calificado de pactista, de Fernando el Católico. El nuevo monarca optó por seguir la línea de éste cuando su proclamación como rey, en vida de Juana la Loca, era discutida en la mayor parte de los territorios y, sobre todo, en los reinos vinculados a la Corona de Aragón, hasta el punto de que la movilización de los sectores aristocráticos descontentos llegaría a producir una rebelión abierta en Sicilia. Pórtico de un reinado, la *Adoración* de Cardisco refleja la inserción de Nápoles en la Monarquía de España en los momentos en los que el entramado de intereses aristocráticos y territoriales tejido por el Rey Católico se veía convulsionado por los nuevos horizontes abiertos con la sucesión de la casa de Austria.

El olvido que ha envuelto a los Magos de Castelnuovo se extiende al período que protagonizó la consolidación del sistema virreinal y culminó con el tránsito del reinado de Fernando el Católico al de Carlos V, a pesar de que en esa etapa fundacional pueden encontrarse las claves de la evolución posterior de la Italia española y de la Monarquía en su conjunto. La extrema complejidad de la época, la dispersión y desaparición de muchas de las fuentes documentales y la inercia de las ideas heredadas han llevado a centrar la atención en otros períodos privilegiados por la tradición historiográfica del reino de Nápoles que, antes y después de Croce[30], ha con-

[29] *Vid.* HERNANDO SÁNCHEZ, C. J., *Castilla y Nápoles en el siglo XVI. El virrey Pedro de Toledo. Linaje, estado y cultura (1532-1553)*, Salamanca, 1994.

[30] *Vid.* CROCE, B., *Storia del regno di Napoli* (ed. de G. Galasso), Milán, 1992. Además de las fuentes conservadas en España que se citarán más adelante, los principales fondos napolitanos para conocer

trapuesto la imagen del predominio feudal y la afirmación del poder monárquico como categorías antagónicas reflejadas por las sucesivas revueltas napolitanas desde mediados del siglo XV[31]. El reinado de Fernando el Católico, coincidente en su mayor parte con el turbulento período de las regencias en Castilla, habría permitido el desarrollo de la autonomía feudal y nobiliaria, de acuerdo con una línea de gobierno de raíz aragonesa identificada genéricamente como pactista que venía a interrumpir esa dinámica de confrontación resurgida bajo Carlos V[32].

El desconocimiento que sigue rodeando al período de los últimos reyes aragoneses de Nápoles hace aún más difícil afrontar el estudio de la inserción del reino en los dominios de Fernando el Católico. Ese proceso, que resultaría crucial para la propia formación de la Monarquía de España, hunde sus raíces en el creciente interés de Fernando por Nápoles desde que, siendo aún príncipe heredero en Aragón, se convirtió en rey de Sicilia[33]. A partir de entonces los asuntos napolitanos figuraron en su horizonte familiar y político como una prioridad que, plasmada en el matrimonio de su hermana Juana con Ferrante I en 1477, no haría sino perfilarse de modo cada vez más nítido en los años siguientes, sobre todo tras el final de la guerra de sucesión castellana. Durante la guerra de Granada Nápoles desempeñó un papel de primer plano en la diplomacia fernandina[34]. De esa forma se llegó en 1495

la política virreinal del periodo, aun cuando discontinuos por las sucesivas destrucciones, se encuentran en los primeros volúmenes de la sección de Cancillería del ASN, en sus dos apartados de *Partiun* y *Curiae*, que facilitan relevantes datos sobre la actuación militar, de orden público y de carácter feudal, entre otros sobre la gestión cotidiana del gobierno que nos proponemos analizar en un estudio posterior.

[31] Una de las fuentes de esa contraposición se encuentra en la célebre obra de Camillo Porzio sobre la conjura de los barones contra Ferrante I donde el autor, que escribe bajo el reinado de Felipe II, resalta implícitamente la trascendencia que para la afirmación del poder de la Corona supuso la incorporación del reino a una estructura superior de poder como la Monarquía española al señalar al comienzo de su historia que «I re di Napoli, mentre non possederono altri Stati, in sì basso luogo e sì disprezzabile sederono, che non solo a'potentati esterni, ma ad ogni loro Barone diedero animo di macchinare los contra e di scacciargli...», PORZIO, C., *La congiura dei Baroni* (ed. de F. Pittorru y F. Torraca), Ed. Osanna Venosa, 1989, pág. 48.

[32] *Vid.* PONTIERI, C., «Ferdinando il Cattolico e i Regni di Napoli e di Sicilia nella storiografia italiana dell'ultimo cinquantennio», en *V Congreso de Historia de la Corona de Aragón. Estudios. III. Fernando el Católico e Italia*, Zaragoza, 1954, págs. 229-258; D'AGOSTINO, G., *La capitale ambigua. Napoli dal 1458 al 1580*, Nápoles, 1979, págs. 109-174.

[33] *Vid.* GUAL CAMARENA, M., «Fernando el Católico, primogénito de Aragón, Rey de Sicilia, príncipe de Castilla (1452-72)», *Saitabi*, VIII, Valencia, 1951-1952, págs. 182-223 y, sobre todo, VICENS VIVES, J., *Fernando el Católico, príncipe de Aragón, rey de Sicilia. 1458-1478 (Sicilia en la política de Juan II de Aragón)*, Madrid, 1952.

[34] *Vid.* CALMETTE, I., «La politique éspagnole dans l'affaire des barons napolitains (1485-1492)», *Revue historique*, XXXVI, 1912; PONTIERI, E., «Ferdinando il Cattolico e i regni di Napoli e di Sicilia nella storiografia italiana dell'ultimo cinquantenio...»; SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Política internacional de Isabel la Católica*, Valladolid, 1962-1972, 5 vols.; ID., *Los Reyes Católicos. El tiempo de la guerra de Granada*, Madrid, 1989, págs. 9-68, 167-204 y 283-315; ID., *Los Reyes Católicos. El camino hacia Europa*, Madrid, 1990; D'AGOSTINO, G., *La capitale ambigua...*, págs. 114-116; OCHOA BRUN, M. A., *Historia de la diplomacia española*, IV, Madrid, 1995, págs. 86-133.

a la primera intervención en apoyo de la rama aragonesa local y, tras el tratado de Granada por el que se acordaba el reparto del reino con Luis XII de Francia, a la segunda y definitiva invasión de 1501 que culminaría en 1504 con la expulsión de los franceses[35].

Las razones dinásticas aducidas para legitimar la conquista de Nápoles no implicaban su incorporación directa a la Corona de Aragón. Esta había ido formándose por agregación al patrimonio de la casa real en función de coyunturales intereses políticos o dinásticos de los monarcas y de los territorios, algunos de los cuales llegaron a separarse durante largos períodos. No en vano Ramón Muntaner había utilizado en 1327 la metáfora de la mata de junco, de fuerte tallo y flexibles hojas, para expresar la fortaleza de la Corona y la libertad de sus reinos[36]. Sin embargo, el reino de Nápoles se adscribiría a la persona del monarca y no a sus otros territorios a través de un complejo proceso legal y político. De hecho, la posibilidad de separar Nápoles del tronco principal de la dinastía, como hiciera Alfonso V de Aragón, fue manejada de forma recurrente tanto por los napolitanos que anhelaban recuperar su independencia como por el propio Fernando en las maniobras diplomáticas que jalonaron el conflictivo escenario dinástico planteado a la muerte de Isabel la Católica y en las que los presuntos escrúpulos de conciencia por haber desposeído a Federico III y a su hijo el duque de Calabria llegaron a utilizarse como razón de vagos proyectos de reintegración del reino a uno u otro[37]. Nápoles se convirtió en pieza de transacción, asociada en diversas ocasiones al futuro de los otros reinos conquistados como el de Granada y, más tarde, el de Navarra, aunque finalmente confluyera con el resto de la herencia de Carlos de Austria. Pero a pesar de esas maniobras tácticas, reforzas por el matrimonio con Germana de Foix y la posibilidad abierta en el tratado de Blois de una separación que pareció próxima a cumplirse en mayo de 1509 con el nacimiento de un hijo[38], el designio del Rey Católico fue siempre mantener ligado el reino a los otros dominios heredados y conquistados, como refleja la exclusión de Germana del juramento prestado en 1507 por el parlamento presidio por él en Nápoles.

---

[35] *Vid.* HERNANDO SÁNCHEZ, C. J., «El Gran Capitán y los inicios del virreinato de Nápoles. Nobleza y estado en la expansión europea de la monarquía bajo los Reyes Católicos», en RIBOT GARCÍA, L. (coord.), *El Tratado de Tordesillas y su época. Congreso Internacional de Historia*, Madrid, 1995, vol. III, págs. 1817-1854.

[36] Cit. por BELENGUER CREBIÁ, E., «Entre dos mares, dos mundos, dos siglos: Fernando el Católico y la Corona de Aragón», en *El tratado de Tordesillas y su época*, vol. I, págs. 91-112 y 92.

[37] *Vid.* DUQUE DE BERWICK Y DE ALBA (ed.), *Correspondencia de Gutierre Gómez de Fuensalida, embajador en Alemania, Flandes e Inglaterra*, Madrid, 1907, págs. 230-256, 270-272, 284 y 291-292.

[38] El alumbramiento del niño, que solo vivio una hora, fue sin embargo conocido en Nápoles a través de un emisario del rey de Francia y celebrado como si realmente se tratase de un heredero. El virrey, conde de Ribagorza, acompañado de los cardenales Borgia y Remolines, fue a la catedral en solemne acción de gracias, al tiempo que se emitió un bando por el que se ordenaba celebrar luminarias durante ocho dias «et che per dicti di ogni vno la matina deuesse andare con la processione per conseruacione del stato del Re», NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli* (ed. de P. Garzilli), Nápoles, 1845 (reed. Bolonia, 1980), pág. 315.

La realidad de la conquista se superponía a los criterios dinásticos y determinaba un margen de maniobra de la corte regia mayor que el existente frente a las instituciones sicilianas, siempre dispuestas a invocar el carácter voluntario y *pactado* de su incorporación a la casa de Aragón a finales del siglo XIII como aval de sus derechos constitucionales. El hecho de que el rey pudiera disponer más libremente del patrimonio conquistado que del heredado tanto en lo que concernía al destino del reino como a la organización del poder reforzaba su capacidad para negociar con los poderes aristocráticos que habían sustentado la conquista o que, tras oponerse a ella, habían aceptado la nueva soberanía, cuya colaboración resultaba imprescindible para afianzar el dominio. Desde esos presupuestos se abordó la restitución de las prerrogativas y los bienes de los barones angevinos tal y como los poseían cuando empezó la guerra con Francia en 1501, en virtud de la llamada «capitulación de Atripalda» —por el lugar donde se inició el conflicto— como uno de los ejes de la reconciliación sellada por el tratado de Blois. Su ejecución planteó un complicado proceso jurídico cuyas tensiones llegaron a comprometer la lealtad de algunos de los artífices de la conquista española que reclamaron compensaciones de difícil aplicación sin debilitar el patrimonio regio[39], pero, al mismo tiempo, consolidó el reconocimiento por la Corona de las estructuras socio-políticas del reino. En Nápoles Fernando combinó el respeto formal a las leyes y tradiciones con una reorganización administrativa y señorial que debía asegurar la fidelidad de sus nuevos súbditos[40]. El Rey Católico desarrolló un extremo pragmatismo, patente en la evolución de su actitud ante la polémica dinástica que constituía la clave para la legitimación de la conquista del reino, así como en la discutida restitución de los bienes a los barones angevinos tras el tratado de Blois o en la no introducción del tribunal de la Inquisición —implantado en Sicilia desde 1503 y planteado en Nápoles desde el mismo momento de la conquista en 1504— tras la grave oposición organizada en 1510. Incluso cuando la actuación de los máximos representantes del rey suscitó protestas como las levantadas en 1513 por el cardenal Francisco Remolines, lugarteniente general en ausencia del virrey Cardona, Fernando, preocupado por la amenaza militar del norte de Italia, respondió ordenando su cese y encargando de los asuntos napolitanos al virrey de Sicilia Hugo de Moncada hasta la llegada del nuevo lugarteniente Bernardo Villamarí[41]. A todo ello se sumaría la moderación de una política fiscal preocupada por no exasperar a unos súbditos recientes y pron-

[39] *Vid.* CORTESE, N., «Feudi e feudatari napoletani della prima metà del Cinquecento», Società Napoletana di Storia Patria, 1931, págs. XI y 1-23; CERNIGLIARO, A., *Sovranità e feudo...*, vol. I, págs. 16-17; HERNANDO SÁNCHEZ, C. J., «El Gran Capitán y los inicios del virreinato de Nápoles...», págs. 1829-1831.

[40] *Vid.* CERNIGLIARO, A., *Sovranità e feudo...*, vol. I, págs. 18-19.

[41] *Vid.* PARRINO, *Teatro eroico, e politico de'governi de'vicere del regno di Napoli...*, Nápoles, 1692, vol. II, pág. 47 y G. GALASSO, «Momenti e problemi di storia napoletana nell'età di Carlos V», en ID., *Alla periferia dell'Impero*, Turín, 1994, págs. 49-50.

tos a dejarse llevar por cualquier pretexto para la rebelión. Sin embargo, cada cesión aparente del rey se resolvería en una nueva imposición de su autoridad y la propia evolución de la hacienda de la Corona reflejaría un afán de regularización que empieza a ser mejor conocido[42]. El compromiso con el poder aristocrático que permitió al Rey Católico afianzar su dominio se sustentaba en una delicada trama de intereses que hace inseparable la evolución institucional y política de la feudal y nobiliaria[43].

La visita del rey

Una vez consumada la conquista del reino, Fernando el Católico impulsó la normalización de la vida política y representantiva de la capital e intentó enlazar con la tradición áulica anterior reorganizando la vida de corte en torno a la figura del virrey como *alter ego* del monarca. En esa dirección apuntaban las instrucciones enviadas al Gran Capitán desde 1504 para que llevara consigo a su mujer y sus hijas[44], así como los esfuerzos del propio Gonzalo por cultivar una magnificencia considerada indisociable de la vida noble y del ejercicio del poder a través de la protección a varios humanistas locales. Un objetivo similar presidía la atención prestada a la configuración urbanística de la capital, patente en la orden dada por Fernando en 1505 para terminar las murallas comenzadas en época de Ferrante I, consideradas necesarias no sólo para la defensa sino también para la magnificencia de la ciudad, cuyos gastos debían ser costeados por todo el reino, del que aquella aparecía como la «llave y cabeza»[45]. Sin embargo, la recuperación de un espacio cortesano equiparable al de los reyes anteriores sólo pareció llegar con la estancia del monarca en 1506-1507, cuando el conjunto de la casa real, reorganizada para la ocasión, se trasladó a Nápoles en respuesta a las reiteradas peticiones que desde 1504 habían formulado diversas instancias del reino y la capital. Las expectativas de recobrar la presencia estable del soberano y su corte como en los tiempos de Alfonso V de Aragón[46] serían expresadas oficialmente por los representantes de la capital y del reino en el parlamento reunido a principios de 1507 en presencia de Fernando, a pesar de que éste concibió desde el principio su estancia como excepcional[47].

---

[42] *Vid.* SABATINI, G., «Notas sobre la fiscalidad napolitana en la época de Fernando el Católico», en RIBOT GARCÍA, L. (coord.), *El tratado de Tordesillas y su época*, Madrid, 1995, t. III, págs. 1805-1815.

[43] *Vid.* MUTO, G., «Tensioni e aspettative nella società napoletana nei primi decenni del Cinquecento», en *El Tratado de Tordesillas y su época*, vol. III, págs. 1793-1804.

[44] *Vid.* HERNANDO SÁNCHEZ, C. J., «El Gran Capitán y los inicios del virreinato de Nápoles...», pág. 1834.

[45] *Vid.* DE SETA, C., *Le città nella storia d'Italia. Napoli*, Bari, 1986, pág. 95.

[46] *Vid.* CERNIGLIARO, A., *Sovranità e regno...*, I, págs. 32-37.

[47] Ya el 22 de noviembre de 1506 Pedro Mártir de Anglería, tras referirse a la entrada del rey en la capital el primero de ese mes y cómo «fue acogido con grande alegría por el pueblo» afirmaba que, al haber conocido en el camino, durante la escala en Portofino, la noticia de la muerte de Felipe el Her-

El rey había pensado ir a Nápoles desde 1502, pero la guerra con Francia primero y más tarde la regencia en Castilla a la muerte de la reina Isabel habían ido retrasando una visita que se presentaba cada vez más compleja y necesaria por la creciente desconfianza hacia los manejos del Gran Capitán. Estos alcanzaron su momento más intenso en la primavera de 1506, cuando la corte se vio inundada de rumores sobre los planes de Gonzalo para poner el reino bajo la soberanía de Felipe el Hermoso o, incluso, entregarlo al duque de Calabria Fernando de Aragón con el que se decía que quería casar a una de sus hijas. A finales de junio Fernando decidió enviar a su hijo Alfonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza, junto a su sobrino el duque de Villahermosa, con «acompañamiento y estado que se requería a un hijo de rey», para juntarse en Nápoles con el virrey de Sicilia Juan de Lanuza, uno de los más activos adversarios del Gran Capitán. Este sería arrestado en Nápoles por Pedro Navarro, que había de marchar junto al arzobispo en las galeras mandadas por Ramón de Cardona y desembarcar en secreto antes que el resto de la comitiva para asegurar la neutralización del virrey, con la connivencia de diversos oficiales de la capital como el castellano de Castelnuovo Luis Peixó y el Electo del Pueblo Alberico de Baucis, llamado Terracina, encargado de impedir posibles reacciones de su poderoso *seggio* con la promesa regia de conceder a éste cinco votos en el gobierno de la ciudad para equiparlo a la nobleza[48]. Sin embargo, la concordia de Villafáfila entre Fernando y Felipe y las garantías de lealtad que se apresuró a enviar Gonzalo, quizás informado del proyecto, hicieron que éste quedase abandonado y fuera reemplazado por una sustitución pactada del virrey para la que resultaba imprescindible la presencia del propio soberano. Como escribiría más tarde el cronista Antonino Castaldo, el rey decidió desplazarse personalmente hasta su nueva y lejana posesión «così per veder Napoli et il Regno, como anco per scemare et stinguere con la presenza reale la soverchia autorità de reputatione del suo ministro», desde el convencimiento de que sólo su propia autoridad podía imponerse a la del Gran Capitán, que tan obstinadamente se había resistido a obedecer sus órdenes de marchar a España[49].

En el verano de 1506 la noticia del viaje real tranquilizó por un lado a Felipe el Hermoso y sus partidarios en Castilla, que deseaban el alejamiento de Fernando[50],

---

moso, Fernando «escribe que allí se detendrá algunos días para arreglar la situación del reino, crear nuevos magistrados y reformar las leyes del reino, pero que se preocupa de su regreso a Castilla», MARTIR DE ANGLERÍA, P., *Epistolario* (ed. de J. López de Toro), Madrid, 1955, vol. II, pág. 153.

[48] *Vid.* ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VII, VI, págs. 36-37; CONIGLIO, G., *Aspetti della società meridionale nel secolo XVI*, Nápoles, 1978, pág. 52 y D'AGOSTINO, G., *La capitale ambigua...*, pág. 125.

[49] *Vid. Historia di Napoli di Notar Antonino Castaldo*, BNN, ms. X.C.75, f. 4, cit. por CERNIGLIARO, A., *Sovranità e feudo...*, I, pág. 35, núm. 83.

[50] Según el anónimo autor del «Segundo viaje de Felipe el Hermoso a España en 1506», éste y Juana, enterados «de cómo el rey de Aragón, con gran número de gentes y galeras, había entrado en el mar con intención de ir a su reino de Nápoles [...] estaban muy alegres, porque por ese medio las parcialidades que había en dicho reino se tranquilizaban mucho...», GARCÍA MERCADAL, J., *Viajes de extranjeros por España y Portugal...*, vol. I, pág. 548.

mientras que por otra parte desató las expectativas de los barones napolitanos, ávidos de nuevas mercedes. La canalización de la gracia regia, guiada por el criterio de liberalidad, hacía que los magnates del reino se dirigieran también a los ministros y consejeros más próximos del monarca, como el poderoso secretario Miguel Pérez de Almazán[51]. Este figuraba, junto a otros muchos cortesanos, en el séquito de excepcionales dimensiones que acompañó al Rey Católico al embarcar en Barcelona el 7 de agosto de 1506. Antes, Fernando aseguró el gobierno de los territorios de la Corona de Aragón dejando a su hijo Alonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza, como lugarteniente general del reino de Aragón, mientras que el duque de Calabria Fernando de Aragón quedaría a cargo de Cataluña y Mallorca, si bien de forma más nominal que efectiva puesto que el joven duque fue separado de los principales cortesanos napolitanos que lo habían acompañado al exilio, obligados a volver a Nápoles con el rey, y la supervisión de todos sus actos se confió a hombres de la plena confianza de éste, como el obispo de Urgel[52]. De esa forma, Fernando inmovilizaba al principal pretendiente al reino que se disponía a visitar con una concesión honorífica que al mismo tiempo podía agradar a sus súbditos napolitanos.

La casa y corte del Rey Católico, limitadas al ámbito aragonés tras su renuncia a la regencia castellana, se pusieron en movimiento en un ambiente festivo asegurado por una fuerte escolta armada[53]. A fin de reforzar la imagen de continuidad con el pasado inmediato del reino y de restauración de la legitimidad dinástica aragonesa, el Rey Católico y su nueva esposa, Germana de Foix, viajaron acompañados por su hermana Juana, viuda de Ferrante I, y la hija de ésta, también llamada Juana, viuda de Ferrante II, refugiadas en España desde 1499 y cuyo regreso sancionaba el triunfo de la causa aragonesa encarnada por una sociabilidad cortesana donde resultaba fundamental el papel de las mujeres de la casa. Se sumaban los principales nobles de la Corona de Aragón, algunos de ellos emparentados con nobles napolitanos, como los duques de Cardona y de Villahermosa o los condes de Aranda y Ribagorza —también sobrino del rey—, así como otros caballeros castellanos que tenían oficios en la corte y fuertes intereses en Aragón, como el mayordomo real Bernardo de Rojas, marqués de Denia, los hermanos Diego y Juan de Mendoza y Hernando de Toledo, hermano del II duque de Alba Fadrique de Toledo, a quien Fernando ha-

[51] *Vid.* RAH, CSyC, A-12, f. 73.

[52] *Vid.* ZURITA, *Historia...*, vol. 4, VII, XIV, págs. 71-72; FERNANDO DE OVIEDO, G., *Batallas y Quinquagenas* (ed. de J. B. de Avalle-Arce), pág. 136 —quien señala que a su vuelta a España Fernando retiró al duque del cargo y lo mandó ir «a rresidir en su corte»—; LALINDE ABADÍA, J., *La institución virreinal en Cataluña (1471-1716)*, Barcelona, 1964, pág. 222.

[53] «E porque era mucha razón ir a visitar sus reinos de Nápoles e Seçilia, en el Levante, [Fernando] mandó luego aderesçar una armada muy fermosa de galeas e naos e navíos e fustas, la qual iva de armada e fiestas. Estando en Barçelona, enbarcóse en ella con la reina de Aragón su muger, e con las reinas su hermana e su sobrina, e con mucha onrrada conpaña de su casa, e con mucha gente de armas»: BERNALDEZ, A., *Memorias del reinado de los Reyes Católicos* (ed. de M. Gómez-Moreno y J. de M. Carriazo), Madrid, 1962, pág. 520.

bía ordenado permanecer en Castilla para velar por sus intereses pese al deseo de éste de acompañarlo[54]. También marchaban los principales consejeros reales, hombres de toga que debían desempeñar un papel fundamental en la reforma de la administración con la que el monarca quería hacer efectiva su soberanía en el reino de Nápoles, reorganizando la confusa situación jurídica e institucional engendrada por los cambios políticos de los últimos años y facilitando la imposición del nuevo reparto feudal al que se veía comprometido por el tratado de Blois con los barones angevinos frente a las mercedes repartidas por el Gran Capitán. Fernando se hizo acompañar por la plana mayor del gobierno de la Corona de Aragón, en una muestra más de que el desplazamiento del rey conllevaba no sólo el de su casa sino también el del núcleo más extenso de su corte, entendida como ámbito político e institucional presidido por los consejeros que debían asesorar en todo momento a la persona real. Así, marcharon los tres regentes de la Cancillería del Consejo de Aragón, el aragonés Antonio Agustín, el catalán Joan Lonch y el mallorquín Tomás Malferit, junto al jurista Bernardo Terrer[55]. La propia composición de la flota que debía transportar el séquito y su distribución en las galeras que formaban el núcleo de la armada reflejaba la organización cortesana y las prioridades del rey para hacerse presente a sus nuevos súbditos napolitanos[56]. Las diez galeras se convirtieron en una corte flotante donde se anudaron lazos políticos, se tejieron proyectos y se negoció intensamente en los puertos donde hizo escala la armada real, como en Portofino, donde se recibió la noticia de la muerte de Felipe el Hermoso, a pesar de la cual el rey decidió continuar su marcha, ahora reforzado por la seguridad de volver a asumir la regencia en Castilla[57].

El viaje real por mar convertido en espectáculo y autocelebración del entramado cortesano, del que tantos precedentes clásicos y medievales había en el Mediterráneo, venía a dar la réplica a la no menos fastuosa organización de los desplazamientos atlánticos de la corte flamenca de Felipe el Hermoso con quien Fernando se hallaba enfrentado. Consciente de que la reputación que podía ganar en Italia se

[54] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VII, X, pág. 56 y XIV, pág. 71.

[55] *Vid.* MUTO, G., «Tensioni e aspettative nella società napoletana...», pág. 1798.

[56] De las diez galeras que formaban la armada una era para el rey y su casa y para la reina, otra para las reinas de Nápoles, otra para los altos oficiales de la casa real -mayordomo mayor, escribano de ración, despensero mayor, veedor y otros-, otra para el conde de Ribagorza, el duque de Villahermosa y otros nobles y oficiales, otra para Diego de Mendoza, Rodrigo de Borja, Jerónimo de Vich y otros, otra para el conde de Aranda, el baile de Aragón, el de Valencia y otros, otra para el embajador de Francia, el conde de Almenara, otra para el embajador de Castilla, el obispo de Mallorca, otra para otros oficiales de la administración y el ejército y, finalmente, otra para las damas catalanas y aragonesas casadas con nobles napolitanos, como la duquesa de Gaiano, la condesa de Capaccio y la condesa de Trivento. *Vid.* «Relación de las personas que acompañaron a Fernando el católico y Germana de Foix en el viaje de Nápoles de 4 de septiembre de 1506», en Barón de TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico. 1507-1516. Correspondencia inédita con el embajador Vich*, vol. II, Madrid, 1963, págs. 9-14.

[57] BERNALDEZ, A., *Memorias del reinado de los Reyes Católicos...*, pág. 520.

extendería hasta España, Fernando preparó cuidadosamente el viaje. La difícil situación que le esperaba en Nápoles por las tensiones acumuladas con el Gran Capitán y las simpatías de éste hacia las reclamaciones de Felipe el Hermoso exigían calibrar con suma prudencia las implicaciones políticas de su ingreso en la capital del reino y los gestos protocolarios que debían encauzar el encuentro con Gonzalo Fernández de Córdoba. Arropado por el cortejo que había preparado para exteriorizar la superioridad de su dignidad real y la fuerza de los lazos familiares entre su casa y los grandes de Aragón con la nobleza napolitana, como la mejor garantía de los apoyos directos con que podía contar en el reino, Fernando hizo su entrada en Nápoles, según escribiría después Zurita, «con tanto aparato de fiesta y con tan universal alegría de todos y con tan gran triunfo cuanto allí se acostumbra recibir a sus reyes cuando nuevamente comienzan a reinar»[58]. Aunque las descripciones conocidas no abundan en datos sobre el programa iconográfico y parecen desprender una contención simbólica que contrasta con las referencias a otras entradas napolitanas[59], el recibimiento que se tributó al monarca supuso la apoteosis del reencuentro entre la ciudad y el reino con su soberano a través de una entrada triunfal a la antigua, cuidadosamente preparada por las autoridades de la capital y que constituiría el primer ejemplo conocido de utilización del repertorio ceremonial clásico al servicio del Rey Católico, desarrollado en las sucesivas entradas organizadas tras su vuelta a España[60].

Tomando como modelo el precedente de Alfonso V en 1443, entre 1494 y 1506 la entrada como ceremonia ritual y como espetáculo que integraba todas las artes revistió un papel esencial en la cultura política napolitana, al proporcionar la expresión visual de los sucesivos cambios dinásticos y sus mayores necesidades de exteriorizar la dignidad y la legitimidad de la institución monárquica en una suerte de continuidad simbólica del poder real capaz de remontar las alteraciones políticas; de ahí la insistencia en el mantenimiento de circuitos, símbolos y rituales en los cortejos de entronización, que llegarán a consagrar una recorrido urbano, con la catedral y los *seggi* como etapas obligadas de encuentro con los poderes ciudadanos antes de

[58] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VII, XX, pág. 91.

[59] Es posible que Fernando rechazara un programa de mayor envergadura, como parece indicar Paolo Giovio en su célebre vida del Gran Capitán: «Al rey le fue hecha en el muelle una puente y con solemne ceremonia fue recibido de los napolitanos, y con singular modestia desechó muchas cosas que le estaban aparejadas, como convenía a la venida de un nuevo Rey», GIOVIO, P., *Vida de Gonzalo Fernández de Córdoba*, en RODRÍGUEZ VILLA, A., *Crónicas del Gran Capitán*, Madrid, 1908, pág. 542. El autor de la *Crónica General del Gran Capitán*, al igual que en muchas otras ocasiones, copia literalmente esas frases: RODRÍGUEZ VILLA, A., *Crónicas del Gran Capitán...*, pág. 244.

[60] *Vid.* FALOMIR FAUS, M., «Entradas triunfales de Fernando el Católico en España tras la conquista de Nápoles», en *La visión del mundo clásico en el arte español. VI Jornadas de arte*, Madrid, 1993, págs. 49-55 y KNIGHTON, T., y MORTE GARCÍA, C., «Ferdinand of Aragon's Entry into Valladolid in 1513: The Triumph of a Christian King», en *Early Music History*, vol. 18, Cambridge University Press, 1999, págs. 119-163. *Cfr.* MITCHELL, B., *The Majesty of the State: Triumphal Progress of Foreign Sovereigns in Renaissance Italy (1494-1600)*, Florencia, 1986, págs. 129-133.

terminar en Castelnuovo[61], y cuya culminación se produciría años después, en 1535, con el gran triunfo de Carlos V tras la conquista de Túnez[62]. En 1506 el desembarco de Fernando y su cortejo fue el primer acto del recorrido triunfal por la ciudad, aureolado por el lenguaje clásico de la Antigüedad que, desde la legendaria entrada de Alfonso el Magnánimo, se había convertido en el idioma visual y simbólico de la dinastía aragonesa. Frente al carácter terrestre de la entrada de Alfonso V, repleta de alusiones a la conquista del reino, el Rey Católico hizo su ingreso desde el mar, inaugurando el tema del puente baldaquino que había de convertirse más tarde en elemento habitual del ritual de recepción a los virreyes[63]. Esa dimensión marítima enlazaba, a través de imágenes mitológicas, con el mensaje de legitimación desplegado en los aparatos efímeros donde las alusiones militares a la conquista del reino quedaron relegadas por un discurso preferentemente político y genealógico, centrado en los derechos y virtudes de Fernando como rey de Nápoles, de acuerdo con el programa de reconciliación con la facción angevina planteado, frente a las resistencias del Gran Capitán, tras el tratado de Blois con Luis XII de Francia.

Al desembarcar el monarca en su primera escala en el reino, Gaeta, el 18 de octubre «li fo facto vno ponte inmare et fo priso con lo palio el quale ponte dopo fo sacchizato tandem li fecero vno dono de argentaria de valuta de ducati 1500»[64]. Si el saqueo ritual por el pueblo del puente sería recurrente en las sucesivas entradas virreinales, la ofrenda de un presente de plata respondía a otro uso común como signo de acatamiento y sumisión que sería también ampliamente utilizado con los virreyes[65]. Dos dias después el rey y su comitiva llegaron a Pozzuoli y el día 27 se trasladaron a Castel dell'Ovo, en las afueras de la capital, para esperar allí la terminación de los preparativos de la entrada triunfal, que tendría lugar el 1 de noviembre. En

[61] *Vid.* BERTELLI, S., *Il corpo del re. Sacralità del potere nell'Europa medievale e moderna*, Florencia, 1990, págs. 65, 69-72, 77-79 y 89.

[62] *Vid.* HERNANDO SÁNCHEZ, C. J., «El virrey Pedro de Toledo y la Entrada de Carlos V en Nápoles», *Investigaciones históricas*, 7, 1988, págs. 9-15; ID., *Castilla y Nápoles en el siglo XVI*, págs. 285-289 y 473-475; MADONNA, M. L., «El viaje de Carlos V por Italia después de Túnez: el triunfo clásico y el plan de reconstrucción de las ciudades», en *La fiesta en la Europa de Carlos V* (catálogo de la exposición celebrada en Sevilla), Madrid, 2000, págs. 119-153; TOSCANO, T. R., «Le Muse e i Colossi: apogeo e tramonto dell'umanesimo politico napoletano nel 'trionfo' di Carlo V (1535)», en MARTÍNEZ MILLÁN, T. R. (coord.), *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*, en prensa, así como, en esta misma obra, VISCEGLIA, M., «Il viaggio cerimoniale di Carlo V dopo Tunisi».

[63] *Vid.* HERNANDO SÁNCHEZ, C. J., *Castilla y Nápoles en el siglo XVI. El virrey Pedro de Toledo...*, pág. 205 e ID., «Estar en nuestro lugar, representando nuestra propia persona», en BELENGUER CEBRIÁ, E. (Coord.), *Felipe II y el Mediterráneo*, vol. III, *La monarquía y los reinos (I)*, Madrid, 1999, págs. 215-338.

[64] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli*, pág. 289. Los párrafos sobre la entrada de Fernando el Católico en Nápoles aparecen también en PEDIO, T., *Napoli e Spagna nella prima metà del Cinquecento*, Bari, 1971, págs. 179-183.

[65] *Vid.* HERNANDO SÁNCHEZ, C. J., «*Africa vinta*: imágenes de una victoria entre Túnez y Lepanto. Política, ejército y cultura en la campaña africana de 1550», en prensa.

esos dias Fernando recibió a los representantes ciudadanos, que acudieron a exponer sus reclamaciones[66]. El día de la entrada los trajes de los reyes ostentaron un calculado simbolismo político, en una equilibrada combinación de la moda española y francesa que debía expresar la superación del pasado enfrentamiento a través de la alianza encarnada por la pareja real[67]. A pesar de la corta distancia que separaba Castel dell'Ovo de la residencia oficial de Castelnuovo, el monarca y su séquito volvieron a embarcar en las galeras para poder hacer su entrada solemne desde el mar[68]. En el muelle, situado a los pies de Castelnuovo, les esperaba un puente con un arco de triunfo alzado en el extremo contrario al que sirvió para desembarcar desde la galera, la cual «acostosi ad uno ponte fabricato dala Cità de circha trenta pasi dintro in mare, qual ponte era facto ad archi ad la antiqua, ben dipinto, el sopracelo era di pano celestro col arme reali ad li capi et per el mezo, el lastrigo era coperto di

[66] *Vid.* ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VII, XX, págs. 90-91. Lo mismo sucedería años después con Carlos V, cuando éste se alojó en la villa del secretario del reino Bernardino Martirano, en Leucopietra, cerca de Poggioreale, mientras se acababan de realizar también los aparatos de su triunfo, negociando con las distintas instancias de poder de la capital.

[67] La *Crónica manuscrita del Gran Capitán*, siempre atenta a resaltar el protagonismo de Gonzalo Férnandez de Córdoba, atribuye a éste la organización de la entrada triunfal y el propio atavío del monarca: «El Gran Capitán suplicó al Rey se fuesen a Castil del Ovo y allí estuviesen hasta que se aparejase su entrada, y le suplicó entrase vestido al uso de aquel reino, porque todos los de aquella ciudad y del reino se holgarían extrañamente. El Rey se lo otorgó. Luego que el Gran Capitán dejó al Rey en Castil del Ovo y entrado en la cibdad, invió a Castil del Ovo sus sastres y muchas sedas y brocados de muchas maneras y muchas piedras y joyeles muy ricos, con todos cuantos aderezos se pudieron haber, así para el Rey como para la Reina...», RODRÍGUEZ VILLA, A. (ed.), *Crónicas del Gran Capitán...*, págs. 441-442. Según la relación de Giovanni Medina, «El Re era vestito ad la francesa, cum uno saione di raso cremesi et una veste longa de brochato rizo, frodata de cremesi et una berreta de veluto nigro, sopra la quale era una gioia richissima», mientras que «La Regina havea una veste di sotto di brocato rizo et sopra una veste che in Spagna se dice habito, de raso cremesi...», FILANGIERI, R., «Arrivo di Fedinando il Cattolico a Napoli (Relazione dell'oratore Giovanni Medina al Cardinal d'Este)», en *V Congreso de Historia de la Corona de Aragón: Fernando el Católico e Italia*, Zaragoza, 1954, págs. 311-314 y 312. Notar Giacomo describe el traje del monarca como «de broccato rizo spaccata dali lati infoderata desiti carmosino er vno sayo grande debroccato con vna barrecta de velluto nigro et vna cathena de oro con vno fermaglio», y el de Germana de Foix como «vna gonnella debroccato rizo guarnita de perlle et vna barrecta de velluto carmosino...», NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 291. Bernaldez, por su parte, afirma que el rey «llevaba vestida una ropa roçagante de carmesí de pelo muy rica, enforrada en raso carmesí. Y llevava un collar muy riquísimo, y un bonete de terçiopelo negro, con un rubí e una perla de las mayores que nunca se vieron», mientras que su identificación nacional del atuendo de la reina varía al afirmar que llevaba «una vestidura de brocado muy rica, e una capa a la francesa», BERNALDEZ, A., *Memorias del reinado de los Reyes Católicos...*, pág. 522. Estos extremos son repetidos por ZURITA, *Historia...*, vol. 4, VII, XX, pág. 91. Santa Cruz, a su vez, aporta un dato de interés por su simbolismo dinástico al señalar que la joya del sombrero del rey, ofrecida por el Gran Capitán, había pertenecido a los monarcas napolitanos: «entró S.A. en su galera con una ropa de brocado aforrata en martas con mucha pedrería, en el bonete un joyel que le dio el Gran Capitán Gonçalo Hernández, que fue de los reyes de aquel reino, que le había costado veinte mil ducados, y la Reina salió vestida a la francesa, con un brial de oro bordado, tirado y chapado con mucha pedrería...», DE SANTA CRUZ, A., *Crónica de los Reyes Católicos...*, cit. en RODRÍGUEZ VILLA, A., *Crónicas del Gran Capitán...*, pág. XLVI.

[68] FILANGIERI, R., «Arrivo di Fedinando il Cattolico a Napoli...», pág. 311.

pano verde; in capo del ponte, qual venea sopra el mole, era un archo triumphale sopra quatro colonne ad la antiqua, dipinto molto belo, col sopracelo pur celestro cum l'arme reale nel mezo et pano verde nel basso; in cima ad l'archo erano cinque ninphe, le quatro teneano uno standardo reale per una, et quella del mezo un ramo de oliva. Smontato del ponte, venne sotto l'archo, dove erano due sedie de brocato, ne le quale el prefato Re cola Regina se asetarono et stetero insino ad tanto che dismontarono tuti li soi»[69]. De esa forma se fundían dos modelos, el puente baldaquino y el arco de triunfo. Los motivos heráldicos y mitológicos componían un elemental programa de exaltación dinástica por el que las ninfas, símbolo de Nápoles, sustentaban las insignias de la casa de Aragón y el rey se erigía en restaurador de la paz proclamada por la rama de olivo de la figura central[70]. El Gran Capitán, que esperaba a los reyes en el puente, los acompañó mientras los cantores de la capilla entonaban el *Te Deum* hasta el arco, bajo el cual se había dispuesto un trono donde el monarca concedió su primera audiencia oficial a los representantes municipales, que acudieron para hacerle jurar sus privilegios y ofrecerle las llaves de la ciudad[71]. Tan pronto como el cortejo inició su recorrido el pueblo saqueó el *teatro* de madera y brocados levantado en el muelle, produciéndose en el tumulto consiguiente varios muertos y heridos[72]. Rodeados por la multitud, los reyes pasaron a través de una brecha abierta en la muralla, un símbolo de conquista que ya se había planteado en la entrada de Alfonso V y que, pese a la moderación de las imágenes bélicas desplega-

[69] FILANGIERI, R., «Arrivo di Ferdinando il Cattolico a Napoli...», pág. 311. La descripción de la Crónica de Notar Giacomo elude la referencia al arco y menciona sólo un *teatro* coronado por las banderas, al señalar que los monarcas «smontaro sopra lo ponte delígname facto in mare, al molo grande quale correspondeua al teatro facto al molo grande quale ponte era cento palmi inmare et pintato et coperto de panni celestri con piu stelle si etiam dicto teatro et in ogni quactro del teatro ve era vna bandera detaffeta rossa con le arme de soa Maesta: et in mezo dalla banda desopra vna grande bandera. lo quale teatro vi erano apparechiate tre segie reale: doue essendono dismontate le predicte Maestate et essendono inlo teatro et riposandonosse per dare ordine al caualcare, lo ponte fo sacchizato», NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 290. Más sucintas son las descripciones españolas como la de BERNALDEZ, A., *Memorias del reinado de los Reyes Católicos...*, pág. 521.

[70] *Vid.* FALOMIR FAUS, M. «Entradas triunfales de Fernando el Católico en España tras la conquista de Nápoles...», pág. 49.

[71] FILANGIERI, R., «Arrivo di Ferdinando il Cattolico a Napoli...», págs. 311-312. Según el cronista Alonso de Santa Cruz: «sus Alteças desembarcaron en una puente artificial, donde el Gran Capitán tomó a la Reina de braço hasta ponella debaxo de un arco triunfal que entraba gran pieza en el mar, que había cotado doce mill ducados y la puente quatro, donde había gran música de cantores que cantaron *Te, Deum, laudamus*. Y allí juró el Rey las libertades del Reino, y comió aquel día y la ciudad de Nápoles le hizo presente de todas las cosas de comer», *Crónica de los Reyes Católicos*, cit. en RODRÍGUEZ VILLA, A. (ed.), *Crónicas del Gran Capitán*, Madrid, 1908, pág. XLVI.

[72] «Et partite dicte Maestate dal teatro fo sacchizato et leuato via ogni cosa: quale foro facte alle spese de napoli. doue al sacchizare nce morsero tre homini et piu feriti», NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 291. Según la relación de Giovanni Medina el puente y el arco fueron saqueados por los galeotes de la galera real: FILANGIERI, R., «Arrivo di Ferdinando il Cattolico a Napoli...», pág. 312.

das a lo largo de la Entrada de Fernando, debió juzgarse irrenunciable por su evidente significado político de apropiación del espacio urbano[73].

Los monarcas montaron a caballo bajo un palio adornado con las insignias reales y el emblemas de las flechas. El conflicto que entonces surgió sobre quienes debían sostener el palio enfrentó a los proaragoneses Andrea de Capua duque de Termoli y Prospero Colonna con los angevinos Troiano Caracciolo, príncipe de Melfi, y Roberto Sanseverino, príncipe de Salerno, reconciliados con el Rey Católico tras el tratado de Blois, además de al Electo del Pueblo Francesco De Coronato. Para solventar la disputa Fernando decidió no conceder el honor a ninguno de ellos sino «alli gentilomini secundo se costuma octina per octina», es decir, los Electos, a quienes asimismo se encomendó llevar las riendas del caballo montado por el monarca, en un gesto que sancionaba tanto la preeminencia aristocrática en el gobierno de la capital como la representación del reino asumida por ésta[74]. La disposición de los barones napolitanos y de los nobles venidos desde Barcelona en el séquito real dio ocasión a nuevas tensiones. El príncipe de Salerno reclamó en vano el lugar preeminente asignado al Gran Capitán[75], quien encabezaba el cortejo acompañado, en signo de unión tras pasados conflictos, por Prospero Colonna —que poco antes había ido a España para criticar duramente su gobierno— y los cien alabarderos de la guardia real. Después iban los embajadores francés y pontificio, seguidos por un macero real y dos heraldos. A continuación, delante del rey, marchaban Fabrizio Colonna con el estandarte real y el conde de Ribagorza con el estoque. Tras ellos iban los dos cardenales españoles que residían en Nápoles, Luis de Borgia y Francisco Remolines, arzobispo de Sorrento, así como tres de los principales barones del reino cuya elección simbolizaba la reconciliación aristocrática propugnada por Fernando, ya que entre dos destacados miembros de la facción angevina que habían luchado en el bando francés, el príncipe de Bisignano Bernardino Sanseverino[76] y el marqués de Bitonto Andrea Matteo Acquaviva —encarcelado al final de la guerra y recientemente liberado en aplicación del acuerdo de Blois[77]—, figuraba el duque de Termoli Andrea di Capua, conocido por su fidelidad a la causa aragonesa y española[78]. La ar-

---

[73] PASSERO, G., *Storie in forma di di giornali...*, Nápoles, 1786, V. Orsino, pág. 146; BERTELLI, S., *Il corpo del re...*, págs. 65 y 89.

[74] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, págs. 290-291.

[75] FILANGIERI, R., «Arrivo di Ferdinando il Cattolico a Napoli...», pág. 313.

[76] *Vid.* AMMIRATO, S., *Famiglie nobili napoletane...*, vol. I, pág. 31; ZURITA, J., *Historia...*, vol. 3, VI, XX, págs. 435-436 y, sobre el patrimonio feudal del príncipe en Calabria, GALASSO, G., *Economia e società nella Calabria del Cinquecento*, págs. 35-36.

[77] AMMIRATO, S., *Famiglie nobili napoletane...*, vol. II, págs. 25-27 y ZURITA, J., *Historia...*, vol. 3, VI, XVIII, pág. 429.

[78] FILANGIERI, R., «Arrivo di Ferdinando il Cattolico a Napoli...», págs. 312-313; DE SANTA CRUZ, A., *Crónicas de los Reyes Católicos*, en RODRÍGUEZ VILLA, A. (ed.), *Crónicas del Gran Capitán...*, pág. XLVI; BERNALDEZ, A., *Memorias del reinado de los Reyes Católicos...*, pág. 522 y ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VII, XX, págs. 91-92.

monía ideal del orden social inherente a todas las manifestaciones festivas se veía así reforzada por una coyuntura política presidida por la necesidad de exteriorizar la superación de las divisiones y el acatamiento de todos los miembros del cuerpo del reino al nuevo soberano.

El itinerario comenzó por la Aduana nueva y la rua Catalana de acuerdo con las indicaciones de Antonio de Gennaro y Baltasare Pappacoda, representantes del *seggio* de Porto, el primero que debía atravesar el cortejo y donde se había erigido un arco de triunfo ante el cual se encontraban reunidos las damas y caballeros de las principales familias del *seggio* que, tras alzarse de los asientos donde se encontraban y hacer una solemene reverencia a los reyes, besaron uno a uno las manos de éstos. Similar ceremonia se realizó en los otros *seggi*, Portanova, Nido, Montagna y Capuana, por los que continuó el cortejo, pasando por la catedral, en la que se cantó un Te Deum y el rey volvió a jurar el cumplimiento de los capítulos ya concedidos a la ciudad y el reino[79]. El recorrido siguió hasta llegar a un nuevo arco en el que se veía a Marte con las armas reales, cerca de la iglesia de Santo Agostino donde, según el ritual de la *sparsio*, se tiraron al pueblo monedas de medio carlín, aunque el rey mandó que se interrumpiera el reparto al dar lugar a otro tumulto en el que nuevamente se produjeron muertos. En las monedas aparecían la efigie del monarca y las armas depuestas de Marte, motivo alusivo al triunfo de la paz y la concordia auspiciado por el nuevo soberano que también figuraba en una medalla de oro ofrecida a Fernando por el conde de Matera Gian Carlo Tramontano. Este y su mujer Antonia Restigliana —que, vestida a la francesa en otra concesión simbólica a los antiguos adversarios, entregó a la reina un presente de perlas— esperaban a los reyes ante la iglesia junto a cuatro niños con palmas que entonaron un cántico en su alabanza[80].

Gian Carlo Tramontano estaba a cargo de las zecas de Nápoles y L'Aquila desde 1494 y había sido el primer Electo del *seggio del Populo* cuando éste fue creado por Carlos VIII de Francia en 1495; miembro del sector mercantil más influyente de la capital, costeó ya la coronación de Alfonso II de Aragón en 1494 y pagó después varias compañías reclutadas entre el pueblo de la capital para defender a Ferrante II; su lealtad a la causa aragonesa se vio recompensada con el título de conde de Matera, ciudad que había comprado en la provincia de Basilicata, junto a otras mercedes concedidas por Federico III en 1497 como compensación a las grandes sumas que había prestado a la Corona, convirtiéndose en uno de los principales exponentes de las posibilidades de ascenso social acrecentadas por la inestabilidad política de los últimos años. El arco que recibió a Fernando el Católico, suntuosamente adornado con telas bordadas, había sido erigido por el conde, el cual «mantene et ha mantenuto per il pasato la ragione di questo populo Napolitano» y seguía a car-

[79] FILANGIERI, R., «Arrivo di Ferdinando I Cattolico a Napoli», pág. 313.
[80] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 292.

go de la zeca, lo que explica la localización junto al lugar de reunión del *seggio* popular en Santo Agostino así como el reparto de la nueva moneda acuñada con la efigie y las armas reales para hacer patente su liberalidad y difundir la imagen del nuevo monarca[81]. Con tan costosos gestos Tramontano confirmaba su papel de intermediario entre los sectores populares y la Corona en un nuevo testimonio de lealtad que le haría acreedor a otras mercedes como el oficio de comisario para la recaudación de impuestos en la provincia de Basilicata entre 1508 y 1510. Al sufragar el arco y las ofrendas realizadas junto al *seggio* del pueblo que había representado en sus inicios, el reciente conde hacía gala también del esplendor de un modo de vida noble que, como otros comerciantes enriquecidos y recompensados con un título, se esforzó en cultivar en grado sumo, hasta el punto de contraer cuantiosas deudas con el mercader catalán Pablo Tolosa cuyo pago exigió a sus vasallos de Matera, causa de una revuelta saldada en 1514 con su muerte a manos de los rebeldes. El trágico final del conde sería el corolario del descontento acumulado en sus tierras, como en las de otros miembros de la nobleza nueva y hábida de beneficios, cuyo eco se traduciría en la legendaria historia del *villano de Matera* que habría marchado hasta España para exponer a Fernando el Católico sus quejas contra las exacciones del señor feudal[82]. En 1507 Tramontano se encontraba en la cúspide de su éxito social y político; por ello, no ahorró ningún gasto para homenajear la entrada del monarca al que había ligado su suerte, configurando uno de los momentos más significativos del recorrido donde la acumulación de gestos de deferencia hacia los sectores populares debía exteriorizar el apoyo brindado por éstos a la causa aragonesa durante la pasada conquista. Junto al arco de Santo Agostino pudo verse «vna girandola con vno vaso grande con certe imprese tucte defulguri, doue el re, essendo vicino se apizo foco inquello vaso quale se aperse et demostro inmezo le arme del re»[83]. Otro montaje pirotécnico similar se alzaba en la cercana plaza de la Sellaria, uno de los principales centros comerciales de la ciudad. Finalmente, ya por la noche la comitiva llegó a Castelnuovo, adornado con antorchas y ante cuya entrada se habían erigido dos torres de madera recubiertas de tela. Las puertas del recinto permanecían cerradas y sólo se abrieron cuando el rey, pronunciada la orden preceptiva —*Atolite portas*— respondió a la pregunta oficial formulada desde dentro por el

[81] FILANGIERI, R., «Arrivo di Ferdinando il Cattolico a Napoli...», págs. 313-314. *Cfr.* PROTA, C., «Il mezzo carlino di Ferdinando il Cattolico coniato a Napoli nel 1506», *Bollettino del Circolo numismatico napoletano*, XX, 1939.

[82] *Vid.* FARAGLIA, N. F., «Giancarlo Tramontano, conte di Matera», *Archivio storico per le provincie napoletane*, V, 1880, págs. 86-130; CROCE, B., «Il villano di Matera e Ferdinando il Cattolico», en *Varietà di storia letteraria e civile*, Bari, 1935, págs. 29-34; CONIGLIO, G., *Aspetti della società meridionale...*, págs. 51-52 y 154-156 y DE FREDE, C., *Rivolte antifeudali nel Mezzogiorno e altri studi cinquecenteschi*, Nápoles, 1984, págs. 27-32.

[83] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 293, quien señala también que el fuego asustó a la jaca que montaba la reina e hizo caer a ésta.

castellano Luis Pexó sobre su identididad, como hijo «de la gloriosa memoria del rey Don Juan de Aragón», tras lo cual, arrodillado, hizo entrega de las llaves del castillo al monarca[84].

El itinerario triunfal por el espacio urbano, las arquitecturas efímeras, la composición del cortejo, el ceremonial desplegado en los momentos sucesivos de la recepción y la jura, la precedencia acordada entre las autoridades de la capital y las demás instancias de poder del reino, representadas por los grandes linajes, configuran una cultura política y simbólica cuyas profundas implicaciones se dejarían sentir durante décadas, como punto de referencia evocado en 1535 con motivo de la siguiente visita regia bajo Carlos V. Este insistiría en evidenciar la continuidad con la estancia de su abuelo en el reino, tanto en lo concerniente a su legitimidad dinástica como a los elementos simbólicos de una práctica de gobierno que, sin embargo, a la altura de la visita imperial se había visto profundamente modificada por la consolidación del sistema virreinal fundado por el propio Fernando. En ese sentido resultan reveladoras las diferencias entre ambas entradas, tanto en el recorrido —en 1535 inverso al de 1506, al producirse el ingreso del cortejo por tierra a través de la Porta Capuana, tras la que se alzó el principal de los arcos triunfales— y en los mensajes de los aparatos efímeros —de número y envergadura mucho mayores en 1535, cuando el protagonismo de los *seggi* se hizo más evidente mediante un programa de estatuas colosales surcado por alusiones al triunfo militar en Africa— como en el protocolo de la audiencia y las reuniones del parlamento del reino celebradas durante la estancia del soberano en las semanas siguientes. En los dos ámbitos un lenguaje convencional, formalmente codificado por la retórica humanística del poder en cuanto a la entrada, y por los códigos de rango y honor en cuanto a las audiencias, encierra serias tensiones, de las que los conflictos por las precedencias no son mas que su manifestación más ostensible.

Durante su estancia en Nápoles, el Rey Católico desarrolló una intensa actividad diplomática, centrada en las relaciones con las distintas instancias de poder en Cas-

[84] FILANGIERI, R., «Arrivo di Ferdinando il Cattolicio a Napoli», pág. 314 y NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, págs. 291-293. La localización de los arcos varía en las distintas versiones de la entrada. Según Santa Cruz, «fueron por la ciudad con muchas maneras de músicas hasta llegar a la iglesia mayor, donde salieron en procesión muy solemne todos quantos frailes había en la ciudad y clérigos; y allí se apearon el Próspero y el Conde de Melfi, y llevaron de rienda al Rey y a la Reina hasta en casa del Duque de Termini [Termoli], á donde todas las honradas dueñas del pueblo le hicieron un muy solemne recibimiento, debaxo de un arco triunfal muy rico que allí había hecho». El mismo cronista insiste en la relevancia de la música: «Iban en el recibimiento muchos géneros de música, como trompetas y atabales, sacabuches y cherimias, dulçainas y otros instrumentos de música», *Crónica de los Reyes Católicos*, en RODRÍGUEZ VILLA, A. (ed.), Crónicas del Gran Capitán... , pág. XLVI. Bernáldez, por su parte, destaca también la riqueza del arco erigido por el conde de Matera («de Mene») y el despligue del acompañamiento musical, BERNALDEZ, A., *Memorias del reinado de los Reyes Católicos...*, pág. 523. Sobre la dimensión musical de la ceremonia *vid.* FABRIS, D., «El nacimiento del mito musical de Nápoles en la época de Fernando el Católico», *Nassarre*, 9/2, 1993, págs. 53-93 y KNIGHTON, T., y MORTE GARCÍA, C., «Ferdinand of Aragon's Entry into Valladolid in 1513...», págs. 125-126.

tilla, con el emperador Maximiliano, el pontífice[85] y la república de Venecia, que se apresuró a enviar un embajador para felicitar a Fernando y asegurar su dominio sobre las plazas costeras de Apulia[86]. El protocolo de la recepción de embajadores y la forma de dar audiencia, así como la distribución de los puestos en las ceremonias públicas, que ya estaban reglamentadas por la etiqueta palaciega en las casas de Aragón y Castilla[87], siguieron los usos de la corte napolitana en tiempos de Ferrante I, como en 1535 informaría a Carlos V el virrey Pedro de Toledo cuando aquel se disponía a hacer su entrada en Nápoles[88]. El prestigio de Ferrante I como modelo para la exteriorización de la majestad real reiteradamente asumido por Fernando el Católico veía confirmada así su vigencia en pleno reinado del Emperador, apenas matizada por la observación de la mutabilidad del protocolo en función del criterio del soberano, común a otros testimonios de la superioridad de la voluntad del príncipe sobre la aspiración de continuidad y permanencia inherente al código ceremonial. La relación de Pedro de Toledo detallaba las características de las audiencias concedidas en Castelnuovo y los criterios de precedencia en las grandes ceremonias civiles y religiosas presididas por los dos monarcas aragoneses de Nápoles, Ferrante I y el Católico, a los que nuevamente Carlos V era invitado a remitirse como ejemplos de comportamiento en el gobierno[89]. El diálogo reverencial entre monarca y embajador reflejaba el respeto hacia la alta representación de éstos, confirmada por su precedencia por delante de los barones del reino al concederles los asientos a la derecha del soberano en las ceremonias públicas, mientras que la asistencia del rey a la misa solemne rodeado de cortinas acentuaba la sacralidad de la Monarquía, de acuerdo con un ritual ancestral de ocultación y distanciamiento del príncipe[90]. El uso de esos y otros recursos ceremoniales, que el virrey Pedro de Toledo remitiría a la discreción del Emperador, dependía de un ejercicio de prudencia política que el

---

[85] *Vid.* OCHOA BRUN, M. A., *Historia de la diplomacia española*, vol. IV, págs. 310-323.

[86] La oración que el legado veneciano Marco Dandolo pronunció ante Fernando en Castelnuovo el 29 de diciembre de 1506, felicitándole por la conquista del reino de Nápoles, fue publicada un año después por Pietro Summonte, el humanista que se había hecho cargo de la academia pontaniana a la muerte de Giovanni Pontano, con una carta de introducción dirigida a Francesco Caro: *Marci Danduli Artium ac I.V. doctoris: et Equitis: Oratoris Veneti apud Serenissimum Ferdinandum Hispaniae utriusque Siciliae est; Catholicum Regem Oratio*, Nápoles, 29 de diciembre de 1507, por Sigismondo Mayr. *Vid.* MANZI, P., *La tipografía napoletana nell'500. Annali di Sigismondo Mayr, Giovanni A. de Caneto, Antonio de Frizis, Giovanni Pasquet de Sallo (1503-1535)*, Florencia, 1971, págs. 41-42.

[87] *Vid.* DOMÍNGUEZ CASAS, R., *Arte y etiqueta de los Reyes Católicos...*, págs. 202-251; NIETO SORIA, J. M., «La Realeza», en NIETO SORIA, J. M. M. (dir.), *Orígenes de la Monarquía Hispánica: Propaganda y legitimación (ca. 1400-1520)*, Madrid, 1999, págs.25-62. Sobre la forma de celebrar audiencia en la corte de Alfonso el Magnánimo en Nápoles *vid.* RYDER, A., *El reino de Nápoles...*, págs. 115-118.

[88] AGS, Estado, leg. 1021, f. 136.

[89] AGS, Estado, leg. 1021, f. 183.

[90] Sobre ese signo de majestad sacral, de origen bizantino y cuyo uso en los reinos hispánicos del siglo XV está atestiguado por el *Livro vermelho* de Alfonso V de Portugal, *vid.* BERTELLI, S., *Il corpo de re...*, págs. 130-133.

Rey Católico había tenido amplia ocasión de desplegar mostrándose respetuoso con las tradiciones de la corte napolitana como modelo del *esplendor* y *magnificencia* regias.

Al igual que en España, Fernando concedió la máxima relevancia a la organización de las audiencias durante su estancia en Nápoles como momento culminante del ejercicio de la soberanía en el que el rey, supremo dipensador de gracia y justicia, podía hacer efectivos los beneficios de su presencia entre sus nuevos súbditos, confirmar la vigencia de las instituciones del reino, cuya estructura, consolidada durante el período aragonés, permanecía inalterada, y evidenciar el final del mandato del Gran Capitán que hasta entonces había desempeñado esas prerrogativas con excesiva amplitud a juicio del monarca. La descripción de una audiencia celebrada el 7 de mayo de 1506, unos meses antes de la llegada de Fernando, presenta al virrey revestido con los atributos simbólicos que imponía la representación de la majestad real —«dove sedeva dicto gran capitanio nce era vno guanimento de velluto carmosino conlo celo»— y asistido por Antonio de Gennaro Viceprotonotario, Michele di Afflicto Lugarteniente de la Camera della Sommaria, Pedro Nava «regio consigliero», el regente de la Vicaria Palazo, el presidente Iacobo Russo y el abogado fiscal de la regia corte Tommasso Grammatico, además de los magistrados Berardino de Marchese, Giovanni del Tufo, Giovanni Loyse de Artaldo, Giovanni Tommasso de Mastrillis, Tommasso Senescalco de Capua y Rodrigo Luxán, el secretario Berardino de Bernaudo, el conde de Potenza Antonio de Guevara y el marqués de la Padula Antonio de Cardona. Todos ellos deliberaban sobre materias de justicia, de modo que «si foro chiamati piu persune criminaliter et ciuiliter et foro proposte piu cause...»[91]. La presencia de señalados nobles de la facción española que habían colaborado decisivamente en la conquista del reino, como Antonio de Cardona o Antonio de Guevara, resulta significativa en un contexto judicial presidido por los más destacados togados napolitanos que, tras servir a los últimos reyes locales de la casa de Aragón, iban a seguir ocupando altos cargos en los años siguientes. Sin embargo, esa organización del sistema de audiencia bajo el Gran Capitán se iba a ver alterada por la visita del monarca y el relevo del virrey. La primera audiencia oficial de Fernando se celebró tras la reunión del parlamento y el preceptivo juramento de éste, el 19 de febrero de 1507, «in la sala grande del castello stando lui solo a sedere con la spada alle scale del thalamo», junto con los miembros del Consejo Supremo de Aragón que lo habían acompañado desde España, Tomás Malferit —que actuaba de secretario— Antonio Agustín y Luis Lonch, y tres de los principales oficiales de la administración napolitana confirmados en sus cargos por el monarca, el Viceprotonotario Antonio de Gennaro, Tristano de Cunea regente del Tribunal de la Vicaría y Michelle de Afflitto lugarteniente de la Cámara de la Sumaria: «li scriuani de mandamento legeuano li memoriali et supplicacione, et depo li predicti se rizauano et se

[91] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 285.

inclinauano al Re, et refereuase lo tenore dequello era lecto standono ingenochiacti doue decretaua: et depo li predicti scendeuano abasso, fando reuerencia et Malferito summisa voce lo decretaua»[92]. El despacho oficial adoptaba así un lenguaje reverencial que tenía por objetivo resaltar la majestad real, al tiempo que los oficiales regios aparecían revestidos del poder que expresaba su propia cercanía al monarca, como intérpretes privilegiados de su voluntad a través de un rígido procedimiento legal que sancionaba el protagonismo de los togados en el gobierno. La actuación conjunta de los secretarios y consejeros aragoneses llegados en el séquito del rey y los togados napolitanos que controlaban los más altos órganos de la administración del reino reflejaba asimismo la concepción global que tenía Fernando del ejercicio del poder en Nápoles y su inserción en el conjunto de la Monarquía, en contraste con la arbitrariedad de que se había acusado al Gran Capitán.

El desfile de gestos y ceremonias, prolongado por la intensa vida festiva que jalonó la estancia de la corte regia hasta 1507, supuso la sanción de un compromiso mutuo de lealtad entre el monarca y el reino a través de sus grupos dirigentes, que debía tener continuidad cuando Fernando regresara a España. Aunque, al no haber recibido aún la preceptiva investidura pontificia, no se planteó la realización de una ceremonia de coronación como acostumbraban los reyes de Nápoles, de manos de un legado papal, la presencia del rey brindó nuevas ocasiones para que se desplegaran los sutiles engranajes de un lenguaje ceremonial y cortesano en el que cada una de las celebraciones y festejos exteriorizó significados políticos concretos que tenían como clave la relegación del Gran Capitán tras los gestos de deferencia prodigados por el rey a su llegada y el ascenso de los grupos que se le habían enfrentado. Hitos de ese proceso ceremonial fueron, el 10 de noviembre de 1506, las exequias por Felipe el Hermoso, celebradas en la iglesia de Santo Domingo, panteón real de la dinastía aragonesa, y única ocasión en la que el rey y la corte se vistieron de luto por la muerte de su yerno[93], así como el banquete, seguido por un baile, organizado por Fernando en Castelnuovo el 3 de diciembre, que permitió a los principales nobles del reino rivalizar en el lujo de joyas y atavíos en un nuevo gesto de sumisión al poder real[94].

La culminación de ese despliegue protocolario se produjo en el parlamento de 1507, presidido por el rey, que asumiría también un carácter modélico hasta el de 1535 bajo Carlos V. Se trataba de la segunda asamblea reunida tras la conquista ya que la primera se convocó en 1504, presidida por el Gran Capitán[95]. El parlamento inaugurado el 30 de enero de 1507 en el refectorio de San Lorenzo tenía por obje-

[92] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, págs. 297-298.

[93] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 294.

[94] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 295.

[95] *Vid.* GASPARRINI, P., «Un ignorato parlamento Generale napoletano del 1504 e un altro poco noto del 1507», *Archivio storico per le provincie napoletane*, LXXV, 1957, págs. 203-210; ID., «Ancora dei parlamenti napoletani del 1504 e del 1507», *Archivio storico per le provincie napoletane*, LXXVIII, 1960; CERNICLIARO, A., *Sovranità e feudo...*, I, págs. 37-46.

tivo el reconocimiento definitivo de la soberanía de Fernando, con la prestación de homenaje al rey por parte de todos los representantes de la nobleza y las ciudades, además de la concesión de un donativo extraordinario. A fin de salvaguardar los derechos de su nieto Carlos frente a posibles interpretaciones del tratado de Blois, Fernando hizo «que los juramentos de fidelidad y los homenajes se le prestasen a él y a la reina doña Juana y a sus sucesores y no a la reina Germana»[96]. La ceremonia se desarrolló con un estricto orden protocolario, «sedendo la predicta Maesta in la sedia sua regale», flanqueado a su derecha por Salvatore Zurulo, Electo de la capital y actuando como portavoz del rey Antonio de Gennaro en nombre del secretario real Miguel Pérez de Almazán, mientras que la respuesta, en nombre de todo el reino, se encomendó a Gonzalo Fernández de Córdoba[97], que asumió así un papel mediador ante el monarca pronto interrumpido por su sustitución al frente del virreinato. Junto a la especial atención a los representantes de la capital, que veía confirmada nuevamente su preeminencia sobre el resto del reino, la asamblea sancionó también la primacía de ciertos miembros de la nobleza, al igual que sucedería en las reuniones sucesivas, a través de la elección de una diputación baronal encargada de redactar las gracias o peticiones que debían presentarse al monarca, compuesta por Fabrizio Colonna duque de Tagliacozzo, Andrea de Capua duque de Termoli, Andrea Matteo Acquaviva marqués de Bitonto y Giovan Tommaso Carafa conde de Maddaloni[98].

La política nobiliaria, que debía fructificar en los años siguientes a partir de la reconciliación con la facción angevina mediante la devolución de sus bienes prevista en el tratado de Blois y puesta en práctica por el rey durante su estancia napolitana, formaba parte de una estrategia de creación de lealtades cuyo eje estaba marcado por la recuperación de la vida cortesana de la capital para contrarrestar los efectos negativos desencadenados por la vuelta del soberano a España, tal y como señalaría Tristano Caracciolo en su *Epistola de statu Civitatis*. Según el humanista y noble de *seggio*, la ausencia del rey privaba a los barones de las posibilidades de beneficiarse de la gracia regia y del estímulo que suponía la emulación del esplendor real, mientras que los nobles de la capital sólo podían temer por sus intereses frente a las reclamaciones populares y, a su vez, los mercaderes veían disminuir sus ganancias por la falta de consumo de la corte[99]. La presencia del virrey no parecía suficiente contrapeso a esa grave alteración de los intereses sociales, políticos y económicos que, afectando sobre todo a los grupos dirigentes de la capital, amenazaba tanto la posi-

[96] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VII, XX, pág. 92 y XL, pág. 165.

[97] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 297.

[98] *Vid.* D'AGOSTINO, G., *Parlamento e società nel regno di Napoli, Secoli XV-XVI,* Nápoles, 1979, págs. 187-195; CERNICLIARO, A., *Sovranità e feudo...*, I, págs. 32-54; ID., *Patriae Leges...*, págs. 8-32; HERNANDO SÁNCHEZ, C. J., «El Gran Capitán y los inicios del virreinato...», págs. 1841-1842.

[99] *Vid.* CERNICLIARO, A., *Sovranità e feudo...*, I, págs. 7-9.

ción preeminente alcanzada por ésta sobre el conjunto del reino como el propio dominio de la Corona. Era necesario por tanto reforzar todos los vínculos simbólicos y efectivos del reino con la dinastía y potenciar los elementos más llamativos de la vida de corte a través de una práctica protocolaria y festiva en la que resultaba fundamental la presencia de personas reales. Con ese fin Fernando dotó a su hermana y sus sobrinas de los medios necesarios para residir en Nápoles, les entregó el palacio de Castel Capuano, antigua residencia de los reyes aragoneses, que se convertiría en un espacio privilegiado de la sociedad cortesana, les entregó nuevos beneficios y confirmó los que ya tenían para que pudieran mantener con el decoro debido una casa cuyos oficios se vieron ampliados. La presencia de las tres reinas napolitanas permitía abrigar las expectativas de una realeza menos ausente y lejana de lo que la marcha del rey hacía temer[100]. Fernando quiso confirmar esa presencia dinástica dejando a su hermana Juana, viuda de Ferrante I, que ya había ejercido el gobierno interino en varias ocasiones tanto en Nápoles como en la Corona de Aragón, al frente de la lugartenencia general del reino, de cuyos asuntos debía seguir informándole aun después de que llegara el nuevo virrey[101].

El entramado institucional

A pesar de los rumores desatados sobre su permanencia en el reino y sus dudas en volver a asumir el gobierno en Castilla[102], el 4 de junio de 1507 Fernando

[100] *Vid.* CROCE, B., «La corte delle tristi regine di Napoli», *Archivio Storico per le provincie napoletane*, XIX, 1894, págs. 354-375; GENOVÉS, V., *Doña Juana de Aragón, la «triste Reina» de Nápoles*, Madrid, 1947; DE LA TORRE, A., «Juana de Nápoles. Su venida a España en 1499», en *Studi in onore di R. Filangieri*, Nápoles, 1959, vol. II, págs. 245-248 y FERNÁNDEZ MURGA, F., «Doña Juana de Aragón, Reina de Nápoles», *ibidem*, págs. 175-196. A Juana, viuda de Ferrante I, y sus hijas Juana, viuda de Ferrante II y Beatriz, reina de Hungria, les acompañaba la duquesa viuda de Milán Isabel de Aragón, hija de Alfonso II. Testimonio de la relevancia oficial que se les asignaba serían los solemnes funerales organizados en Nápoles a la muerte de la reina de Hungría, viuda de Matías Corvino, en septiembre de 1508. *Vid.* NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, págs. 310-311 —el cual señala que la reina de Hungría alimentaba en Nápoles a más de 600 personas y ordenó otras limosnas en su testamento—; ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VIII, XXVIII, págs. 350-351 —donde se afirma en cambio que Beatriz murió sin bienes, por lo que el virrey debió costear las exequias en el monasterio de San Pedro Mártir—; PARRINO, D. A., *Teatro eroico dei vicerè...*, vol. I, pág. 48.

[101] *Vid.* FERNÁNDEZ MURGA, F., «Doña Juana de Aragón, Reina de Nápoles», y D'AGOSTINO, G., *La capitale ambigua...*, pág. 168, núm. 111.

[102] Según la crónica del «Segundo viaje de Felipe el Hermoso a España en 1506», «Algunos decían que no iría, y que si abandonaba su reino de Nápoles, lo perdería, y el papa haría su esfuerzo para conquistarlo y ponerlo en la mano de quien le pareciese, como herencia y patrimonio e la Iglesia, y también que el rey de Francia se tomaría la molestia de reconquistarlo o de asistir al papa en aquello, aunque tuviese promesa o amistad con aquel rey de Aragón...», GARCÍA MERCADAL, J., *Viajes de extranjeros por España y Portugal...*, vol. I, pág. 556.

embarcó en Nápoles rumbo a Gaeta y, de allí, a Savona, donde se entrevistaría con Luis XII[103]. El 11 de junio lo hizo el Gran Capitán con su familia[104]. El regreso del rey a España, llevando consigo a Gonzalo, representó el inicio del sistema virreinal tal y como se conocería en las décadas siguientes. La sustitución del Gran Capitán por un miembro de la familia real era ya un emblema de que el período de la conquista se daba por finalizado. Fernando había preparado cuidadosamente el relevo antes de emprender su viaje. Si en 1505 había pensado en la sustitución de Gonzalo por su hijo, el arzobispo de Zaragoza Alonso de Aragón[105], más adelante decidió nombrar a Juan de Lanuza, hasta entonces su virrey en Sicilia y para ello lo llamó a Nápoles durante su estancia en la capital. Una vez allí, la muerte repentina de Lanuza, así como la de su hijo y omónimo, el Justicia de Aragón, que había acompañado al rey desde España y estaba destinado a suceder a su padre como virrey de Sicilia, decidió al monarca a nombrar a su sobrino Juan de Aragón[106]. La elección de Lanuza tenía la ventaja de que su proximidad al reino garantizaba un pronto relevo, mientras que su experiencia en el gobierno sucesivo de varios territorios como Cataluña, Valencia y Sicilia parecía más valiosa por la propia indefinición de las funciones virreinales y su lealtad se veía garantizada por el largo enfrentamiento que había mantenido con el Gran Capitán. El nombramiento de Juan de Aragón, en cambio, respondía a las necesidades representativas del poder real para conducir la política de entendimiento con los grupos dirigentes del reino, ya que, como miembro de la familia del monarca, el conde de Ribagorza hacía que los napolitanos pudieran sentir reconocida su soberanía a través de un familiar próximo del rey capaz de encarnar el orden dinástico de acuerdo con una tradición consolidada en la Corona de Aragón[107]. Juan de Aragón era hijo natural del duque de Villahermosa Alfonso de Aragón y nieto por tanto de Juan II, el padre de Fernando[108]. Además, el nuevo virrey era hermano de Marina de Aragón, mujer desde 1505 del príncipe de Salerno, el principal barón angevino reconciliado con el Católico. Sin embargo, el rango del conde de Ribagorza pareció insuficiente a algunos barones, como Bartolomeo de Alviano que, aunque al servicio de Venecia, escribiría un año después al rey para recomendar que enviase al arzobispo de Zaragoza «porque aquel reino se había acostumbrado gobernar por reyes o hijos

[103] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 302 y ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VIII, II, pág. 239.

[104] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 303.

[105] *Vid.* ZURITA, J., *Historia...*, vol. 3, VI, XXII, pág. 443.

[106] *Vid.* ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VIII, III, pág. 243.

[107] De esa forma, escribiría Parrino, «il Conte portava impresso il carattere di Nipote del Rè, riscosse da tutte le Provincie del Regno, insieme coll'amore la riverenza, che furono i due inseparabili ascendenti del suo governo», PARRINO, D. A., *Teatro eroico...*, I, pág. 46.

[108] Ostentaba ya el título de prior de la orden de San Juan en Cataluña y castellano de Amposta. *Vid.* FERNÁNDE DE OVIEDO, G., *Batallas y Quinquagenas* (ed. de J. Pérez de Tudela y Bueso), t. I, Madrid, 1983, págs. 181-185.

de reyes» y para que «se conociese la estimación que de aquel reino se hacía con tanta razón»[109].

El nombramiento del conde de Ribagorza era la culminación de un relevo efectuado por Fernando antes de abandonar Nápoles entre los principales representantes de la Corona en Italia, similar al realizado el año anterior en la Corona de Aragón antes de embarcar en Barcelona. Los nobles elegidos en 1507 habían acompañado al rey desde España hasta Nápoles, eran súbditos de la Corona de Aragón y tenían una sólida experiencia en materia de gobierno, guerra y diplomacia. En primer lugar Ramón Folch de Cardona fue nombrado virrey de Sicilia en lugar del fallecido Juan de Lanuza. Las instrucciones que le entregó el rey en Nápoles el 28 de marzo de 1507 insistían en la estrecha colaboración que debía mantener con el virrey de Nápoles para asegurar la defensa de los dos territorios y hacer frente a posibles intervenciones en el resto de Italia[110]. Asimismo, fue relevado el embajador en Roma sutituyendo al veterano Francisco de Rojas por el valenciano Jerónimo de Vich, barón de Llaurí[111]. A él le correspondería tramitar uno de los más delicados asuntos del reino de Nápoles como era la concesión de la investidura pontificia que, coincidiendo con la estabilización del gobierno impulsada por Fernando durante su estancia en la capital partenopea, debía solventar definitivamente su discutida legitimidad sobre el trono napolitano apelando a los derechos conjuntos de las casas de Aragón y de Anjou reconocidos en el tratado de Blois.

En las instrucciones entregadas a Vich en Nápoles el 14 de abril de 1507 acerca de lo que debía tratar con el Papa coincidiendo con el envío de una embajada extraordinaria para rendir solemne obediencia al pontífice[112], el Rey Católico afirmaba que la investidura debía ser otorgada «a nos y a la Serenísima Reyna doña Ger-

---

[109] *Vid.* ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VIII, XXVIII, pág. 351.

[110] «Primeramente haveys de considerar quanta razón es que los dichos nuestros Reynos de las dos Sicilias estén muy vnidos y conformes como si ambos fuessen vn Reyno para todas las cosas que cumplieren a nuestro servicio y estado real y al bien y conservación dellos y que cuanto más vnidos y conformes estuvieren los dichos nuestros Reynos y los estuvierdes los vissorreyes que por nos los haveys de gobernar mucho mejor se podrán conservar y governar con mayor paz y sosiego, y assimismo la auctoridad de los dichos dos Reynos nuestros junta podrá fazer muy mayor effecto en Italia y en las otras partes en todas las cosas de nuestro servicio y estado real que si estuuiesse diuidida o no tan conforme como nos desseamos [...] Por ende terneys muy grande y especial cuydado de mirar y trabajar en que la conformidad vuestra con nuestro visorrey deste dicho nuestro Reyno sea muy grande y muy perfecta y terneys con él estrecha y continua intelligencia para todas las cosas que tocaren a nuestro servicio y al bien de los dichos nuestros Reynos y de todos nuestros negocios», BARÓN DE TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, vol. II, págs. 14-17 y 14.

[111] *Vid.* TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, págs. 67-76 y OCHOA BRUN, M. A., *Historia de la diplomacia...*, vol. IV, págs. 317-319.

[112] La embajada, que salió de Nápoles el 14 de abril de 1507, estaba formada por Bernaldo Dezpuch, maestre de Montesa, Antonio Agustín, del Consejo de Aragón, y el nuevo embajador en Roma Jerónimo de Vich: ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VII, XLVII, pág. 204; OCHOA BRUN, M. A., *Historia de la diplomacia...*, vol. IV, págs. 316-318.

mana de fox nuestra muy cara y muy amada muger para nos y para nuestros fijos assi varones como mugeres de nuestro cuerpo legitimamente decendientes y esto por respecto de nuestros derechos y a cada uno de nos legítimamente pertenencientes...». En contraste con la exclusión de su mujer en el juramento de fidelidad prestado por el parlamento de Nápoles que había presidido pocos meses antes, Fernando pretendía ahora reforzar sus derechos presentándolos como la inapelable superación de la polémica dinástica que hasta entonces habían utilizado los pontífices para conceder o negar la investigura feudal en función de sus intereses. Sin embargo, en una cláusula adicional a las instrucciones el rey encomendaba a Vich que trabajase por lograr «dos investiduras, una de la manera que al comienço de la instrucción dezimos», en virtud de la cual «nos havemos de confesar y reconocer que este Reyno es nueuamente concedido por la Sola gracia y pura liberalidad de la silla Apostolica a nos y nuestros herederos», mientras que, con fecha posterior y, por tanto, invalidando a la primera, debía concederse «otra investidura que sea solamente para nos y para nuestros herederos Utriusque Sexus derogando la susodicha diziendo que aquella se fizo solamente por escusar algun escandalo que se pudiera seguir si entonces se diera assi y tomando en ella fundamento de nuestro derecho de la Casa de Aragon faziendo en ella mincion que me pertenece este Reyno como a fijo y heredero del Serenisimo Rey Don Alonso primero al qual se otorgo la investidura para sus transuersales en caso que no quedassen del fijos de legitimo matrimonio nacidos». Para apoyar sus pretensiones, el rey apelaba a la falta de mención a esos derechos en la legitimación del hijo natural y heredero de Alfonso V en Nápoles, Ferrante I, así como a la confirmación de aquellos que interpretaba estar implícita en su no derogación en las investiduras concedidas por los papas sucesivos al mismo Ferrante I y sus sucesores[113]. La compleja legitimación invocada seguía presentando una notable indefinición que permitió a Julio II durante los años siguientes resistirse a conceder la investidura en ninguna de las fórmulas requeridas, reservando esa preciada arma legal como instrumento de presión diplomática.

Al mismo tiempo que el embajador Vich, el conde de Ribagorza recibió detalladas instrucciones del rey que, retomando criterios generales de gobierno ya expresados en anteriores documentos enviados a los virreyes de Sicilia o al propio Gran Capitán, pueden considerarse el inicio de un género político que se consolidaría con Carlos V. En ellas volvía a insistirse en la coordinación con el virrey de Sicilia Ramón de Cardona y el embajador en Roma Jerónimo de Vich. El conjunto de la política italiana, prioridad del monarca, debía condicionar también la actuación de su virrey en Nápoles. Sus ejes eran las relaciones con Venecia —donde debía concentrar sus esfuerzos en recuperar las plazas ocupadas por la Serenísima en las costas adriáticas de Apulia— y con Roma, donde debía garantizar la concordia entre las facciones de los Orsini y los Colonna, grandes feudatarios napolitanos, apoyando en todo caso a

[113] BARÓN DE TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, vol. II, págs. 26-28.

los segundos sobre los primeros pero mostrando especial consideración en el reino a los barones de la facción angevina cuyos bienes habían sido restituidos tras el acuerdo con el rey de Francia[114].

Las instrucciones encuadraban la actuación del virrey en un marco genérico y se centraban en la política faccional y diplomática. Para la tramitación cotidiana del gobierno el monarca había previsto de una instancia a la vez judicial y de consejo con la que esperaba evitar situaciones como la planteada con el Gran Capitán, cuando la ausencia de contrapesos a su poder le había permitido actuar en un plano de práctica independencia considerado inadmisible para la soberanía real. El momento de la creación de ese órgano, así como su carácer, atribuciones y composición inicial resultan aún oscuros, al igual que sucede en las demás instituciones consiliares de la Monarquía, empezando por el mismo Consejo Supremo de Aragón, cuyo funcionamiento, sancionado por una pragmática de noviembre de 1494, partía de diversos usos de gobierno preexistentes de carácter político, administrativo y judicial[115]. Aunque el Consejo de Aragón se había formado cuando la unión con la Corona de Castilla hacía necesario articular un sistema de gobierno territorial desde la corte capaz de reforzar la intervención regia y el Consejo Colateral de Nápoles surge en cambio cuando la unión dinástica con Castilla se había visto momentáneamente interrumpida, todo indica que éste fue también el resultado de un proceso gradual de asignación de competencias a distintos consejeros y oficiales mediante sucesivas órdenes reales que pretendían resaltar la superioridad de sus cometidos sobre el resto de la administración del reino. Ese carácter acumulativo imprime una extrema complejidad a los momentos iniciales del Consejo y hace necesario seguir la trayectoria de sus primeros miembros en relación con una tendencia creciente de la corte regia a intervenir en el gobierno de Nápoles a través de algunos oficiales cualificados. Ya en septiembre de 1501 fue enviado al reino el catalán Tomás Malferit, miembro de la Cancillería del Consejo de Aragón, para avalar oficialmente los actos del Gran Capitán como Lugarteniente General de los ducados de Calabria y Apulia. En octubre el rey ordenó a Gonzalo que las negociaciones con los franceses para el reparto del reino en aplicación del tratado de Granada contaran con la participación de Malferit, junto al napolitano Antonio de Gennaro, Viceprotonotario del reino, y al aragonés Juan Claver, nombrado Lugarteniente del Gran Camerario. Malferit formaría parte además, junto al mismo Gonzalo, de la restringida comisión que debía negociar la restitución de feudos con los franceses[116]. La comisión de Malferit era puntual y, al cabo de un tiempo, regresó a España. En cuanto a Claver, tras ocupar en

[114] *Vid.* ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VIII, III, pág. 244; PARRINO, D. A., *Teatro eroico dei vicerà...*, vol. I, pág. 46 y D'AGOSTINO, G., *La capitale ambigua...*, págs. 135-136.

[115] *Vid.* ARRIETA ALBERDI, J., *El Consejo Supremo de la Corona de Aragón (1479-1707)*, Zaragoza, 1994.

[116] MUTO, G., «Tensioni e aspettative...», págs. 1795-1796.

1496 la embajada en Milán de la que antes era secretario, había sido embajador del Rey Católico en Nápoles ante Federico III desde 1500 hasta la marcha de éste en 1501, por lo que su conocimiento del reino y la necesidad de recompensar su contribución a la conquista de éste lo hacían acreedor a seguir desempeñando los más altos oficios de la administración como una de las figuras decisivas que debían canalizar institucionalmente el proceso militar[117]. Aun cuando las funciones de esos oficiales no son equiparables a las que desempeñarían los futuros miembros del Consejo Colateral, resulta significativa su presencia en los momentos iniciales de la ocupación del reino formando un primer núcleo de asesores expertos en leyes que iban a mantenerse al frente de las instancias supremas de la administración durante los años siguientes.

Uno de los primeros síntomas de la normalización del gobierno tras el fin de la guerra 1504 se produjo cuando la Cancillería napolitana volvió a expedir privilegios de gracia y justicia, entre otros documentos oficiales[118]. El 30 de enero de 1505 una pragmática real reguló el «stylus Cancelleriae» que debía seguirse en la expedición de los negocios —el registro, formulario, emolumentos y derechos de los oficiales—, mientras que en septiembre se ordenó la reapertura del Estudio napolitano[119]. Ese mismo año, coincidiendo con la orden de que el Gran Capitán regresara a España, según Zurita «se comenzó a formar por el rey consejo particular para la provisión de las cosas del gobierno y justicia del reino de Nápoles en su corte». En él «intervenían ordinariamente y asistían micer Tomás Malferit que presidía en el consejo de Aragón y tuvo cargo de lugarteniente de protonotario del reino, el licenciado Luis Zapata, Luis Sánchez tesorero general, Juan Babtista Espinelo como general conservador y el secretario Miguel Pérez de Almazán por quien pasaba toda la expedición de las cosas del estado del rey»[120]. Se trataba de una junta restringida formada por hombres de la máxima confianza de Fernando en un momento especialmente delicado, cuando éste intentaba frenar las pretensiones de Felipe el Hermoso de extender a Nápoles los derechos sobre el gobierno de Castilla que se disponía a hacer efectivos, al tiempo que los recelos frente al Gran Capitán eran alimentados por varios napolitanos presentes en la corte del Rey Católico, como Próspero Colonna y el propio Giovan Battista Spinelli. La inclusión de éste —llegado a España en marzo— era un claro signo de rechazo a Gonzalo, al igual que el predominio de catalanes y aragoneses, entre los que la presencia de Pérez de Almazán, que iba a convertirse en el interlocutor privilegiado para la tramitación de los asuntos napoli-

[117] *Vid.* OCHOA BRUN, M. A. *Historia de la diplomacia...*, págs. 230 y 250.

[118] *Vid.* MUTO, G., «Tensione e aspettative...», pág. 1797.

[119] *Vid.* CERNIGLIARO, A., *Sovranità e feudo...*, vol. I, págs. 28-29 y MUTO, G., «Tensioni e aspettative...», pág. 1802.

[120] *Vid.* ZURITA, J., *Historia...*, vol. 3, VI, V, pág. 361. *Vid.* TOPPI, N., *De Origine Omnium Tribunalium*, Nápoles, 1655-1659, II, págs. 144-154 y GRIMALDI, G., *Istoria delle Leggi e Magistrati del Regno di Napoli*, Nápoles, 1767, V, pág. 128.

tanos hasta su muerte en 1514, no sólo se justificaba por su condición de secretario real, sino que evidenciaba su ascenso en el favor del rey como cabeza de un grupo de consejeros cuyo creciente poder en la corte desde hacía varios años se vio revitalizado tras la muerte de Isabel la Católica[121]. A ellos se sumaba Luis Zapata, consejero real que había actuado como letrado en las recientes cortes de Toro[122].

El carácter coyuntural del consejo creado en la corte para tratar los asuntos de Nápoles en 1505 se puso en evidencia cuando Fernando marchó a su nuevo reino y las funciones de aquel fueron asumidas por los miembros del Consejo de Aragón que lo acompañaron: los tres regentes de la Cancillería, el aragonés Antonio Agustín, el catalán Joan Lonch y el mallorquín Tomás Malferit, junto al jurista Bernardo Terrer. Aunque siguieron ocupándose de los asuntos concernientes a los territorios españoles, su ausencia de éstos fue compensada por el rey antes de partir hacia Nápoles en 1506 con diversas provisiones tendentes a reforzar la administración regia en la Corona de Aragón, fruto tanto de las demandas de los reinos como de tendencias de la corte que ya apuntaban en años anteriores. La principal de esas medidas fue la creación de la Audiencia del reino de Valencia, que venía a completar el proceso iniciado en 1493 con la reglamentación de las audiencias de Aragón y Cataluña y pretendía hacer frente a los conflictos surgidos entre el virrey Enrique de Aragón y el gobierno de la ciudad a causa de la intromisión de aquel en la administración de justicia, así como responder a las peticiones elevadas por distintos estamentos y cuerpos del reino a través de una embajada de la capital. En Barcelona, el monarca estableció el 30 de agosto de 1506 el reglamento del nuevo organismo colegiado como tribunal permanente integrado por ocho doctores en leyes cuya dirección recaía en el Vicecanciller de la Corona y el regente de la Cancillería valenciana. La orden de 1506 prohibía remitir suplicatorios al Consejo de Aragón, cuyos miembros se trasladaban con la corte a Nápoles. Tras su vuelta a España, el 30 de noviembre de 1507 Fernando promulgó una pragmática por la que acababa de configurar el tribunal, reduciendo a la mitad el número de sus miembros y autorizando la apelación de sus sentencias al Consejo de Aragón[123]. Los problemas que llevaron a la estructuración de la Audiencia valenciana eran similares a los que había que afrontar en Nápoles y tenían como eje el reforzamiento de la administración real de una forma estable, capaz de satisfacer las reclamaciones de los intereses contrapuestos de los distintos cuerpos de los reinos y de equilibrar el poder virreinal a tra-

[121] *Vid.* RODRÍGUEZ MUÑOZ, P., «Un colaborador de los Reyes Católicos. Miguel Pérez de Almazán», *Publicaciones del Instituto Tello Téllez de Meneses*, Palencia, 6, 1951, págs. 117-158 y ESCUDERO, J. A., *Los secretarios de Estado y del Despacho (1474-1724)*, t. I, Madrid, 1976, págs. 22-30.

[122] *Vid.* CARRETERO ZAMORA, J. M., *Cortes, monarquía, ciudades. Las Cortes de Castilla a comienzos de la época moderna (1476-1515)*, Madrid, 1988, págs. 39, 41, 203 y 358.

[123] *Vid.* CANET APARISI, T., «La administración real y los antecedentes históricos de la Audiencia moderna», *Estudis*, 11, Valencia, 1985, págs. 7-39 e ID., *La Audiencia valenciana en la época foral moderna*, Valencia, 1986.

vés de una más estricta reglamentación del ejercicio de la justicia durante la ausencia del monarca.

En Nápoles, al igual que en los otros territorios de la Monarquía, era necesario compatibilizar el mantenimiento de la plenitud jurídica e institucional del reino con su agregación a la casa de Aragón. Para ello debían organizarse mecanismos de intervención regia en la corte y el reino. Mientras en el ámbito cortesano la presencia de representantes napolitanos acabó vinculándose al Consejo de Aragón siguiendo el modelo siciliano, en el reino se procedió a reestructurar el gobierno con la sustitución del virrey, la articulación del Consejo Colateral y el relevo de los miembros de los principales tribunales y órganos en la administración general y de la capital. El 22 de mayo de 1507 uno de los nobles castellanos que habían acompañado al monarca hasta Nápoles, don Fernando de Toledo, hermano del II duque de Alba y «affine del Signore Re», pasó a formar parte del Sacro Regio Consiglio como Protonotario del reino. Junto a él se nombró viceprotonotario a Antonio de Ianuario, y ocuparon plaza de consejeros Antonio de Palmero, Hieronimo Sperandeo, Francisco de Raynaldo de Sulmona, Pedro Nava, Pietro Olivero di Napoli y Masello Carrara de Taranto[124].

Antes de volver a España y nombrar como virrey al conde de Ribagorza, el 4 de junio de 1507, Fernando estipuló que éste debía gobernar asistido por tres destacados barones napolitanos: Andrea Carafa conde de Santa Severina, Ettore Pignatelli conde de Monteleone y Giovan Battista Spinelli conde de Cariati, que quedaron «por consejeros principales para las cosas del estado», según Zurita porque «de los naturales del reino eran de gran prudencia y uso de negocios y los más aficionados a su servicio». Spinelli debió abandonar el cargo de conservador general que detentaba «porque en opinión de todos era tenido por oficio nuevo y muy perjudicial y por ser muy odioso a los pueblos no quiso el rey que de allí adelante le hubiese ni se usase de él»[125]. A pesar de esa renuncia obligada, su nuevo nombramiento suponía el triunfo de cuantos se habían opuesto a Gonzalo Fernández de Córdoba, al tiempo que pretendía garantizar la confianza de los grupos dirigentes del reino en el nuevo virrey. Tanto Spinelli como Carafa y Pignatelli no eran sólo cabezas de sendas casas nobiliarias proaragonesas cuya influencia se extendía a una amplia red de relaciones clientelares, sino también hombres de letras y diplomáticos de acreditada experiencia en los asuntos de gobierno. Spinelli, que había sido embajador de Nápoles en Venecia entre 1492 y 1501, volvería a desempeñar ese cargo al servicio de Fernando el Católico de 1512 a 1516[126]. A pesar de la ausencia de uno de sus miembros durante esos años, el triunvirato formado por los aristócratas napolitanos y la densa trama de relaciones clientelares que aglutinaban seguiría ejerciendo una in-

[124] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 301.
[125] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VIII, VI, pág. 244.
[126] *Vid.* OCHOA BRUN, M. A., *Historia de la diplomacia...*, vol. IV, pág. 231.

fluencia decisiva en las tareas de gobierno bajo el largo virreinato de Cardona y, tras la muerte de éste en 1522, durante el turbulento período de la década de 1520, bajo el virrey flamenco Carlos de Lannoy.

Junto a los tres nobles señalados, se encargarían de tramitar todas las materias de gobierno dos regentes de la Cancillería. Los primeros regentes nombrados por Fernando fueron Joan Lonch y Tomás Malferit que, tras el regreso del rey a España, serían sustituidos por el siciliano Ludovico Montalto y el catalán Jerónimo Coll, con la asistencia del también español Pedro Lázaro de Exea, secretario del reino, cuyas firmas aparecen en todas las órdenes emanadas por el virrey a partir de 1508[127]. En noviembre de 1507 Coll fue nombrado consejero del Sacro Regio Consiglio, reforzando así sus competencias al asumir unas funciones judiciales que darían lugar a frecuentes conflictos por la delimitación entre ambos organismos. La reorganización de la Cancillería con el nombramiento de los dos regentes constituía el eje del Consejo Colateral, del que también formaban parte Carafa, Pignatelli y Spinelli. A las funciones meramente consultivas de éstos, aunque reforzadas por la personalidad de los consejeros, los regentes sumaban las atribuciones judiciales por su participación en el Sacro Regio Consiglio, así como las propias de la Cancillería, reuniendo de ese modo las competencias que en época aragonesa habían detentado de forma separada los miembros del Consejo para asuntos de estado, los de la antigua Real Audiencia y los regentes encargados de la tramitación de la documentación oficial. Gracias a esa concentración de poderes los nuevos regentes podían actuar como árbitros del gobierno político y jueces supremos del reino.

La relevancia alcanzada por el Consejo Colateral, que debía estar siempre al lado del virrey y sancionar todas sus acciones legales, resulta evidente desde la marcha del rey a España. Así lo refleja, por ejemplo, el propio Ribagorza el 3 de noviembre de 1507 al solicitar al monarca que la ciudad de Aversa no saliera del patrimonio regio para que sirviera de segunda residencia oficial en caso de epidemia en la capital: «Porque he entendido que algunos entienden en supplicar a v.al. por la casa de aversa y como v.al. sabe en caso de pestilencia lo que dios no quiera no hay otro lugar de tal disposicion para adonde ste yo y *estos de su conseio* para proveer en las cosas desta ciudat y reyno supplico a v.al. ste sobre el avís y no la quiera conceder a nadie»[128].

El Consejo Colateral debía coronar la normalización de la vida institucional y jurídica del reino tras las turbulencias de la conquista. Una de sus señales más elocuentes fue la reapertura del Estudio de Nápoles en 1507, principal cantera de los juristas que debían desempeñar los oficios de la administración[129]. La cúspide de

[127] *Vid.* CERNICLIARO, A., *Sovranità e feudo...*, I, págs. 42-44.

[128] RAH, CSyC, A-12, ff. 179-180.

[129] Según un «Memorial dels doctors qui legiran aquest any en Napols e dels salaris que sels dona» en 1507 impartieron lecciones Berardino de Matera en derecho canónico, Diomedes Maricunda en derecho civil, Julio Armaa en «la segonda cayra de leys», Gaspar de Leo dos lecciones de Instituta, micer Elimens tres lecciones de medicina, Juan Baptista «speculatio» de medicina, Rocha otra de lo mismo,

ésta seguía representada formalmente por los Siete Grandes Oficios del Reino, aunque sus funciones fueran asumidas por los consejos supremos, de acuerdo con un proceso desarrollado desde Alfonso V de Aragón. Aunque privados de la mayor parte de sus competencias efectivas, los Siete Grandes Oficios seguían teniendo sin embargo una notable capacidad de influir en la marcha de los negocios dependientes de su antigua jurisdicción. La conquista española había alterado la distribución de esos títulos honoríficos, que conllevaban también pingües beneficios económicos y estaban acompañados por otros oficios que normalmente eran desempeñados por delegación[130].

Al margen de esos altos cargos conferidos de forma vitalicia a grandes aristócratas y revestidos de la preeminencia ceremonial en las principales ocasiones públicas, el Consejo Colateral, al que muy pronto se le concedería también un destacado reconocimiento protocolario, se configuró como la cúspide efectiva de un sistema de oficios cuya regulación debía canalizar los intereses de los grupos dirigentes que habían ido tomando posiciones en los distintos cargos de la administración durante la conquista, de acuerdo con las directrices de la Corona y en estrecha relación con el virrey. Los regentes de la Cancillería y los miembros de los altos tribunales eran la clave del funcionamiento de todo el sistema, por lo que surgieron fuertes tensiones sobre sus competencias e idoneidad. Especial complejidad revistieron las relaciones con el Sacro Regio Consiglio, llamado de Santa Clara por reunirse tradicionalmente en ese céntrico convento de la capital y que constituía el principal tribunal del reino al que estaban sometidos, además de los procesos surgidos en el ámbito de la administración o de la propia judicatura, los pleitos feudales[131], una materia de la máxima trascendencia política sobre todo tras las transformaciones patrimoniales de los últimos años, agravadas por la polémica restitución de los bienes a los barones angevinos a raíz del tratado de Blois. La relevancia de las materias feudales debatidas se vio reforzada por los cambios patrimoniales que venían produciéndose desde hacía al menos una década y alteró el funcionamiento del organismo al hacer necesaria la intervención directa no sólo del virrey sino del propio monarca. Los imperativos políticos que guiaban la reorganización feudal del reino llevaron a Fernando el Católico a marginar a los magistrados del alto tribunal contraviniendo sus propias provisiones cuando se trataba de resolver pleitos comprometidos para los intereses de la Corona[132].

Petro de Fila, Cola Santillo y Lopez metafisica, Gaspar Canyiz teología, Juan Barabal lógica y Petro de Seniore «de arte oratoria», RAH, CSyC, A-12, f. 150v.

[130] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 306.

[131] *Vid.* A. CARUSO, A., «Circa l'origine del Sacro Regio Consiglio», *Il Rievocatore*, 7, 1956, págs. 1-53; CASSANDRO, G., «Sulle origini del Sacro Consiglio napoletano», *Studi in onore di Riccardo Filangieri*, Nápoles, 1958, vol. II, págs. 7 y ss.; RYDER, A., *El reino de Nápoles en la época de Alfonso el Magnánimo...*, págs. 114-1150 y 163-199; GALASSO, G., *Il regno di Napoli. Il Mezzogiorno angioino e aragonese...*, págs. 734-735 y 738.

[132] RAH, CSyC, A-12, f. 149v.

La amplitud de las atribuciones del tribunal de Santa Clara hacía que los regentes de la Cancillería quisieran controlar sus sesiones, tal y como refleja el secretario del reino Lázaro de Exea en una carta al secretario del rey Miguel Pérez de Almazán el 12 de febrero de 1508. Exea, hombre de letras experto en materias legales y administrativas al igual que Almazán, comienza declarando que escribe por que «remuerden me la conciencia y el servicio de su alteza y ahun beneficio del pueblo» y con el fin de «fazerlo entender a v.merced para que con su alteza remedie lo que fuere de remediar». Al apelar al poderoso secretario regio y al propio soberano, el secretario del reino quería denunciar la situación creada por la indefinición de la orden real que regulaba las funciones de los regentes en relación con el Sacro Regio Consiglio a partir de una polémica de precedencia honorífica que encerraba un conflicto de competencias y prerrogativas entre los máximos oficiales del rey. Una carta del monarca había establecido el número de los regentes, previsto su asistencia al Sacro Regio Consiglio y fijado un orden de precedencia que reflejaba el deseo de garantizar el equilibrio entre los nuevos oficiales superiores del reino y los antiguos cargos de éste como el protonotario, al determinar que sólo uno de los regentes lo precediera. La utilización simbólica del espacio y el movimiento se erigía así, una vez más, en expresión de la organización del poder, en este caso para delimitar las atribuciones aún poco perfiladas de un nuevo organismo por voluntad expresa del soberano. Los regentes debían intervenir en el Sacro Regio Consiglio por tanto sólo en casos de extrema gravedad, sin que se estableciera su número. La invocación a salvaguardar la reputación del Sacro Regio Consiglio respondía a las habituales pautas de comportamiento sobre el honor de los organismos colegiados, mientras que la conciencia del virrey se erigía en el supremo criterio de regulación de la actuación en una materia como la judicial, cargada de condicionamientos morales, para remitirse finalmente al modelo de los anteriores reyes de Nápoles, al establer una clara vinculación entre las funciones y el rango de los regentes y los auditores de época aragonesa. No menos reveladora resulta la constatación de la inobservancia de las órdenes regias al no haberse dado la debida difusión a la carta del monarca en la que se contenían las anteriores advertencias, causa según Exea del abuso de precedencia cometido por los regentes durante la última reunión del parlamento del reino al haber ocupado en éste un lugar más relevante que el del viceprotonotario, de modo que «si esta letra o capitulo se huviera mostrado ante de agora se scusara lo que passo al tiempo del parlamento que querian que el viceprothonotario se asentasse en otro banco mas baxo o entre los barones y no adonde stavan los deste consejo micer coll y mossen torre». La interpretación de la voluntad soberana era la clave del conflicto planteado, por lo que Exea apelaba a Almazán para garantizar su justa aplicación: «supplico a v. merced torne a ver aquel capitulo y porque aqua a mi ver lo tornan al rebes entienda en declarar lo como ha seydo la voluntad de su alteza porque otramente la reputacion del conseio de santa clara seria mas frustada que nunca y para ello seria mucho me-

jor a mi ver que su alteza mandasse desfazer aquel conseio y aplicar algunos consejeros a estos rigientes que no tenerle dereputado.» Reputación y *desreputación*, una vez más, se erigen en los criterios supremos para el funcionamiento de una institución vital que se hallaba en riesgo de caer en la inoperancia por la falta de la adecuada regulación de las atribuciones de los regentes. Frente a éstos, el secretario del reino se erigía en defensor del equilibrio institucional que debía garantizar la continuidad de la plenitud de funciones de una de las instancias fundamentales del reino, amenazada por la pretensión de los nuevos miembros de la Cancillería de afirmar sus atribuciones judiciales.

Una de las manifestaciones del pulso que mantenían los regentes y los consejeros de Santa Clara, de relevancia no menor que la precedencia en asientos y desplazamientos pues implicaba la más radical muestra de primacía honorífica y encerraba decisivas implicaciones prácticas al facilitar la capacidad de coacción sobre los asistentes, era el espacio del despacho y la audiencia, según refleja Exea cuando continua refiriéndose al lugar de reunión de los regentes y los miembros del Sacro Regio Consiglio. El secretario empezaba recordando la visita del monarca como momento excepcional, ligado a la actividad del regente del Consejo de Aragón Joan Lonch, el cual había despachado asuntos judiciales con dos miembros del Sacro Regio Consiglio fuera del habitual lugar de reunión del tribunal en el convento de Santa Clara, alternando una cámara de la residencia regia de Castelnuovo con su propia vivienda. El hecho de que se murmurase a causa del procedimiento impuesto por el regente aragonés refleja la oposición despertada por la infracción de la práctica consolidada en la resolución de los asuntos por el más alto tribunal del reino, apenas paliada por la apelación al carácter privado con el que acudían sus miembros a las reuniones y por la celebración de éstas en algunas ocasiones en el recinto donde moraba el soberano. El Sacro Regio Consiglio tenía buenas razones para sentirse agraviado por el desplazamiento del lugar donde se dirimían sus causas a la residencia particular de un regente de la Cancillería como reflejo de la superioridad reclamada por éste sobre el organismo. Las consecuencias de esa práctica desbordaban sin embargo el ámbito de las relaciones entre los regentes y el alto tribunal para extenderse al conjunto de la actividad de gobierno. Tras la marcha del monarca, los regentes habían seguido convocando a los consejeros de Santa Clara en su lugar habitual de reunión, una cámara de Castelnuovo, consolidando así su papel de canalizadores de las decisiones del virrey. Los regentes ampliaban así su supremacía al hacer ir a todos los miembros del Sacro Regio Consiglio a Castelnuovo, lo que levantó nuevas protestas de éstos e hizo que volviera a consultarse el capítulo de la carta real donde se regulaban las competencias del organismo. Portavoces de las posturas encontradas eran el Viceprotonotario Antonio de Jennaro y el regente Coll, como expone Exea al describir su enfrentamiento con éste último por interpretar el secretario que de la orden del monarca —hasta entonces desconocida para él— se desprendía que eran los regentes quienes debían acudir al convento de Santa Clara.

La discusión sobre el sentido de la instrucción real continuó remitiendo al precedente de los reyes aragoneses y las prácticas previas a la llegada del rey en 1506. Los regentes Coll y Montalto rechazaron las razones del secretario y opusieron una interpretación de las órdenes reales matizada por la costumbre seguida por los antiguos auditores de la época de los reyes aragoneses, erigidos nuevamente en precedente legitimador. Las razones aducidas por el regente Montalto apelaban a la reputación del virrey y a la necesidad de que la residencia oficial de éste, Castelnuovo, contase con el máximo concurso de oficiales y personas. La alternativa planteada por Exea consistía en trasladar definitivamente la sede del Sacro Regio Consiglio, aunque ello conllevaría nuevas tensiones con el castellano Peixó dado el conflicto entre la función de la residencia como palacio y sede del gobierno y como principal recinto fortificado de la capital. Tras muchas deliberaciones se acordó celebrar las reuniones en la cámara señalada del castillo. La institucionalización de la nueva costumbre era interpretada por Exea como una peligrosa alteración en el funcionamiento del gobierno, por lo que volvía a recordar el precedente de Claver, así como de Malferit y Lonch, que en algunas ocasiones se habían desplazado hasta Santa Clara durante la estancia del rey.

Lugar, práctica y asistencia a las reuniones tenían su coronación en el carácter de las materias tratadas. La gravedad de los asuntos judiciales era el criterio invocado en la carta del rey para discernir su inclusión entre las competencias de los regentes. Exea insistía en que nunca se había planteado un caso cuya gravedad exigiera romper la práctica tradicional y apelar a la «conciencia» del virrey. El secretario consideraba la actuación general de los regentes en el despacho de los asuntos de gobierno y detallaba la división de la jornada de trabajo que solía seguirse. Los tiempos y lugares se erigían de nuevo en protagonistas de una actitud crítica hacia la falta de regulación oficial del modo de actuar en la Cancillería. No todas las materias recibían igual tratamiento por parte de los regentes. Aunque Exea no especifica qué asuntos iban bien y cuales exigían una mejora, señala que los regentes permanecían por la mañana en sus casas con el pretexto de leer los memoriales y oir a las partes afectadas por los pleitos, lo que significaba extender a la residencia privada las funciones del consejo y el tribunal. Sólo después de comer iban a Castelnuovo para asistir a las reuniones del Colateral, el «otro conseio donde sta el visorey», cuya frecuencia oscilaba entre seis y ocho días, lo que parecía al secretario insuficiente para atender las necesidades de los pleitos planteados ante el Sacro Regio Consiglio. El retraso en la tramitación de los negocios llevaba a Exea a recomendar una regulación más estricta de las reuniones que obligase a asistir de modo habitual a los dos regentes conjuntamente para reforzar su coodinación y evitar así las discrepancias suscitadas por la revisión separada de los asuntos. Finalmente, Exea insistía en reclamar una mayor atención de Almazán y la corte hacia el funcionamiento del gobierno napolitano como única alternativa a los defectos denunciados tanto en la actuación de los regentes como del resto de los oficiales de

la Cancillería, hasta el punto de que sólo una carta de Almazán en nombre del soberano al virrey podría atajar tales males[133].

La comunicación entre los dos secretarios, del Rey y del reino, siguió siendo cada vez más estrecha en los meses y años siguientes. El 12 de julio de 1508 Exea volvió a comunicar al secretario real, según su costumbre, las últimas novedades de la corte virreinal, centradas en el pleito del ducado de Sora, en el que nuevamente se reflejaban los modos de negociar los asuntos de gobierno, con intervención continua del Consejo Colateral, así como las tensiones recurrentes que éste debía canalizar. Aquel se había reunido la noche del mismo día en que Exea escribió su carta y una vez que el virrey había escrito, por su parte, al monarca. El objeto de debate era la conveniencia o no de cobrar la tasa preceptiva de la *adoha*, o tributo sustitutorio de la prestación de ayuda militar por la nobleza, sobre el feudo de Sora, pertenenciente al sobrino del papa Julio II, Francesco Maria della Rovere, Prefecto de Roma, que hasta entonces había disfrutado una inmunidad fiscal *de facto*. El Consejo no consideraba que el virrey pudiera hacer frente a la resistencia que presumiblemente ofrecería della Rovere sin el explícito respaldo del monarca, ya que cualquier enfrentamiento con aquel podía conllevar un conflicto con el pontífice. La decisión inicial del Consejo de hacer cumplir la ley se veía matizada por la conveniencia política de anteponer el entendimiento con la nobleza y terminaba recomendando una cauta disimulación al virrey frente al barón remiso a cumplir con sus obligaciones. La dilación de las órdenes reales llevaba a Exea a pensar que nada de lo discutido tendría efecto, aduciendo como prueba la interrupción del debate por la marcha del virrey a visitar a las reinas viudas en Castelcapuano, como expresión de unos deberes cortesanos que en este caso se enfrentaban a las exigencias del gobierno político. Exea recordaba que la tramitación del asunto de Sora en la corte estaba a cargo del regente Lonch y del propio Almazán por lo que urgía a éste a tomar una decisión que consideraba crucial para la preeminencia regia y, al mismo tiempo, extremadamente delicada por implicar al sobrino del papa[134]. El asunto del ducado de Sora iba a seguir constituyendo uno de los principales problemas del complicado panorama feudal del reino hasta varios años depués del ascenso al trono de Carlos de Austria. Por el momento, Fernando decidió actuar con cautela, dilatando la adopción de medidas represivas más enérgicas hasta que llegara un momento más favorable en sus difíciles relaciones con el papa. Sin embargo, la claridad con la que el secretario del reino había planteado las posibilidades abiertas sobre el ducado a propósito de una cuestión tan esencial para las relaciones entre la Monarquía y los barones como era el impuesto militar de la *adoha*, revela los mecanismos de la toma de decisiones tanto en la corte virreinal como en la corte del soberano a partir de una escala jerár-

[133] RAH, CSyC, A-13, ff. 9-11v.
[134] RAH, CSyC, A-12, ff. 244-244v.

quica de la responsabilidad y la información que, a su vez, remitía a la estrecha interdependencia entre la política feudal del reino y las más delicadas cuestiones diplomáticas y militares de la política italiana en su conjunto. En esa trama de intereses y presiones el Consejo Colateral, aunque en este caso no se aclare si actuaban todos sus miembros de capa *corta* o *lunga*, si bien Exea parece indicar implícitamente que así era al no utilizar la fórmula restrictiva de los regentes, aparece ejerciendo plenamente sus funciones de *consilium* ante el *pro rex*, a pesar de carecer de la eficacia resolutoria deseable.

En otro memorial enviado por Lázaro de Exea el 13 de diciembre de 1508 a Pérez de Almazán los problemas planteados por el funcionamiento del Consejo Colateral y la inserción en él de los regentes de la Cancillería seguían ocupando el centro de las preocupaciones del secretario. La causa de sus protestas era, nuevamente, una cuestión de precedencia que en este caso le afectaba de modo directo. Otra vez, el regente Coll se hallaba detrás del intento por marginarlo del Consejo mediante una interpretación de las órdenes reales que Exea consideraba ilegítima. El rey había regulado la composición del consejo y la exclusión de Exea había sido aprovechada por los regentes para relegarlo. La resistencia del secretario a permanecer de pie en presencia de «doctores y mercantes» encerraba algo más que la enérgica defensa de sus prerrogativas como miembro de pleno derecho del Consejo Colateral frente a la voluntad de silenciarlo por parte de los regentes: era la expresión de una pugna faccional y de actitudes profesionales que surcaba la corte virreinal del conde de Ribagorza. La animadversión contra el regente Coll, patente en la invectiva contra los letrados como personas no suficientes para el gobierno si su formación no estaba acompañada de experiencia y otras cualidades personales, respondía a una crítica que iba a recorrer los distintos niveles del gobierno de la corte y, sobre todo, de los territorios —especialmente en Nápoles y Sicilia— a lo largo del siglo XVI y que tendría una de sus más conocidas expresiones en el virrey Juan de Vega a finales del reinado de Carlos V[135]. De momento, el enfrentamiento entre nobles y togados que Vega llevaría a su máxima formulación teórica y práctica a principios de la década de 1550, aparece sólo esbozado en la pluma de un secretario del reino de Nápoles que, él mismo letrado, denuncia a sus compañeros de la Cancillería, próximos al virrey y a los intereses de ciertos *mercantes*. Los problemas que Exea denunciaba en el funcionamiento del Consejo y sus malas relaciones con los regentes se veían agravados por las relaciones que éstos habían anudado con figuras tan influyentes como el mercader catalán Pablo Tolosa, como ponía de relieve un significativo enfrentamiento con éste, causado por la polémica concesión de las tratas o permisos de exportación de productos básicos, una prerrogativa virreinal que sería ocasión de continuos debates morales

[135] *Vid.* HERNANDO SÁNCHEZ, C. J., «Juan de Vega, virrey de Sicilia. Familia y cultura de gobierno al final del reinado de Carlos V», en prensa.

y políticos durante el resto de la dominación española[136]. Pablo Tolosa había entablado ya privilegiadas relaciones con el Gran Capitán que, en su momento, dieron lugar a graves acusaciones de especulación con motivo de la concesión de las tratas de trigo al poderoso mercader en momentos de carestía[137]. Tolosa ejerció también como banquero prestando grandes sumas a los principales nobles del reino, a los virreyes y al propio monarca, al que, según la relación redactada en 1521 por Charles Le Clerc, habría llegado a dejar once mil ducados[138]. Una de las principales fuentes de enriquecimiento del mercader catalán fue la concesión privilegiada por parte de los sucesivos virreyes del comercio de trigo. Dado que se trataba de una cuestión vital para el abastecimiento de la cada vez más poblada capital, encerraba decisivas implicaciones sociales y políticas en virtud de las cuales la marcha de los negocios de Tolosa tenía directas repercusiones en el gobierno, convirtiéndose en el blanco de todas las críticas contra el entramado de poderes establecidos. El abastecimiento de la capital estaba legalmente en manos del tribunal de San Lorenzo, formado por los Electos de los *seggi*, que utilizaban esas competencias para su enriquecimiento aceptando comisiones para especular con los precios del grano en momentos de mala cosecha. Gracias a ese sistema, Tolosa estableció un extensa red de intereses que, a través de sus negocios, abarcaba desde los Electos hasta la corte virreinal. Las crisis de subsitencia se habían presentado como uno de los problemas más acuciantes del gobierno virreinal nada más concluir la conquista. Ya en mayo de 1505 fue necesario importar pan confeccionado desde Sicilia y estallaron tumultos en los que se responsabilizaba a Tolosa de ser el causante de la carestía por su labor especuladora[139]. Entre 1507 y 1508, tras la marcha del rey, se desencadenó una nueva carestía en toda Italia que dio lugar a tumultos en junio de 1508 en la capital como consecuencia de la falta de cereales, cuya llegada obstaculizaban las malas comunicaciones. En la revuelta Tolosa estuvo a punto de ser linchado. Se le acusaba nuevamente de especulación, esta vez en connoviencia con Lorenzo Palmieri y con el propio Gonzalo Fernández de Córdoba, a pesar de que éste se encontraba ya en España desde hacía un año. Para calmar los ánimos el virrey Ribagorza recorrió a caballo la ciudad y en 1509 se publicaron los *Capitoli del ben vivere* que recogían, ordenándolas, anteriores pragmáticas sobre el abastecimiento[140].

---

[136] RAH, CSyC, A-12, ff. 271-272.

[137] *Vid.* NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 277; D'AGOSTINO, G., *La capitale ambigua...*, pág. 124. Sobre la figura de Pablo Tolosa, que merecería un estudio detenido, *vid.* MAIONE, P., «Paolo Tolosa e la sua cappella nella chiesa di Monteoliveto», *Samnium*, XV, 1942, págs. 42-59.

[138] *Vid.* PEDIO, T., «Il regno di Napoli ed il suo bilancio in una relazione del 1521», *Annali del Mezzogiorno*, VIII, 1968, pág. 34 y CONIGLIO, G., *Aspetti della società meridionale...*, pág. 41, núm. 19.

[139] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 277.

[140] *Vid.* CONIGLIO, G., *Aspetti della società meridionale...*, págs. 54-55.

Como demuestra el secretario Exea, la polémica desencadenada por la actividad de Tolosa afectaba tanto a la cúpula del sistema virreinal como a la oposición contra éste que, más o menos disimulada, seguía alentando en amplios círculos aristocráticos de tradición angevina. La actitud crítica del secretario refleja, por otra parte, su independencia respecto al círculo del virrey y lo presenta como un hombre de confianza de la corte regia cuya lealtad se dirige directamente al monarca por encima de sus coyunturales representantes. El hecho de que sus críticas se dirijan también al funcionamiento y la propia idoneidad de los miembros de la Cancillería prueba que ésta no estaba cumpliendo, al menos en sus comienzos, la función de contrapeso al poder virreinal que ha venido identificándose con su creación. Por el contrario, los regentes Coll y Montalto aparecen estrechamente ligados a los intereses del conde de Ribagorza, movidos por el provecho económico y la consolidación del rango, manipulando su asistencia a las audiencias virreinales y las reuniones de los consejos supremos de la administración. Castelnuovo, sede oficial del poder donde tiene lugar el despacho de los negocios cotidianos, se erige de esa forma en el escenario de una corte restringida donde se anudan relaciones, se fraguan intrigas y se pactan alianzas capaces de condicionar el desarrollo social y económico del reino.

La trayectoria del secretario del reino Pedro Lázaro de Exea, reflejada en su correspondencia con el secretario Almazán, manifiesta las contradicciones de un entramado institucional en formación y la pluralidad de intereses que confluían en la corte virreinal. Su voz independiente, que se alzó con determinación para denunciar las irregularidades del gobierno del conde de Ribagorza, es un testimonio de la fuerza y, también, de las limitaciones de los letrados para actuar entre los distintos grupos de presión que surcaban la administración, en estrecha relación con los poderes mercantiles y aristocráticos. La defensa de la legalidad y de la aplicación de la voluntad regia contrasta con la canalización interesada de ésta llevada a cabo por el virrey y su círculo inmediato. Pese a la oposición despertada en esos ámbitos, Exea siguió desempeñando sus funciones tras la destitución de Juan de Aragón, bajo el siguiente virrey Ramón de Cardona, a quien acompañó en 1512 a la batalla de Ravenna para encontrar la muerte. La capacidad del secretario para remontar la hostilidad de poderosos adversarios que demuestra esa continuidad en el cargo debió verse apoyada tanto por sus contactos directos con la corte a través del secretario real Almazán, que hicieron que el rey mantuviera su confianza en aquel, como por el respaldo de algunos círculos influyentes del reino, seguramente los aglutinados en torno a la reina viuda de Nápoles Juana de Aragón, como parece reflejar el hecho de que fuera ésta quien, el 19 de septiembre de 1513, escribiera a Almazán para interceder por la familia del desaparecido secretario Lázaro de Exea[141].

[141] RAH, CSyC, A-14, f. 169.

El conde de Ribagorza y la quiebra del poder virreinal

Los intereses contrapuestos que, como demuestra la trayectoria del secretario Exea, surcaban los niveles superiores de la administración, estaban estrechamente relacionados con los grandes linajes de la aristocracia. En los mismos momentos en que se escribían las cartas citadas, según Zurita, «las cosas del reino estaban en mayor sosiego que lo estuvieron muchos años antes»[142]. Sin embargo, no faltaban tensiones producidas por el alineamiento faccional del virrey, que se vio obligado a recurrir al apoyo de algunos linajes y, sobre todo, de los Colonna, tradicional sostén de la Monarquía desde los tiempos del Gran Capitán, lo que inevitablemente produjo la oposición de sus adversarios, encabezados por los Orsini, a pesar de las advertencias contenidas en las instrucciones reales para mantener el equilibrio entre ambos bandos. La ruptura de éste desató una creciente oposición al gobierno del conde de Ribagorza de la que es reflejo la mencionada propuesta de una figura tan destacada de la facción de los Orsini como Bartolomeo de Alviano para que el rey procediese a sustituir a Juan de Aragón por el arzobispo de Zaragoza con el argumento del mayor parentesco que ligaba a éste con el monarca[143]. La advertencia del condottiero, entonces al servicio de la República de Venecia, se veía reforzada por los contínuos rumores sobre pretendientes al trono de Nápoles desatados desde la marcha del Gran Capitán. Tras su vuelta a España en 1507, el propio Fernando el Católico ordenó a Ribagorza que procurase la marcha del cardenal Luis de Aragón a Roma ante las sospechas de que «trataba muy secretamente con algunos del reino de Nápoles» para entregar el trono de éste al duque de Calabria, al que se pretendía casar con una hija de Gonzalo Fernández de Córdoba, al tiempo que se difundía el temor de una invasión del reino por parte de Maximiliano I, lo que obligó al virrey a reforzar la frontera de Abruzo[144].

Aunque esos recelos fueron neutralizados con relativa facilidad, otras cuestiones dificultaban la gestión del virrey poniendo de manifiesto la capacidad de la aristocracia de condicionar el gobierno en sus materias cruciales. Entre los problemas planteados durante la estancia del rey en Nápoles uno de los que primero se volvieron a discutir a su marcha fue el de la expulsión de los judíos. El 19 de junio de 1507 el virrey hizo público un bando ordenado por el monarca que determinaba la expulsión de todos los judíos conversos en el plazo de seis meses[145]. Esa medida contó con el rechazo de los principales barones y los electos de la ciudad, como es-

[142] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VIII, XXVIII, pág. 351.

[143] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VIII, XXVIII, pág. 351.

[144] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VIII, XIII, págs. 284-285.

[145] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 303. *Vid.* RUIZ MARTÍN, F., «La expulsión de los judíos del reino de Nápoles», *Hispania*, 1949, IX, págs. 179-240 y BONAZZOLI, V., «Gli Ebrei del regno di Napoli nell'epoca della loro espulsione. II parte: il periodo spegnuolo (1501-1541)», *Archivio Storico Italiano*, 1981, 139, II, págs. 179-287.

cribía el propio Ribagorza al monarca el 3 de noviembre de 1507. Las estrechas relaciones financieras contraidas por la alta nobleza con los judíos y conversos llevaban a aquella a expresar su oposición. Las necesidades económicas del reino y la competencia con otros estados italianos aconsejaban pues retrasar al menos la expulsión. Como antes hiciera el Gran Capitán en una coyuntura similar, el virrey se sumó a la opinión de los nobles y defendió ante el monarca las ventajas de las indemnizaciones económicas que estaban dispuestos a asumir tanto éstos como los judíos. Ribagorza había entablado contactos con los representantes de las principales comunidades hebreas, concentradas esencialmente en Calabria, para tantear su disposición a prestar nuevos servicios económicos a la Corona a cambio de ciertas garantías de seguridad que contrarrestaran el temor de los hebreos a que se repitiera lo sucedido en España en 1492. El análisis que de ello exponía al rey coincidía básicamente con los planteamientos de los nobles que habían apelado a su intercesión y pretendía convencer al monarca de la necesidad de anular la expulsión[146].

Si el entendimiento con la aristocracia del reino se mostró capaz, por el momento, de encauzar la delicada cuestión judía, obligando a la corte regia a replegarse desde la intransigencia de sus posturas iniciales, la fragilidad del dominio virreinal se pondría de manifiesto en junio de 1508, cuando estalló una clásica crisis de subsistencia debida a la carestía de los productos básicos de alimentación, agravada por las contradicciones del sistema mercantil y financiero formado desde época aragonesa y que, como vimos, tenía en el mercader catalán Pablo Tolosa su principal exponente. Tolosa fue nuevamente acusado de especular con el grano en unos momentos de crisis alimentaria en otras ciudades de Italia y de España[147]. Tales hechos eran la expresión de la inestabilidad socio-económica que caracterizó los dos años del gobierno de Ribagorza, como consecuencia de los desajustes agudizados por la guerra de conquista y cuyo signo más evidente fue la devaluación del ducado de oro, haciendo que el problema monetario pasara a ser una prioridad en las preocupaciones virreinales. Estas alcanzaron uno de sus momentos más delicados con ocasión del parlamento inaugurado el 11 de noviembre de 1508, en ausencia del virrey, por el conde de Capacio y Gran Almirante del reino Bernardo Villamarí. La asamblea debía votar un nuevo donativo para el monarca con el objetivo primordial de costear el pago comprometido por éste a Luis XII de 700.000 ducados en diez años a cambio de la renuncia del rey de Francia a sus pretensiones al trono napolitano en las capitulaciones del tratado de Blois. Para ello, se apeló a la necesidad de la defensa contra los turcos, convertida en motivo recurrente para las solicitudes de donativos al monarca en las asambleas sucesivas. Tras una fuerte resistencia, el parlamento aprobó un nuevo impuesto de tres carlines por fuego durante los siete años siguien-

[146] RAH, CSyC, A-12, ff. 179-180.
[147] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 309; PARRINO, D. A., I, pág. 48.

tes[148]. Como contrapartida, los representantes del reino presentaron treinta y siete capítulos con las gracias cuya concesión solicitaban al rey, en su mayor parte ya concedidas en los parlamentos presididos por éste o por el Gran Capitán pero no cumplidas. Entre ellas figuraban peticiones nuevas, como un indulto general para todos los delitos cometidos por nobles o ciudadanos de cualquier parte del reino o diversas provisiones tendentes a delimitar la jurisdicción de los tribunales baronales respecto a los de la Corona, demandas todas ellas que fueron genéricamente aceptadas por el virrey aunque limitadas en sus efectos, en una calculada aplicación del equilibrio necesario para garantizar la estabilidad del reino a través del acuerdo con sus grupos dirigentes[149]. En ese sentido resulta reveladora la reiteración de la solicitud ya aprobada por Fernando de que 150 «gentilhomini» de la capital y el reino fueran llamados a la corte para servir directamente al rey y compensar así su ausencia con el acceso directo a su gracia[150].

En esa coyuntura y a instancias directas del rey, canalizadas por el secretario Pedro de Quintana, el Electo del Popolo, Luca Russo, redactó, en fecha indeterminada que puede situarse entre agosto y diciembre de 1508, un largo memorial sobre el gobierno del reino, justamente interpretado como uno de los documentos más reveladores del período. Russo insistía en la necesidad de reformar los tribunales y el aparato fiscal, apelando para ello, al igual que muchos otros napolitanos, al modelo de Ferrante I, cuyo reinado idealizaba al afirmar que entonces «il regno vivia multo contento per la persequcione grande se faceva contra li mali facturi...»[151]. Su actitud popular y contraria a los barones le llevaba a evocar continuamente al enérgico hijo de Alfonso V de Aragón. Aún más reveladora es la lista que adjuntaba de los principales barones del reino, con la consideración que le merecía su lealtad y capacidad para ocupar diversos cargos. En primer lugar situaba a Fabricio y Prospero Colonna, así como, sobre todo, al marqués de Pescara, del que afirmaba que no sólo era apto para oficios militares sino también «in guberno et in omne cosa grande per servitio de vostra alteza perché non have dependencia da nullo». A ellos se añadía una larga lista de nobles de *seggio,* así como de doctores y ciudadanos aptos para ejercer oficios de gobierno, en mayor medida que los barones preferentemente dedicados a las armas aun cuando entre ellos no fueran escasos los que calificaba de literatos o, incluso, de buen músico[152]. Como revela la pormenorizada relación del Electo, el vi-

---

[148] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, págs. 312-313.

[149] *Vid. Privilegi et Capituli con altre gratie concesse alla fidelissima Città di Napoli et Regno per li Serenissimi Ri di Casa de Aragona*, t. I, Milán, págs. 101-108 y CERNICLIARO, A., *Sovranità e feudo...*, I, págs. 46-50.

[150] D'AGOSTINO, Parlamenti, págs. 197-198.

[151] CONIGLIO, G., *Consulte e bilanci del vicereguo di Napoli dal 1507 al 1533*, Roma, 1983, pág. 95.

[152] Para una valoración del documento *vid.* CONIGLIO, G., *Il regno di Napolial tempo di Carlos V*, Nápoles, 1951, pág. 57; D'AGOSTINO, G., *La Capitale...*, págs. 141-142 y CERNICLIARO, A., *Sovranità e feudo...*, I, pág. 53, núm. 133.

rrey podía contar con múltiples apoyos entre los grupos dirigentes gracias a su capacidad de distribuir mercedes y, sobre todo, los preciados oficios de la administración y el ejército que permitían a los nobles desarrollar las estrategias de aumento de sus linajes y a los simples ciudadanos enriquecidos y letrados aspirar al rango nobiliario. Consciente de esos recursos, Ribagorza actuó con prudencia entre los intereses contrapuestos que surcaban la vida política del reino y supo mantener la lealtad de quienes habían hecho posible la conquista bajo el Gran Capitán sin endurecer la oposición de sus adversarios. El noble aragonés, pariente del Rey Católico, desplegó notable energía en la aplicación de las medidas ordenadas por éste, como la pragmática firmada en Valladolid el 22 de abril de 1509 por la que se imponía a los barones el deber de arrestar a los delincuentes que actuaran en sus dominios bajo serias penas pecuniarias en caso de desobediencia, una norma en la que se ha visto la voluntad de la Corona de insertar el poder feudal de la aristocracia en las estructuras administrativas de la justicia, comprometiendo a los barones en su aplicación de acuerdo con criterios cuya creciente delimitación legal daría lugar a intensas polémicas jurisdiccionales ya que no dejaba de encerrar una ampliación de las competencias de aquellos.

El compromiso con los grupos dirigentes aplicado por Ribagorza se vio acompañado de una minuciosa regulazión de materias sociales, patente en sus pragmáticas contra la prostitución, la usura, la salud pública, los fraudes a los acreedores, o el abastecimiento de la capital recogido en el célebre bando de los *Capituli del Ben Vivere* emanados también en 1509, todo ello con el telón de fondo de una coyuntura económica especialmente desfavorable por los desastres naturales que asolaron el reino —al igual que gran parte de España— en esos años y que llevaron a la devaluación del ducado de 12 carlines a 11 y medio[153]. Muestra de la preocupación del virrey por esa materia es el *Tratado de ragion et valuta de le monete del Regno de Napoli* escrito a instancias de Ribagorza por el catalán Thomas Oliver, agente de la zeca napolitana[154]. Esos expedientes se mostraron capaces de contrarrestar los efectos más alarmantes de la crisis social y económica que asolaba al reino pero no fueron suficientes para garantizar la estabilidad política del gobierno virreinal, acosado por los sectores descontentos de la aristocracia y la administración que acabarían minando el crédito de Juan de Aragón en la corte. La ocasión decisiva en esa campaña de desprestigio del virrey la brindaría la crisis militar desatada por la recuperación de las plazas venecianas en la costa adriática del reino.

---

[153] *Vid.* PARRINO, D. A., I, pág. 49; CERNICLIARO, A., *Sovranità e feudo...*, I, págs. 50-55 y, especialmente, núm. 138, donde rechaza la visión negativa que tradicionalmente ha merecido el breve gobierno de Ribagorza.

[154] *Vid.* MUTO, G., «Un inedito testo cinquecentesco: il 'Tratado de razon et valuta de le monete del Regno de Napoli' di Thomas Oliver», en ROSSETTI G., y VITOLO, G. (coords.), *Medioevo Mezzogiorno Mediterraneo. Studi in onore di Mario Del Treppo*, Nápoles, 2000, vol. II, págs. 175-185.

La formación de la Liga de Cambrai contra Venecia en diciembre de 1508 había dado lugar a una movilización de las fuerzas del reino de Nápoles que, bajo las órdenes del virrey, debía tener como objetivo inmediato la recuperación de los puertos ocupados por los venecianos en Apulia desde 1495 como consecuencia de un acuerdo firmado con Ferrante II por el que éste había cedido dichas plazas como garantía de la devolución de la suma de 15.000 ducados prestados por la República para hacer frente a la invasión de Carlos VIII de Francia: Brindisi, Monopoli, Polignano, Conversano, Mola de Bari y Trani[155]. Sin embargo, Ribagorza tardó meses en emprender la campaña, a la que le apremiaba el embajador Vich en mayo de 1509[156]. No faltaban quienes, como Fabrizio Colonna, recomendaban procurar la recuperación de las plazas «con sola inteligencia y trato», aunque el rey optaba por mantener el compromiso armado contraido con sus aliados Julio II y Maximiliano de Austria[157]. A pesar de ello, Fernando instó a Ribagorza a procurar la sublevación de las ciudades ocupadas sirviéndose de los contactos que con sus grupos dirigentes había mantenido el Gran Capitán. Al mismo tiempo, los Orsini intentaban desacreditar al virrey ante el monarca cuestionando su capacidad para dirigir la campaña. El secretario Almazán informó de ello a Ribagorza, según Zurita por orden del rey «porque con esta disimulación solía prevenir a sus ministros»[158].

La empresa de Apulia se estaba planteando como un nuevo episodio de la guerra faccional que caracterizaba la vida política del reino, con los Orsini enfrentados al virrey y apoyando a Venecia frente a los Colonna aliados de Ribagorza. El enfrentamiento se dirimía tanto en el ámbito local de las plazas cuyo dominio se disputaba, escenario de una fuerte lucha por el poder, como en la corte, donde los grandes linajes hacían valer sus razones en favor o en contra del representante regio. Igual división se reflejó en el ejército. Momentáneamente indispuesto, el virrey dejó las tropas al mando de Fabrizio Colonna y el duque de Termoli, mientras los venecianos encomendaron sus fuerzas a Bartolomeo de Alviano y el conde de Pitigliano, ambos barones del reino de Nápoles y ligados a los Orsini[159]. Finalmente, a finales de mayo el virrey dejó en Nápoles como Lugarteniente al conde de Potenza y se puso en movimiento un ejército integrado por gran parte de la nobleza del reino, encabezada por el conde de Santa Severina Andrea Carafa como general de la artillería y el de Cariati Giovan Battista Spinelli como proveedor general del ejército, ade-

[155] Sobre la dominación veneciana en Apulia, que volvería a materializarse entre 1527 y 1530, vid., MUCCIACCIA, F., «I veneziani a Monopoli (1495-1530)», *Rassegna pugliese di scienze, lettere ed arti*, XV, 1898, págs. 6-18 y 34-45; MASSA, C., *Venezia e Gallipoli. Notizie e documenti*, Trani, 1902; GUERRIERI, G., *Le relazioni tra Venezia e Terra d'Otranto fino al 1530*, Trani, 1904 y CASSANDRO, G., «Contributo alla storia della dominazione veneta in Puglia», *Archivio Veneto*, LXV, 1935, págs. 1-46.

[156] TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, pág. 99.

[157] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VIII, XXXI, pág. 365.

[158] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VIII, XXXII, págs. 368-369.

[159] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VIII, XXXIII, pág. 370.

más de Prospero y Fabrizio Colonna, el príncipe de Melfi, el duque de Atri, el conde Morcone y el conde de Nola Enrico Orsini, nieto del conde de Pigliano que mandaba las fuerzas enemigas. El duque de Traieto no fue, en cambio, por orden del virrey, a causa de su enfrentamiento con los Colonna[160]. El 6 de junio Fabrizio Colonna puso cerco a Trani que, junto a los otros puertos, se rindió en los días siguientes[161]. Significativamente, el mando de las plazas conquistadas se encomendó a naturales de la Corona de Aragón, familiares o dependientes del virrey: Trani a un sobrino de mosén Terré, Otranto a Luis de Ijar, Brindisi, el principal puerto, a Pedro López de Urrea, y Monopoli a Fernando de Aragón, sobrino de Ribagorza[162].

El virrey volvió a la capital el 3 de julio[163]. Su protección a los nobles adictos incrementó las acusaciones de parcialidad por parte de los sectores que se sentían marginados del gobierno virreinal y de su capacidad mediadora en la distribución de la gracia regia, todo ello incentivado a su vez por las discrepancias desarrolladas durante la reciente campaña militar. A finales de 1509 el monarca decidió la sustitución de Juan de Aragón por Ramón de Cardona, virrey de Sicilia desde 1507. Como causas se han indicado los problemas de abastecimiento, la debilidad de que se acusaba a Ribagorza en las disputas jurisdiccionales con el papa y sus vacilaciones militares en la campaña de Apulia[164]. En junio de 1509 el propio monarca manifestaba a su embajador en Roma Jerónimo de Vich su preocupación por que «las tierras de apulla se puedan cobrar» lamentando «la floxeza que el visoRey ha mostrado» al tiempo que recomendaba la máxima discreción: «pero no sienta nadie palabra desto. Y aun recelo que el visoRey no lo sabrá fazer ni poner en obra...»[165]. La dilación de Ribagorza en iniciar la campaña, agravada por las dudas y división de pareceres en el estado mayor del ejército, «resultó poca reputación» y produjo el enojo de Fernando[166].

A esas razones se unieron los primeros síntomas de malestar ante la noticia de la introducción de la Inquisición y los rumores de un complot antivirreinal de los Ca-

[160] ZURITA, *Historia...*, vol. 4, VIII, XXXVII, págs. 385-386.

[161] TERRATEIG, I, págs. 102-103.

[162] ZURITA, *Historia...*, vol. 4, VIII, XXXVII, pág. 387.

[163] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 319.

[164] Según Gonzalo Fernández de Oviedo, «el rey su tío le hizo su visorrey de Nápoles, en el cual oficio se hizo muy rico de dinero y joyas, y por algunas quejas de los napolitanos y desde algunos años que tuvo el cargo, le mandó el Rey que se volviese a Aragón», en tanto que rechaza implícitamente las acusaciones de debilidad en la campaña de Apulia al destacar las dotes militares que le habrían caracterizado junto con sus cualidades como cortesano pues «fue de grandes méritos y muy humano y de linda conversación, y en todo mostró su Real sangre; y en las cosas de la guerra fue muy varón y tan determinado, que le tachavan porque en lo que asentava lo quería poner todo a riesgo y voluntad de la fortuna, por que muchos le tenían por sin temor», FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G., *Batallas y Quinquagenas* (ed. de J. Pérez de Tudela y Bueso), t. I, Madrid, 1983, págs. 182 y 183.

[165] Fernando el Católico a Jerónimo de Vich, Valladolid, 10 de junio de 1509, en BARÓN DE TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, vol. II, pág. 75.

[166] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VIII, XXXVI, págs. 381-383.

rafa con el duque de Atri y Giovan Battista Spinelli, desatados en el clima de intrigas que sacudió el reino con motivo de la campaña de Apulia. Los tres miembros del Colateral fueron acusados de que «confiando en las novedades que se temían, traían algunas pláticas en deservicio del rey, y que procuraban de concertar los gentiles hombres con el pueblo que estaban muy divisos, con el fin de hacer aquel reino república con el favor del papa y de la señoría de Venecia pagando cierto tributo a la Iglesia». Algunos nobles, como el marqués de Layno y el conde de Matera, «afirmaron haber sido requeridos por el conde de Santaseverina para que estuviesen unidos, aconsejándoles que porque el rey era viejo, atendiesen a que los barones del reino estuviesen conformes para cualquier novedad que sucediese y saliesen del yugo y la servidumbre en que estaban, siendomandados y gobernados por extranjeros y que muy peor sería cuando lo fuesen por flamencos». La conspiración los habría llevado a entrevistarse en Roma con el cardenal de Santaseverina, conocido partidario de Francia. Aunque, como señalaría Zurita, «no quedaba ninguno que no fuese tenido por sospechoso en esta plática», las acusaciones recaían sobre todo en Spinelli y en el duque de Atri Andrea Matteo Acquaviva «de gran valor y prudencia y muy estimado y preferido entre todos, porque si alguna cosa se hubiese de intentar por los barones contra el servicio del rey, entendían que sería el que lo había de gobernar todo». El rey mandó llamar a los dos y al conde Santa Severina a la corte con el pretexto de recabar su consejo pero finalmente todo quedó en rumores y «sobreseyóse en esto hasta averiguar más los indicios»[167]. Otras tensiones habían surgido en mayo de ese año contra el Justiciere de la ciudad de Nápoles Roberto Bonifacio, noble de Portanova[168]. Tales movimientos eran más graves en el contexto de intrigas y conspiraciones que sacudían tanto a Italia como a la corte de Fernando el Católico en 1509 y a las que no era ajena la figura del Gran Capitán, cuyos tratos secretos con el embajador veneciano en España suponían una seria amenaza para la seguridad del reino[169], así como las maniobras de Maximiliano I en el norte de Italia, cuya repercusión sobre el reino napolitano se hacía sentir cada vez con mayor intensidad[170]. En esas circunstancias, Ribagorza salió de Nápoles el 8 de octubre de 1509, con un solemne cortejo que lo acompañó hasta la puerta de la ciudad[171]. Hasta la llegada de Cardona ejerció el gobierno como lugarteniente general el II conde

[167] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VIII, XXXIV, págs. 374-375.

[168] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 317.

[169] *Vid.* ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, A., «Razón de linaje y lesa majestad. El Gran Capitán, Venecia y la corte de Fernando el Católico (1507-1509)», en estas mismas Actas.

[170] El 31 de octubre de 1509 el obispo de Catania, que se encontraba en el frente norteitaliano, escribía desde Verona al Rey Católico denunciando las inteligencias del Emperador con los venecianos como causa de que aquel no quisiera tomar Padua, al tiempo que transmitía los deseos del comendador Aguilera, uno de los principales agentes del Gran Capitán hasta entonces, que militaba en las tropas imperiales del norte de Italia, de pasar al servicio del Rey Católico, recomendando que se aceptara su ofrecimiento, RAH, CSyC, A-13, f. 52.

[171] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 320.

de Potenza Antonio de Guevara, Gran Senescal del reino, que ya había desempeñado altos oficios con los últimos reyes aragoneses de Nápoles, entre ellos el de ayo del joven duque de Calabria Fernando de Aragón[172].

Ramón de Cardona y la consolidación del modelo aragonés: 1509-1511

El nuevo virrey, Ramón de Cardona, hizo su entrada en Nápoles el 24 de octubre de 1509 por mar, procedente de Sicilia, con un cortejo que remedaba la entrada del monarca en 1506: cabalgó por la ciudad flanqueado por los cardenales de Borgia y Sorrento y los principales barones, fue a la catedral y visitó a la reina Juana en Castel Capuano para dirigirse después a Castelnuovo[173]. Ramón Folch de Cardona y Anglesola pertenecía a la alta nobleza catalana. Según Fernández de Oviedo y otros cronistas, existía el rumor de que era hijo natural del propio Fernando el Católico. XII barón de Bellpuig, estaba casado con Isabel de Requesens y Enríquez, III condesa de Palamós[174]. Su trayectoria como general de las galeras le deparó una fama militar que intentó continuar más tarde como virrey de Nápoles[175]. Nombrando años después conde de Olivento en el reino de Nápoles, era virrey de Sicilia desde 1507. Su nombramiento como virrey de Nápoles le brindó la oportunidad de acrecentar su casa. No en vano, Gonzalo Fernández de Oviedo asociaría a su gobierno el comentario de que no se «provee tan grande offiçio en el mundo ni tan onrroso e provechoso» sacando a colación «un proverbio que dize que onrra e provecho no caben en un saco, pero caben en un Visorrey de Nápoles y después en un Visorrey de Seçilia...»[176].

Los amplios poderes conferidos a Cardona —nombrado el 8 de octubre— le permitieron desarrollar una iniciativa más decidida en colaboración con las instituciones regnícolas, al tiempo que desde el espacio cortesano virreinal impulsaba el entendimiento con los grandes linajes. Desde el inicio de su mandato se planteó la necesidad de impulsar los elementos simbólicos y ceremoniales que conllevaba la representación de la majestad real de acuerdo con la intensa tradición napolitana codificada por Pontano y otros autores, con el fin de asentar el gobierno del reino a través de una imagen de normalidad que llevó a discutir los más diversos detalles del tratamiento que debía darse al nuevo virrey. Así lo demuestra, por ejemplo, el me-

[172] PARRINO, D. A., *Teatro eroico dei vicerè...*, I, págs. 51-53.

[173] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 321; PARRINO, D. A., I, pág. 55; CERNICLIARO, A., *Sovranità e feudo...*, I, pág. 56, núm. 140.

[174] *Vid.* CASTAGNA, R., *Un vicerè per Eleonora Brognina alla corte di Isabella d'Este Gonzaga*, Mantua, 1982; FRITZ, M. P., *Giulio Romano et Raphaël. La vice-reine de Naples ou la renaissance d'une beaté mythique*, París, 1997.

[175] *Vid.* TEIXIDÓ I BALCELLS, J., *El gran capità català, Ramón Folch de Cardona*, Bellpuig, 1969.

[176] Batallas..., pág. 402.

morial elevado el 16 de noviembre de 1509 por el secretario Lázaro de Exea, dirigido a Miguel Pérez de Almazán, donde se trataba del recibimiento tributado a Cardona y si sería conveniente darle el título de ilustre como se daba a su predecesor el conde de Ribagorza[177]. Cardona desarrolló un cuidado extremo en su asistencia a todos los actos y ceremonias ligados a la dinastía aragonesa de Nápoles, como los celebrados en la iglesia de Monteoliveto, y extremó los gestos de deferencia hacia los linajes locales, hasta el punto de erigirse en un modelo de entendimiento con éstos que más tarde sería contrapuesto por algunos de los máximos intérpretes de los intereses nobiliarios como Ferrante Carafa al distanciamiento y la altivez protocolaria introducida por Pedro de Toledo. Para la nobleza, éste había dado lugar a una edad de fango que contrastaba con la edad de oro de Cardona. De hecho, el crecimiento de la capital, promovido por los aragoneses de Nápoles, cobró nuevo impulso bajo Cardona. No sólo afluyeron en mayor número vasallos de las provincias para huir de los abusos feudales y disfrutar de las exenciones fiscales de la capital, sino que los propios barones volvieron a transcurrir en ella largos períodos, dando vida a una suntuosa sociabilidad aristocrática. Esa tendencia, interrumpida por la crisis militar y política de los años veinte, volvería a verse impulsada por la política de Pedro de Toledo desde 1532. La deferencia hacia la nobleza del reino que alentaba tras la importancia concedida por Cardona a los aspectos ceremoniales y simbólicos respondía a la necesidad de aminorar las tensiones originadas por los sucesivos repartos feudales producidos durante la conquista y, en particular, la amenaza que para los barones filoaragoneses y los beneficiarios de las mercedes distribuidas por el Gran Capitán durante la conquista representaba la llamada *Capitulación de Atripalda* incluida en el tratado de Blois de 1505, que preveía la restitución de los bienes incautados a los barones filoangevinos. Poco después de su llegada a Nápoles, Cardona debió hacer frente ya a las protestas de la nobleza filoaragonesa contra esa cláusula[178], al tiempo que proveía a la defensa del reino ante el temor, transmitido por el propio monarca, de una amenaza de invasión francesa[179].

Sin embargo, el mayor peligro de esos momentos iba a estar protagonizado por los grupos dirigentes napolitanos. El descontento popular por los problemas de abastecimiento que había estallado bajo Ribagorza volvió a dar lugar a un nuevo tumulto en 1510. El intento de asesinato del Electo del Pueblo Luca Russo por un noble del *seggio* de Portanova a causa de una querella particular dio lugar a una rebelión que, como en el año anterior, cesó ante la presencia del virrey y los miembros de su Consejo[180]. En los meses siguientes el malestar social volvió a manifestarse al surgir una causa capaz de aglutinar a los distintos estamentos como fue la introduc-

[177] RAH, CSyC, A-13, ff. 90.90v.
[178] *Vid.* CERNICLIARO, A., *Sovranità e feudo...*, I, pág. 56.
[179] TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, pág. 146.
[180] PARRINO, D. A., *Teatro eroico...*, I, págs. 55-56.

ción de la Inquisición española, que daría lugar al más grave episodio de resistencia interna al que debió hacer frente Cardona. La idea de implantar el tribunal en el reino se había planteado ya durante la conquista, a pesar de la oposición del Gran Capitán, que se comprometió a no permitirlo ante las autoridades de la capital cuando la tomó en 1503. Desde entonces no se había puesto en práctica ninguna medida para evitar nuevos conflictos[181]. Pero los rumores de rebelión desatados en 1509 decidieron probablemente al rey a organizar definitivamente un instrumento de control político tan poderoso como el Santo Oficio. Pocos días antes que Cardona, el 19 de octubre, llegó a la capital el obispo de Cefalú, Reinaldo de Montoro, auxiliar en materia inquisitorial del obispo de Mesina Pietro Bellorado. La llegada, el 29 de diciembre, de otro enviado real, Andrés Palacio, sustituto del Inquisidor de Aragón, produjo una reacción de los diversos sectores de la capital, de los que se erigieron en portavoces los Electos de los *seggi*, junto a algunos barones y caballeros. Todos ello, tras entrevistarse con los inquisidores, protestaron ante el virrey alegando la ausencia de motivos que justificaran la introducción en el reino del tribunal tal y como existía en España y sus rigurosos métodos de delación e incautación de bienes, un argumento que se convertiría en recurrente en los sucesivos momentos de oposición napolitana contra el Santo Oficio *al modo de España*. El 7 de enero de 1510 se reunieron en San Lorenzo los representantes del pueblo y de la nobleza para adoptar una actitud común ante la Inquisición. En las discusiones siguientes salieron a relucir las diferencias entre los diferentes *seggi* de la capital: los representantes de Capuana, Porto y Portanova exigieron la salida inmediata de los inquisidores, mientras que los de Nido y Montagna propusieron en un primer momento que se elevase antes una súplica al rey. El representante del Pueblo, Francesco De Coronato, anunció que se sumaría al voto unánime de los demás. El 10 de enero se acordó la unión de todos los estamentos contra la Inquisición, «facto lo strumento doue deliberaro prima per lo honore post ponendo la rebellione de perdere la robba et la vita che permectere sefacesse tale inquisicione»[182].

El 25 de abril los Electos de la ciudad decidieron enviar un emisario especial a la corte, Francesco Filomarino, del *seggio* de Capuana[183]. Altercados, rumores y tensiones se sucedieron durante todo el año, aunque la polémica se serenó en el mes de septiembre, a la espera de lo que respondiera el rey al legado de la ciudad. El 23 de ese mes se celebró en Santo Agostino una reunión popular a la que acudieron varios miles de personas, para dar lectura a la carta de Filomarino en la que informaba en términos ambiguos de la marcha de sus gestiones, por lo que la asamblea, exasperada al no ver atendidas sus demandas por la obstrucción que éstas encontraban en la corte, concluyó a los gritos de «Viva il re et mora lo inquisitore»[184]. El virrey se

[181] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 4, VIII, XXXIV, págs. 375-376.
[182] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 322.
[183] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 324.
[184] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, págs. 327-328.

acuarteló en su residencia. Mientras, la oposición al Santo Oficio, difundida al conjunto del reino, se estaba convirtiendo en un elemento aglutinante más allá de las divisiones faccionales[185]. El movimiento amenazaba con adquirir peligrosos tintes políticos. Especial gravedad revistió la reunión de una asamblea de barones el 24 de septiembre, guiada por el conde de Policastro Giovanni Carafa, el príncipe de Bisignano Bernardino Sanseverino y el conde de la Grotteria Vincenzo Carafa, que reafirmaron su compromiso de impedir la introducción del Santo Oficio. Al día siguiente volvieron a reunirse representantes de los *seggi* y el pueblo y decidieron enviar una delegación de diez miembros por cada plaza al virrey, encabezada por el marqués de Nardó Belisario Acquaviva[186]. En la movilización del descontento se señalaron los marqueses de la Padula y de Montesarchio y los condes de Grotteria y de Policastro, junto al hermano de éste Pietro di Cossa[187]. El 21 de octubre se discutió una nueva unión entre los nobles y el pueblo, pero fue obstaculizada por el conde de Matera, Luca Russo y otros considerados hombres del rey, que pedían que ambos estamentos juraran por separado el compromiso de oponerse al Santo Oficio. Finalmente se nombró una comisión de diez representantes de la ciudad que ese mismo día se reunieron con los barones en San Lorenzo «et insigno de dicta vnione se abrazaro et basaro tucti et si nce fo tale pianto tra li predicti che appena posseuano parllare...»[188]. El 28 de octubre una solemne procesión donde participaron los principales barones del reino recorrió la ciudad llevando la imagen de San Genaro como signo de la unión acordada[189].

La mayor intensidad se alcanzó en el mes de noviembre. Una nueva asamblea en San Lorenzo reprochó al conde de Matera, Luca Russo, Iacopo Lictere, Antonino de Manso y otros el envío de una carta al rey sobre la Inquisición sin consultar a los demás. Tras algunas discusiones se acordó enviar al monarca una nueva carta consensuada por todos. El virrey, que se había entrevistado con los responsables de la protesta, intentó publicar un bando el 22 de noviembre pero fue impedido por el pueblo al no haber sido informados previamente sus representantes del contenido, por lo que los electos fueron llamados de nuevo a Castelnuovo. Después de una tensa conversación con Cardona, éste hizo pública la pragmática real en la que se garantizaba que la Inquisición no sería introducida dada la seguridad de que disfrutaba la pureza de la fe en la ciudad y el reino, aunque para defenderla se ordenaba la

[185] Esa decisión contrastaba con la aparente calma en que se mantenía el país, a pesar de las conmociones sufridas en los últimos lustros, de modo que, como anota el cronista aragonés, «Fuera de esto era cosa de gran maravilla ver que todo el reino estaba muy pacífico y con tanta obediencia que nunca en ningún tiempo lo estuvo tanto, no habiendo un hombre de armas en él y hallándose toda Italia en tanta revolución», ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, XXVI, págs. 108-109.

[186] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 328.

[187] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, XXVI, pág. 110.

[188] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, págs. 328-329.

[189] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, págs. 329-331.

expulsión de los conversos que vivían mayoritariamente en las provincias de Calabria y Apulia en el plazo de seis meses[190]. Ante la gravedad de los acontecimientos, Cardona convenció al monarca del riesgo que para su política de reconciliación representaba una medida como la introducción del Santo Oficio en su versión española, hasta el punto de que si perseveraba en ella «había de ser por nueva conquista»[191]. Fernando ordenó al duque de Térmoli que abandonara Verona, donde se encontraba prosiguiendo la campaña contra Venecia, y volviera con sus fuerzas al reino[192]. Una vez adoptada esa medida preventiva, el monarca optó por abandonar el proyecto inquisistorial y conceder el perdón a todos los que habían participado en los tumultos. A finales de noviembre el virrey promulgó dos pragmáticas que anulaban el establecimiento de la Inquisición y, a modo de compensación para las inquietudes ortodoxas de la corte, ordenaban la expulsión de los judíos, aunque finalmente ésta se pospuso por la presión de los influyentes sectores hebreos del reino en estrecha relación con la nobleza[193].

El episodio antiinquisitorial reveló tanto la capacidad de movilización de los distintos grupos de la capital como el pragmatismo de la Corona en unos momentos en que la fidelidad de la nobleza se hacía aún más necesaria ante el frente bélico abierto en el norte de Italia contra Venecia, al que pronto habría de suceder la nueva campaña contra Francia con la participación directa del virrey[194]. Asimismo, se vio confirmada la fuerza del estamento dirigente, algunos de cuyos miembros más destacados habían marchado a la corte[195]. La introducción de la Inquisición española había contado además con el rechazo de Julio II en unos momentos en que su enfrentamiento con Francia le llevaba a presionar por todos los medios al Rey Católico para que abandonara la alianza con ésta[196]. De hecho, en 1510 las relaciones entre Fernando y Luis XII fueron deteriorándose progresivamente por la creciente enemistad del papa hacia el Rey Cristianísimo, haciendo inviable el mantenimiento de la Liga de Cambrai forjada contra Venecia[197]. Fue entonces cuando volvió a plantearse la concesión de la investidura del reino por Julio II, solicitada por el rey desde su visita a Italia en 1507 y ahora de nuevo, en 1510, tras la muerte del hijo habido con Germana de Foix. Julio II intervenía en los asuntos eclesiásticos de Nápoles con una energía que pronto desató las protestas de Fernando el Católico. Este, que veía

[190] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, págs. 331-336.

[191] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, XXVI, pág. 109.

[192] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, XXVI, pág. 110.

[193] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, XXVI, pág. 110.

[194] *Vid.* AMABILE, L., «Il tumulto napoletano dell'anno 1510 contro la Santa Inquisizione», *Atti dell'Accademia Pontaniana*, XIX, 1888; ID., *Il Santo Officio della Inquisizione in Napoli*, Città di Castello, 1892, págs. 102-121; CERNICLIARO, A., *Sovranità e feudo...*, I, págs. 56-60.

[195] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, XIV, pág. 52.

[196] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, XXIV, pág. 98.

[197] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, VI, pág. 24.

como su nuevo reino no era reconocido ni en la práctica ni en la forma como uno más de sus dominios, se quejó a su embajador Jerónimo de Vich el 2 de noviembre de 1509, encargándole que endureciera su postura con el pontífice[198]. Las gestiones para el logro de la investidura iban a reforzarse en 1510, en un contexto de mayor fuerza del Rey Católico que coincide con la gran ofensiva lanzada contra el norte de Africa y la consiguiente campaña de propaganda y legitimación ante la opinión cristiana emprendida por el monarca aragonés y su cancillería. El 28 de febrero de ese año Fernando ordenó a Vich que gestionase la concesión de una bula pontificia declarando la guerra contra los infieles y el reconocimiendo del derecho a conquistar los territorios de éstos para el rey de Aragón[199]. El 18 de marzo el rey mostró su disposición a sellar un acuerdo con el papa que, preocupado por las maniobras francesas, le instaba a una alianza ofreciendo como principal contrapartida la concesión de la deseada investidura del reino de Nápoles. Fernando proponía al pontífice que invocase dos razones pues «demas de pertenecerme aquell Reyno de derecho y de las otras causas, hay dos que ellas solas son muy justas y bastantes para que por ellas con honra suya me la pueda dar»: la guerra mantenida contra los infieles y el compromiso de defender el estado de la Iglesia. Si bien «estas dos cosas no se han de poner por condicion en la investidura, porque como dixe no se ha de poner en ella condición nueva, pero para que Su Santidad de palabra las dé por causa...»[200]. Sin embargo, el papa siguió resistiéndose a conceder la investidura alegando diversos pretextos. En mayo, el rey volvió a recordar sus derechos indiscutibles al reino insistiendo en que no entraría en la liga que pretendía el pontífice si antes no se le concedía la investidura[201]. Esta fue concedida finalmente, como comunicaba Vich al rey el 25 de julio[202]. Aunque en Nápoles se conocía desde el 7 de ese mes la intención del papa de otorgarla[203], no se hizo pública hasta el 13 de diciembre, en una solemne ceremonia celebrada en la gran sala de Castelnuovo ante el virrey, los consejeros Andrea Carafa, Spinelli y Monteleone, los regentes de la Cancillería Montalto y Coll, el conde de Matera y los Electos de la capital[204].

En la bula, el papa añadió una cláusula que comprometía al rey de Aragón a ayudarle a castigar al duque de Ferrara, declarado rebelde contra el Estado de la Igle-

[198] BARÓN DE TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, vol. II, págs. 86-87.

[199] BARÓN DE TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, vol. II, págs. 94-96.

[200] Fernando el Católico a Jerónimo de Vich, Madrid, 28 de marzo de 1510, en BARÓN DE TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, vol. II, págs. 104-110.

[201] Fernando el Católico a Jerónimo de Vich, Monzón 13 de mayo de 1510, en BARÓN DE TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, vol. II, págs. 116-122.

[202] Jerónimo de Vich a Fernando el Católico, Roma, 25 de julio de 1510, en BARÓN DE TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, vol. II, págs. 122-127. Pedro Mártir de Anglería informaba de la concesión al conde de Tendilla, desde Monzón, el 13 de agosto: *Epistolario...*, II, pág. 323.

[203] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, pág. 325.

[204] NOTAR GIACOMO, *Cronica di Napoli...*, págs. 336-337.

sia, por lo que Fernando dio instrucciones a Vich para que fuera suprimida por considerarla supérflua y peligrosa para el carácter permanente de la concesión[205]. El 8 de noviembre Vich prestó solemne juramento de obediencia en nombre de Fernando ante Julio II en Bolonia, recibiendo formalmente la investidura[206]. A pesar de su resistencia, que le llevó a esgrimir las más diversas excusas[207], esta vez el papa se había visto obligado a concederla ante la nueva ofensiva de Luis XII de Francia[208]. Por bula de 3 de julio de 1510, presentada en consistorio del 5 de julio, se otorgaba la investidura a Fernando y sus descendientes, después de que Vich recibiera nuevas instrucciones para negociar los términos del documento. Este derogaba el reparto del reino estipulado por Alejandro VI alegando su incumplimiento por el rey de Francia al pretender parte de la zona de Fernando y haber cedido luego sus derechos a éste sin el preceptivo consentimiento pontificio. La zona del país y el título real concedidos a Luis XII por el papa Borgia revertían por ello a la Iglesia en virtud del derecho feudal y ésta los cedía al Rey Católico sancionando la legitimidad de la soberanía que ya ejercía de hecho por «ser de herencia en su casa desde tan antiguo», además de «el reinar sobre sus pueblos con igualdad y la prudencia en el modo de gobernar...»[209].

La apelación de la bula de investidura a la política de concordia entre las facciones del reino puesta en práctica tras la conquista era también una invitación a perseverar en esa via, en una nueva muestra de la interdependencia entre la soberanía del reino y los criterios de gobierno que debían canalizar los intereses de los grupos aristocráticos, muchos de ellos estrechamente ligados con la corte romana. Como hemos dicho, Cardona comunicó oficialmente al reino la investidura pontificia el 14 de diciembre, celebrándose diversos festejos con tal motivo[210]. El consiguiente reforzamiento de la Corona se traduciría en la reclamación más insistente de contribuciones económicas para atender a la gran ofensiva en curso en el norte de Africa que, al tiempo que respondía a los designios expansionistas de Fernando y su actualización de los siempre latentes ideales de cruzada, servía también a las exigencias de la defensa del reino[211]. La guerra no se había alejado, sin embargo, del horizonte político napolitano, como se pondría de manifiesto en ese mismo año de 1510, cuando Fernando recelaba de que Luis XII quisiera aplicar la cláusula del tra-

---

[205] Fernando el Católico a Jerónimo de Vich, Monzón, 5 de agosto de 1510, en BARÓN DE TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, vol. II, págs. 132-136 y 133.

[206] Traducción del latín en BARÓN DE TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, vol. II, págs. 151-154 y 152.

[207] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, VII, págs. 26-29.

[208] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, XI, pág. 41.

[209] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, XI, págs. 42-43. *Cfr.* TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, págs. 149-175; MARIÑO, P., y MORÁN, M., *Tratados internacionales de España. Carlos V. III-I. España-Francia (1500-1514)*, Madrid, 1982, págs. XCIV-XCV.

[210] PARRINO, D. A., *Teatro eroico...*, I, pág. 57.

[211] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, VII, pág. 29.

tado de Blois que prevía, en caso de no tener hijos con Germana de Foix, el paso del reino a Francia[212]. No se descartaba una nueva invasión francesa en unos momentos en que el reino quedaba desguarnecido por la salida de sus fuerzas terrestres y marítimas para cumplir con los compromisos diplomáticos del Rey Católico[213]. Las primeras estaban integradas por un contingente de mil ochocientos caballos al mando de Vincenzo de Capua, duque de Termoli. Las tropas puestas ahora bajo su mando se dirigieron a través de los Estados Pontificios hacia el Véneto, para unirse con las demás fuerzas de la Liga de Cambrai contra Venecia. El ejército, que abandonó Nápoles en mayo de 1510, estaba integrado por españoles destacados en el reino y mandado por oficiales castellanos y napolitanos, muchos de ellos ligados al duque por relaciones de familia o clientela[214].

En esa situación se convocó el parlamento de mayo de 1511. La carta del rey leída en la apertura de la asamblea apelaba a la pacificación del país y, en concreto, de las luchas faccionales entre los barones, como premisa de las grandes empresas exteriores que reclamaban los intereses napolitanos para las cuales se solicitaba un nuevo donativo. Al igual que en otras ocasiones, la solicitud real no fue, sin embargo, atendida de forma inmediata y las distintas instancias de poder presentes en el parlamento, representadas cada vez con mayor fuerza por los diputados de los *seggi* de la capital, dilataron la aprobación del donativo presentando múltiples alegaciones y peticiones de gracias. Al mismo tiempo el virrey multiplicó sus esfuerzos para recabar el apoyo de la nobleza napolitana. El 9 de junio de 1511 se hizo publico en Castelnuovo el matrimonio entre Juana de Requesens, cuñada del virrey, y el conde de Chiaramonte, aunque finalmente casaría con otro noble napolitano, Petriccone Caracciolo, IV conde de Martina[215]. La implantación familiar de Cardona en el reino se afianzaría con el ingreso de su linaje en los *seggi* de Nido y de Porto[216]. Mientras las discusiones de los delegados nobles y populares se prolongaban, el 4 de octubre de 1511 tuvo lugar la formación de la Liga Santa contra Luis XII de Francia. La alianza entre el Rey Católico, el Papa y Venecia, a la que pronto se sumaría Enrique VIII de Inglaterra, iba a producir el inicio de una nueva campaña militar en el centro y norte de Italia[217]. En los intentos que siguieron para atraer a ella al Emperador la cuestión de la sucesión de Nápoles ocupó un lugar central, pronto ligado al del futuro del estado de Milán. Los rumores difundidos desde la corte francesa para alejar a Maximiliano del Rey Católico apuntaban a que éste pretendía desgajar el reino napolitano de la herencia de su nieto Carlos, cediéndolo a uno de sus descendientes bastardos. Fernando encargó a su embajador Pedro de Urrea que tranquilizase al Emperador en

[212] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, VIII, págs. 33-34.
[213] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, VII, pág. 30.
[214] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, IX, págs. 35-36.
[215] PARRINO, D. A., *Teatro eroico...*, I, pág. 58.
[216] PARRINO, D. A., *Teatro eroico...*, I, pág. 67.
[217] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, XXXVIII, págs. 150-153.

esa materia, negando explícitamente que pensara dejar Nápoles a Juan de Aragón, hijo del arzobispo de Zaragoza Alonso de Aragón, y a quien se enviaría a Flandes para servir en el séquito de Carlos como garantía. Aunque hipotético, el plan denunciado por los franceses revelaba la resonancia de los proyectos para devolver la independencia al reino de Nápoles y la inestabilidad que envolvía aún su debatida soberanía, alentada en gran parte por amplios sectores del reino. Para conjurar tales amanezas Fernando debía mostrarse inequívoco en la defensa de los derechos de su nieto Carlos y, necesitado de la alianza imperial, ligar su destino al de Maximiliano en el resto de Italia. Por ello resultaba lógica su propuesta de ayudar al Emperador a conquistar Milán y conservarlo en su poder para incrementar la herencia de Carlos en lugar de cederlo a Massimiliano Sforza como pretendía el papa[218]. Tales declaraciones eran aún más necesarias ya que no faltaban ofrecimientos al Emperador para atraerlo al bando francés que incluían el mismo dominio de Nápoles, como el proyecto planteado por el cardenal de San Severino para que Maximiliano marchase a Italia, ocupara Roma, sacudida por una revuelta contra el papa y, desde allí, invadiera el reino con el apoyo tanto de la facción colonesa como de los angevinos[219].

Una vez anudados los lazos diplomáticos se pusieron en marcha los preparativos militares. Durante el verano de 1511 Nápoles se convirtió en el centro de operaciones, reuniéndose en la capital y sus alrededores efectivos procedentes de Castilla y de las plazas de Berbería, mientras el virrey era nombrado Capitán General de la Liga[220]. Cardona salió del reino en noviembre de 1511 al frente de un contingente del que formaban parte numerosos nobles napolitanos[221]. El impacto que la empresa produjo en la sociedad aristocrática napolitana se refleja en la colorista descripción de la salida del ejército que recoge la famosa narración novelada de la *Questión de Amor*, cuya relevancia como testimonio político y social, ya señalada por Croce, se ve acentuada por la fusión entre cultura galante y caballeresca que expresa los valores y las expectativas de engrandecimiento nobiliario en que se fundaba la colaboración del virrey con la élite del reino. Esta no se vio sin embargo libre de graves tensiones que afloraron con motivo de la formación del ejército por cuestiones de rango y precedencia. Especialmente significativos son los problemas que surgieron con los Colonna, cuyos dos jefes, Próspero y Fabrizio, se contaban entre los principales capitanes del Rey Católico. El primero de ellos se negó a marchar a la campaña al frente de su compañía de gente de armas, según Zurita, «diciendo que no iría sino debajo del rey o con hijo de rey». Fabrizio Colonna, por su parte, aceptó marchar sólo después de que se atendiesen sus demandas de ser nombrado «lugarteniente y gobernador ge-

[218] TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, pág. 262; MARIÑO, P., y MORÁN, M., *Tratados internacionales de España. Carlos V. III-I. España-Francia (1500-1514)*, págs. C-CII.

[219] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, XL, pág. 158 y XLIII, págs. 168-169.

[220] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, XXXVI, págs. 144-145 y 151.

[221] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, XLI, pág. 162.

neral del ejército del rey Católico, pues el visorrey le llevaba sobre todos y era general del ejército de la liga», ostentando así igual rango que el duque de Termoli, lugarteniente general de las tropas pontificias, y anteponiéndose al conde Pedro Navarro, capitán general de la infantería, con quien pronto surgieron nuevos conflictos por la pretensión de Fabrizio de llevar un estandarte propio según la costumbre italiana que asignaba este atributo de los comandantes supremos del ejército a sus lugartenientes generales. Tampoco quiso marchar a la campaña el conde de Santa Severina Andrea Carafa, mientras que, como señala Zurita, «fue mucho de notar que los que se ofrecieron de servir en ella con más voluntad, fueron los de la parte anjoina», como el marqués de Bitonto, hijo del duque de Atri, el hijo del príncipe de Melfi, el duque de Traetto y los hijos de los condes de Maddaloni y de Aliano. Para reforzar simbólicamente su lealtad, algunos de ellos, como los príncipes de Melfi y de Bisignano, el duque de Atri y el conde de Maddaloni, devolvieron al rey de Francia los collares de la orden de San Miguel que tiempo atrás les había concedido[222].

El respaldo de Fernando el Católico a ese entendimiento quedó patente en su decisión de apoyar el nombramiento de Cardona como capitán general de la Liga frente a las presiones elevadas desde diversos círculos castellanos e italianos para que el cargo recayera en Gonzalo Fernández de Córdoba, lo que daría origen a una reveladora polémica poco después ante los primeros reveses militares de Cardona, unidos a los problemas causados por su ausencia en el gobierno del reino[223]. En la propia corte existían dudas sobre las cualidades militares del virrey, como reflejaba Pedro Mártir de Angleria al escribir desde Burgos el 1 de diciembre que Cardona «es de noble familia, de natural cortés, amable y distinguido. Pero no sé si esas cualidades serán suficientes para mandar un ejército tan numeroso. Preferiría otro de más experiencia»[224].

Cardona se dirigió con sus tropas hacia Abruzo para, a través de Romaña, alcanzar Bolonia. Entrado ya 1512 los franceses difundieron el rumor de que una gran armada se dirigiría hacia Nápoles llevando consigo a Alonso de Aragón, hijo segundo del último rey aragonés, Fadrique, con el fin de ponerlo en el trono y obligar así al Rey Católico a que hiciera volver parte del ejército enviado a Bolonia a fin de defender el reino, desguarnecido bajo la lugartenencia de Francisco Remolines, cardenal de Sorrento[225]. A pesar de todo, el ejército siguió su marcha, que concluiría en la batalla de Ravenna. Tras la victoria francesa se desencadenó la alarma en Nápoles, donde Remolines, abandonada su resistencia inicial, pidió al virrey de Sicilia Hugo de Moncada, que había quedado a cargo de las funciones de capitán general

[222] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, XLI, págs. 162-164. *Cfr.* TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, págs. 269-270 y *Question de amor* (ed. de C. Perugini), Salamanca, 1995.

[223] TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, págs. 306-309.

[224] *Epistolario...*, II, pág. 382.

[225] ZURITA, J., *Historia...*, IX, XLV, pág. 179.

de Nápoles tras la marcha de Cardona, que pasase al reino «temiendo no fuese causa de alguna repentina mudanza en los ánimos de los varones, por haberse ensalzado esta victoria en favor del rey de Francia mucho más que en la realidad lo fue, como pareció adelante», según Zurita, quien señala los rumores de inteligencias con los franceses que señalaban a nobles como el conde de Montorio del Aquila[226]. Sin embargo, pasado ese primer momento de alarma, el rey prohibió que las tropas regresaran a Nápoles pues «uoluer al reyno el exercito tan disminuido y desbaratado será fazer perder el ánimo a los del reyno y poner alteración donde no la hauía» y dado que «a muchos de los que están en nuestro exercito idos a nápoles con trabajo los podrá sacar de allí mi viso Rey», a pesar de que la seguridad del país parecía garantizada hasta el punto de permitir sacar nuevas tropas para defender las tierras de la Iglesia reduciendo al mínimo las guarniciones de la capital y de la plaza de Gaeta «pues según lo que el cardenal de Sorrento y los electos y pueblo de Nápoles me han escrito aquella ciudad y Reyno y los barones del están en las cosas de nuestro servicio como fieles vasallos mios deuen estar»[227]. Fernando pensó entonces enviar al Gran Capitán a Italia[228]. Entre tanto, la situación había mejorado en Nápoles. El lugarteniente y los electos de la capital enviaban informes tranquilizadores, lo que permitió que Moncada volviera a Sicilia[229] y Cardona regresase a Nápoles, donde hizo su entrada el 3 de mayo de 1512, para reorganizar las tropas y volver a tomar el camino del norte el 27 de ese mes. Nuevamente, Remolines quedó como lugarteniente a pesar de haber mostrado su deseo de dejar el cargo[230] y pidió a Prospero Colonna que volviese al reino para evitar que se agravase su enfrentamiento con el papa y disponer de un capitán experimentado en caso de emergencia[231]. A mediados de junio el ejército de Cardona cruzó de nuevo la frontera de Abruzo para dirigirse a Lombardía. Lo acompañaban como capitanes Fabrizio Colonna, el duque de Termoli, Andrea Carafa conde de Santa Severina, Juan de Guevara, el conde de Populo, el de Golisano, el duque de Traietto, el marqués de la Padula, Fernando Castriota y otros nobles napolitanos[232].

---

[226] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, X, I, pág. 246; TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, págs. 305-306.

[227] Fernando el Católico a Jerónimo de Vich, Burgos, 14 de mayo de 1512, en BARÓN DE TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, vol. I, pág. 310 y vol. II, pág. 213.

[228] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, X, II, págs. 253-256. Pedro Mártir de Anglería informaba del encargo realizado por el rey a Gonzalo Fernández de Córdoba en carta al marqués de Los Velez, de Burgos a 21 de mayo de 1512, mientras en otra del 29 de mayo comunicaba que el ejército a las órdenes de Gonzalo se había puesto en marcha el día anterior con el concurso de destacados miembros de la nobleza como el propio duque de Villahermosa, sobrino del monarca: *Epistolario*, vol. III, Madrid, 1956, págs. 35 y 37.

[229] TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, pág. 311.

[230] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, X, II, págs. 256-257.

[231] TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, pág. 316.

[232] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, X, XXI, pág. 322.

En ese momento la atención del rey de Aragón se hallaba centrada en el escenario norteitaliano, donde varios príncipes se hallaban ligados a él por lazos de parentesco, como el duque de Ferrara Alfonso de Este, nieto de Ferrante I de Nápoles, o Jacobo Appiano, señor de Piombino, casado en 1510 con María de Aragón, viuda desde 1508 del príncipe de Salerno Roberto Sanseverino, hija del I duque de Villahermosa y sobrina por tanto del Rey Católico[233]. La visión que Fernando tenía del dominio de la península se centraba cada vez más en dirección a Milán, de acuerdo con una línea de actuación que no culminaría hasta el reinado de su nieto y que ahora aparecía determinada por la necesidad de contrarrestar los llamamientos franceses al Emperador para que ejecutase sus ambiciones sobre el reino de Nápoles[234]. El 10 de mayo de 1512 el rey escribió a su embajador en Roma Jerónimo de Vich «que una vez se deue atender a atajar la tiranya de françia, y que el emperador cobre el ducado de Milán, que teniendo él en Italia a Milán y yo a Nápoles y Siçilia, bien conosce que el emperador y yo mediante nuestro Sennor podremos facer lo que quisiéremos...»[235]. La victoria francesa en Ravenna iba a quedar pronto oscurecida por la recuperación de los ejércitos de la Liga, hasta el punto de producir un viraje en la situación política italiana a lo largo de 1512 cuyo primer síntoma se consumó en Florencia. En septiembre, tras la toma de Prato, Cardona obligó a la República a aceptar el retorno de los Médicis, con la intervención de nobles napolitanos como Cicco de Loffredo y el marqués de la Padula, que había de quedar como capitán de la gente de armas de la nueva Señoría, integrada en la Liga Santa, al igual que las repúblicas vecinas de Siena y Luca[236].

A fin de distanciar al Rey Católico del Emperador, los franceses difundieron otra vez el rumor de que aquel quería dejar el reino de Nápoles a su nieto Juan de Aragón, hijo del arzobispo de Zaragoza y «creyendo que por aquel medio podría esto efectuarse mejor», casar al mismo Juan de Aragón con una de las hijas del Gran Capitán, mientras la otra casaría con el duque de Segorbe Alonso de Aragón, hijo del infante Enrique[237]. Simultáneamente tenía lugar la campaña de Navarra, durante la cual se descubrió el proyecto del duque de Calabria de pasarse al bando francés, donde se le habría prometido restituirlo en el reino de Nápoles. Formaban parte del complot algunos napolitanos que se encontraban con el duque en la corte del Rey Católico, como Felipe Copula, hijo del conde de Sarno Francesco Copula, protagonista de la famosa conjura de los barones contra Ferrante I, y Juan de Perdova. To-

[233] TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, pág. 178, núms. 2 y pág. 188, núm. 11.

[234] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, XLIII, págs. 170-172 y 175 y X, XLIV, pág. 405.

[235] Fernando el Católico a Jerónimo de Vich, Burgos, 23 de abril de 1512, en BARÓN DE TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, vol. II, pág. 204.

[236] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, X, XXVI, págs. 335-339 y TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, págs. 326-327.

[237] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, X, III, pág. 261 y LV, págs. 445-446; TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, pág. 321.

dos ellos fueron apresados y el duque enviado al castillo de Játiva, donde permanecería detenido hasta 1523[238]. Por el mismo tiempo Julio II alentaba también las expectativas del Emperador sobre el reino de Nápoles[239].

El gobierno virreinal en ausencia. 1511-1515

Cardona no volvería a Nápoles de forma estable, salvo breves intervalos en la guerra, hasta noviembre de 1515, iniciando así una práctica absentista que continuaría bajo sus sucesores, ocupados por similares motivos, hasta los tiempos de Pedro de Toledo. Ese absentismo virreinal, a pesar de las medidas adoptadas para paliarlo encargando la gestión de las materias ordinarias de gobierno a lugartenientes de la máxima confianza tanto del virrey como del monarca, incentivó —aunque no fueran su desencadenante directo— la inestabilidad del país, con un desarrollo del bandidaje y de las pugnas faccionales locales que expresaba las profundas contradicciones de una sociedad sacudida por fuertes combulsiones políticas y militares en los últimos años, aprovechadas por los barones para endurecer, con el apoyo tácito de la Corona, las condiciones de su dominio sobre los vasallos. No es extraño por tanto que en ese clima se produjera también un significativo germinar de revueltas antibaronales que sólo empezarían a remitir a partir de las enérgicas medidas represivas puestas en práctica bajo el virrey Toledo.

La salida de Cardona del reino en 1511 supuso el inicio de un modelo de gobierno virreinal en ausencia en el que la figura del lugarteniente reproducía respecto al virrey la función que éste desempeñaba como desdoblamiento de la persona del soberano y encarnación de la delegación de sus poderes. Ese modelo llegaría a su culminación en la década de 1520, con los virreinatos de Lannoy y Orange, durante cuyas largas ausencias por sus obligaciones militares en el norte de Italia el poder del reino fue desempeñado por el consejo Colateral presidido por su decano. Bajo Cardona se configuró el sistema de delegaciones superpuestas que implicaba la ausencia del virrey, a través de los lugartenientes Remolines y Villamarí, cuyo protagonismo político y familiar en el escenario de los grupos proaragoneses del reino no sólo no impidió su enfrentamiento con gran parte de la nobleza sino que lo acentuó al no verse respaldado por la inserción de los lugartenientes en un órgano institucional como el Colateral, cuyo gobierno colegiado constituiría en cambio la clave de la gestión desarrollada por los lugartenientes en la década de 1520, reforzados además por su condición de napolitanos frente al carácter foráneo de los catalanes que

[238] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, X, XXXVIII, págs. 383-385; TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, pág. 405.

[239] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, X, XLVIII, pág. 424.

desempeñaron el cargo en época de Cardona. En cualquier caso, el análisis del gobierno de éstos resulta decisivo para entender la evolución política del reino y los planteamientos de los distintos grupos que pugnaban por controlar el poder. La ausencia del virrey entre 1511 y 1515 supuso, en primer lugar, un obstáculo para el desarrollo de una corte virreinal, tal y como había empezado a formarse con el Gran Capitán y durante los primeros años del propio Cardona. A pesar de todo, éste iba a poder retomar el impulso inicial tras su regreso al reino en 1515 en gran medida gracias al mantenimiento en Nápoles del núcleo de su casa aglutinado en torno a la virreina Isabel de Requesens.

Durante la estancia del virrey en el norte de Italia las lugartenencias del cardenal Remolines y el almirante Villamarí encauzaron intereses y expectativas de la facción aragonesa con desigual capacidad de maniobra. Son muchos los datos que faltan aún para conocer en todas sus dimensiones el complejo mecanismo de toma de decisiones puesto en práctica durante la ausencia del máximo representante regio, aunque puede realizarse una primera aproximación a partir de las referencias disponibles y la comparación con otras situaciones similares cristalizadas en los territorios italianos de la Monarquía en períodos posteriores. Una valoración ajustada del sistema de ausencia virreinal exige analizar, ante todo, el papel del Consejo Colateral, sus relaciones con el virrey y con los lugartenientes, así como con los grupos aristocráticos y togados de la capital y el reino. Entre estos últimos sectores el papel de los *seggi* resulta no menos decisivo a la hora de comprender las decisiones y actos de gobierno, del mismo modo que las reuniones del parlamento del reino constituyen momentos reveladores de las tomas de posición política por parte de los distintos grupos. Como clave de esas dimensiones aparece el sistema de despacho practicado por el virrey y los lugartenientes, así como la regularidad de las delegaciones que garantizan la comunicación entre éstos y los distintos cuerpos e instancias políticas del reino, sin olvidar a los agentes e informantes que el *pro rex* mantenía tanto en la capital como en las provincias. En general, los lugartenientes se presentan como hombres de la plena confianza del virrey, aunque no siempre sus decisiones fueran plenamente coincidentes con las de éste. De hecho, la intensificación de las pugnas faccionales que parece haberse producido durante esos años aflora con especial claridad en momentos como el de la destitución de Remolines por el monarca. Todo ello no impediría, con todo, que Cardona pudiera acometer con rapidez y aparente facilidad la recomposición del cuadro del gobierno tras su regreso al reino en 1515, cuando se inició la segunda y más decisiva parte de su largo mandato.

En noviembre de 1511 quedó como lugarteniente general el cardenal Francisco Remolines, un catalán formado en la universidad de Pisa, que debía su fortuna a los Borgia y que tras la elección de Julio II se había retirado a Nápoles junto con el cardenal Borgia. Ambos habían flanqueado a Cardona en su entrada en Nápoles en 1509 y desde entonces habían ocupado un lugar preferente en las múltiples cere-

monias y fiestas presididas por el virrey[240]. Sus esfuerzos por imponer el orden acabaron disgustando a todos los grupos dirigentes. La marcha de Cardona y el gobierno de Remolines inauguraron uno de los momentos más complicados del reinado de Fernando el Católico en su nuevo reino. La oposición desencadenada por el lugarteniente llegó a tal punto que cuando en febrero de 1513 se trasladó a Roma para participar en el cónclave que debía elegir al sucesor de Julio II, el rey aprovechó la ocasión para sustituirlo al frente del gobierno por otro catalán de su máxima confianza, el Gran Almirante del reino Bernardo Villamarí, conde de Capaccio, casado con Isabel de Cardona, hermana del virrey. Su gobierno se vería asimismo comprometido por las diversas tramas de la aristocracia de la capital para reforzar sus posiciones e, incluso, atacar el dominio aragonés. Villamarí tenía una brillante carrera militar a sus espaldas y, tras suceder al príncipe de Bisignano en el oficio de Gran Almirante, había tejido una densa red familiar y de alianzas con los principales linajes napolitanos. De ello era muestra el enlace entre su hija mayor con el marqués de la Padula y, sobre todo, el de su segunda hija, Isabel, con el joven IV príncipe de Salerno Ferrante Sanseverino, del que Villamarí había sido nombrado ayo por el rey, así como su ingreso en el *seggio* de Nido. Según Parrino, en su gobierno «seppe così bene accopiare col rigor la dolcezza, e con la giustizia la cortesia, che si guagnò l'amore de'Nobili» y «con maniere particolari avvinse con catene di beneficii, che sono le più indissolubili», granjeándose la amistad del conde de Santa Severina Andrea Carafa y del conde de Martorano, de la familia Gennaro, al mandar reprimir las revueltas que estallaron en sus dominios, al tiempo que anudaba la alianza matrimonial de Fabrizio Colonna con la condesa de Euliano, sobrina del marqués de Mantua y pariente del virrey Cardona[241].

Los barones del reino establecían entre tanto lazos directos con la corte. En especial el secretario real Miguel Pérez de Almazán era un interlocutor privilegiado[242]. El servicio en las armas era esgrimido por los barones como justificación de unos privilegios feudales que defendían celosamente, sobre todo en las prerrogativas jurisdiccionales, ocasión de conflictos recurrentes con las autoridades virreinales[243]. Una de las primeras medidas que debió tomar el Almirante fue reforzar la defensa de los castillos y las costas ante la amenaza de una armada otomana contra Apulia y, sobre todo, ante la nueva alianza sellada entre Francia y Venecia. En esa situación se produjo un agravamiento del orden público. Se desencadenaron revueltas antiseñoriales en los estados del conde de Marturano, del de Seminara Carlo Spinelli y del de Santa Severina, así como en otros feudos como Veste, Mesuraca y L'Isola, todo ello con el telón de fondo de nuevas intrigas francesas que proclamaban los dere-

[240] PARRINO, D. A., *Teatro eroico...*, I, págs. 69-71.
[241] PARRINO, D. A., *Teatro eroico...*, I, pág. 77.
[242] RAH, CSyC, A-14, f. 116.
[243] RAH, CSyC, A-14, f. 200.

chos del segundo hijo del rey Federico, Alonso de Aragón[244]. La rebelión duró hasta el verano de 1514, cuando el capitán Pedro de Castro logró someter los lugares sublevados, después de realizar un enérgico escarmiento en Santa Severina[245].

Los problemas planteados durante la visita del rey seguían vivos en las reclamaciones de los grupos dirigentes y, sobre todo, de la capital, como demuestran las gracias solicitadas al monarca por las autoridades municipales reunidas en San Lorenzo el 11 de junio de 1513. Entre ellas ocupaba un lugar destacado la reclamación de que sólo los regnícolas pudieran ocupar los principales oficios en los altos tribunales del reino. Especialmente, la petición afectaba a los Siete Grandes Oficios del reino y a los regentes de la Cancillería, así como a los principales tribunales, para entrar en los cuales debía demostrarse el conocimiento del derecho común, además de los beneficios eclesiásticos, desde el influyente Capellano Mayor hasta las abadías y obispados. Todos ellos deberían quedar reservados para los nacidos en la capital, que tendrían preferencia sobre los de las provincias, exigiéndose para la obtención de la ciudadanía la residencia durante al menos treinta años. Se trataba de gracias concedidas por el Gran Capitán pero incumplidas reiteradamente en los últimos años y que afectaban de forma particular al funcionamiento del sistema judicial[246].

Sin embargo, las prioridades de la Corona seguían centradas en la política italiana y europea en general. Tras la elección de León X Fernando se apresuró a pedirle la confirmación de la investidura del reino de Nápoles, recordando, a través de su embajador Jerónimo de Vich, que se trataba de una fórmula convencional del derecho feudal asimilable a la que afectaba a los barones del reino respecto al soberano cada vez que éste cambiaba[247]. En esos momentos la diplomacia del Rey Católico alcanzó un ritmo vertiginoso que duraría hasta su muerte. Se sucedieron distintos proyectos de alianza en los que la característica duplicidad del monarca, maestro del disimulo que practicaba con sus propios agentes, hace aún más complicada la exposición de unos hechos desarrollados en el espacio restringido de cámaras y gabinetes palaciegos pero con profundas raíces en la realidad política de los territorios cuya suerte se estaba dirimiendo[248]. Nápoles seguía siendo una baza central en las negociaciones diplomáticas con Francia y su destino aparecía cada vez más vinculado a la intervención aragonesa en el resto de Italia. Desde 1511 los ejércitos del rey Católico, unidos a las demás fuerzas de la Liga Santa y bajo el mando supremo del virrey de Nápoles, actuaban en el norte y centro de Italia como ár-

[244] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, X, LXIV, págs. 475-476 y LXXXI, págs. 542-543.

[245] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, X, XC, págs. 574-575.

[246] *Supplicationi et gratie quali se adomandano ad la sacra Maesta del Ca.Re n.s. per la universita de la sua fidelissima cita de napoli gentilhomini citadini et habitanti in essa*, AGS, Estado, leg. 1004, pág. 28.

[247] Valladolid, 21 de septiembre de 1513, en BARÓN DE TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, vol. II, págs. 255-258 y 256.

[248] *Vid.* ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, IX, VII, pág. 29.

bitros de la situación. Cardona, en su condición de máximo representante del monarca en la península, actuaba con un notable margen de autonomía a lo hora de decidir los movimientos de las tropas y los objetivos inmediatos, cuyos resultados podían condicionar cambios decisivos en el gobierno de estados como el de Milán o la república de Florencia. Pero mientras el horizonte político del virrey se centraba en sus relaciones con los potentados de Italia, el reino meridional no se limitaba a servir de imprescindible retaguardia como base de aprovisionamiento y reserva de hombres y dinero, sino que la endémica disputa por su soberanía continuaba condicionando las negociaciones entre las máximas instancias de poder en la Cristiandad. Estas se habían visto redimensionadas por el inicio de contactos diplomáticos entre el Rey Católico y el Rey Cristianísimo desde principios de 1513[249]. En el curso de las conversaciones iba a quedar patente la estrecha vinculación entre el destino de Nápoles y el de Milán, ya planteada en las tratativas de Fernando para atraer al Emperador a la Liga Santa a finales de 1511. Esa asociación, lejos de limitarse a la intervención armada protagonizada por el virrey, era fruto de la búsqueda de un equilibrio de poder en la península cuya resolución avocaba necesariamente a ligar la suerte de ambos territorios a través de una alianza dinástica.

Cuando en marzo de 1513 fue elegido nuevo papa el cardenal Giovanni de Médicis con el nombre de León X, tras la muerte de Julio II, la radical enemistad de éste contra Francia iba a dar paso también en Roma a una actitud más contemporizadora que no podía dejar de favorecer los nuevos planes de entendimiento entre los dos monarcas, avalados por precedentes tan notables como el tratado de Blois de 1505. Significativamente, la embajada de obediencia enviada en abril por Fernando al nuevo pontífice estuvo encabezada por el virrey Cardona y el embajador ordinario Jerónimo de Vich al objeto de reforzar su capacidad de presión en las diversas gracias que debían solicitar, entre las que ocupaba un lugar prioritario la confirmación de la investidura del reino napolitano[250]. La concesión de ésta, por un breve papal del 12 de septiembre entregado al embajador Vich, reforzó las perspectivas del Rey Católico de mantener un mayor entendimiento con el papa que con su antecesor y le permitió ejercer mayor firmeza para que Nápoles permaneciera al margen de cualquier proyecto de transacción con Francia, un punto en el que Fernando seguía mostrándose inflexible. En diciembre de 1513 el reino figuraba al inicio de las propuestas que llevó a Madrid el señor de Borne en nombre de Luis XII. Este se

[249] Una exposición detallada de las negociaciones y las sucesivas treguas y tratados de alianza hispano-franceses en MARIÑO, P., y MORÁN, M., *Tratados internacionales de España. Carlos V. III-I. Francia (1500-1514)*, págs. CVIII-CXLII. *Cfr.* TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, págs. 383-404.

[250] *Vid.* DOUSSINAGUE, J. M., *Fernando el Católico y el Cisma de Pisa...*, págs. 606 y ss. y OCHOA BRUN, M. A., *Historia de la diplomacia española*, vol. IV, pág. 364.

mostraba dispuesto a renunciar a sus pretensiones al trono napolitano si se llegaba a un acuerdo matrimonial entre los infantes Carlos o Fernando con la princesa Renata de Francia, que aportaría como dote el estado de Milán[251]. El dominio de Lombardía estaba cobrando creciente importancia en el horizonte italiano del Rey Católico como baluarte para la conservación de Nápoles, según se apresuró a comunicar a Maximiliano a través de su secretario Pedro de Quintana, señalando en las instrucciones entregadas a éste antes de partir a Alemania la conveniencia de que las tierras lombardas pasaran a poder de su nieto Fernando ya que, además de garantizar la posesión de Navarra por la alianza que se establecería con Francia «de ello se seguira otro muy grande provecho que aquello asegurara mas lo de Napoles y Sicilia y los otros estados en que ha de succeder el principe nuestro fijo por que lo uno ayudara a la conservacion de lo otro, y poder sanear y assegurar, y como ganar de nuevo justamente estos tres Reynos para nos y para nuestros successores es la mayor cosa que en los dias de nuestra vida se nos puede ofrecer y lo de mayor beneficio para nosotros y para nuestros fijos y para toda nuestra succesion...»[252]. Consecuente con ese planteamiento que había de convertirse en el eje de la política italiana de Carlos V, Fernando de Aragón escribía a Juan Jacobo Trivulcio en enero de 1514 su disposición a «ser el fiel para la guarda y conservacion del estado de Milan fasta que madama Reniera y el infante don Fernando mi nieto sean de edad y hayan confirmado el matrimonio»[253], mientras que el 18 de enero escribía a Quintana que instara al Emperador a aceptar la alianza francesa comunicándole las tratativas del papa y otros potentados de Italia para expulsar de ésta a todos los extranjeros, hasta haber «platicado que con esta su liga secreta podran poner en Napoles a un fijo del Rey Fadrique»[254].

En mayo de 1514 el papa se mostró dispuesto a aceptar que el infante Fernando recibiera el estado de Milán o los territorios venecianos de Terraferma, con tal de

[251] *Vid.* DOUSSINAGUE, J. M., *El testamento político de Fernando el Católico*, Madrid, pág. 201. *Cfr.* ZURITA, vol. 5, X, XLIX, págs. 493-497; TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, págs. 483-548.

[252] DOUSSINAGUE, J. M., *El testamento político de Fernando el Católico...*, pág. 209.

[253] DOUSSINAGUE, J. M., *El testamento político de Fernando el Católico...*, pág. 215.

[254] DOUSSINAGUE, J. M., *El tratamento político de Fernando el Católico...*, pág. 222. En parecidos términos escribía a su embajador en Flandes el 22 de enero, ordenándole que comunicara a la regente Margarita de Austria «que si el Emperador e yo no tomamos este partido del Rey de Francia yo tengo por perdidos a Napoles y a Sicilia y todo lo que el Emperador y yo tenemos en Ytalia assi por lo que he sabido de la intincion y proposito de los de Ytalia como por los grandes apareios que se que el Turco faze para venir este verano en Apulla, de que cada día me vienen letras de Napoles para que les embie socorro, y que mil vezes querria antes morir que ver que en mi vida se perdiessen aquellos Reynos y estados», ID., págs. 235-237. Entre tanto, Fernando intentaba tranquilizar al duque de Milán con la promesa de una boda con una de sus nietas y, en un nuevo ejemplo de su característica duplicidad, en febrero ordenaba a su embajador en la capital lombarda que desmintiera su aceptación de cualquier plan para expulsar a los Sforza, denunciando las instigaciones que en tal sentido le había dirigido Juan Jacobo Trivulcio: ID., págs. 243-245.

que ambos no recayesen en él simultáneamente como se decía que pretendían el Emperador y Fernando el Católico[255], propuesta que éste rechazó apelando a su compromiso con la paz y libertad de Italia[256]. Entre tanto, el rey de Aragón perseguía extender su influencia en la península a través de una alianza con los Médicis que, facilitase el entendimiento con el pontífice y le permitiera intervenir en los asuntos florentinos. Para ello había intentado concertar en 1513 la boda de Juliano de Médicis con Bona Sforza y Aragón, hija de la duquesa viuda de Milán Isabel de Aragón y, ante la negativa de ésta, con Teresa de Cardona[257], que a su condición de pariente próxima del monarca unía la pertenencia al mismo linaje que el virrey de Nápoles, en cuyo territorio había de formarse un potente estado señorial para la pareja que satisficiese las expectativas de aumento de las distintas familias como la mejor garantía para la estabilidad italiana[258]. En abril de 1514 Fernando envió nuevas instrucciones a Ramón de Cardona a través de Juan Armengol en respuesta a los informes que éste había llevado a la corte en nombre del virrey. En ellas le comunicaba la tregua de un año sellada por él y el Emperador con Luis XII y las tratativas matrimoniales mantenidas para garantizar el dominio de Nápoles y Milán. Entre tanto, Cardona debía permanecer con su ejército en el norte[259].

Las negociaciones con Francia encontraron muchas más dificultades de las esperadas[260]. Uno de los capítulos más conflictivos era la dote que había de aportar el infante Fernando a cambio del ducado de Milán. El 12 de agosto de 1514 el Rey Católico ordenó a sus delegados en la corte del Rey Cristianísimo que «si fablando en esta materia el Rey de francia tocase en que para despues de mis dias se de al dicho infante mi nieto el Reyno de Napoles, en tal caso respondereys que esto es cosa nueva, y de que no hay fecha ninguna mincion en lo que esta platicado y assentado, y que no es razon que se innove agora sobrello cosa alguna». A pesar de todo, el afán por concertar una alianza con Francia llevaba a Fernando a mostrarse contemporizador y dispuesto a abrigar las esperanzas napolitanas de Luis XII para con su futuro yerno[261]. El Rey Católico no pretendía desmembrar la herencia de su nieto primogénito, cuya integridad y acrecentamiento eran uno de los motivos recurrentes de

---

[255] Jerónimo de Vich a Fernando el Católico, Roma, 2 de mayo de 1514 (?), en BARÓN DE TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, vol. II, págs. 279-280.

[256] Fernando el Católico a Jerónimo de Vich, Bosque de Segovia, 16 y 18 de junio de 1514, en Barón de TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, vol. II, págs. 296-300.

[257] ZURITA, J., *Historia...*, vol. 5, X, LXXVIII, págs. 531-532; TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, págs. 469-470.

[258] DOUSSINAGUE, J. M., *El testamento político de Fernando el Católico...*, pág. 230. En octubre el rey escribía al embajador Vich sobre el mismo tema, señalando como posibles candidatos tanto a Juliano como a Lorenzo de Médicis: *ibídem*, pág. 359. Sobre la marcha posterior de las negociaciones *vid.* TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, págs. 571-577.

[259] DOUSSINAGUE, J. M., *El testamento político de Fernando el Católico...*, págs. 295-303.

[260] *Vid.* OCHOA BRUN, M. A., *Historia de la diplomacia española*, vol. IV, págs. 366-367.

[261] DOUSSINAGUE, J. M., *El testamento político de Fernando el Católico...*, pág. 347.

su hábil política militar y diplomática[262]. A finales de 1514 la intervención de Fernando en los asuntos centro y norte italianos volvió a ponerse de manifiesto al proponer al papa el casamiento de Teresa de Cardona, hija de la duquesa de Cardona, con Lorenzo de Médicis, prometiendo «darles estado en Nápoles, no el del duque de Urbino, sino otro que sea muy limpio y que nadie pretienda derecho a él...»[263]. Al mismo tiempo, escribió a su tía Aldonza Enríquez, duquesa de Cardona, para confirmarle la buena marcha de las tratativas de la boda de su hija y declaró la mayor conveniencia de que ésta se efectuase con Lorenzo de Médicis en lugar de Giuliano por hacer en aquel el Papa «todo el fundamento de la suçesion suya y de su casa». La duquesa debía enviar un poder para que el embajador en Roma Jerónimo de Vich representase a Teresa de Cardona en la ceremonia nupcial[264]. A principios de enero de 1515 se firmaron las capitulaciones matrimoniales, estipulándose la dote acordada de Teresa de Cardona en un estado del reino de Nápoles con diez mil ducados de oro de renta anual, mientras que el papa se comprometía a comprar para Lorenzo otro estado equivalente en el mismo reino o repartido entre éste y el territorio de la ciudad de Roma[265].

La muerte de Luis XII y la subida al trono de Francisco I hizo fracasar el plan de alianza francés[266]. El Rey Católico no ocultó sus recelos ante el nuevo soberano y declaró a Jerónimo de Vich que «le tengo por muy mas peligroso que al otro», al tiempo que le urgía para que convenciera al papa de estrechar su alianza[267]. En parecidos términos escribió a Cardona, al que recomendó la máxima atención a las necesidades del ejército y cuyo papel esencial en las relaciones diplomáticas se vio confirmado al encargarle que estrechara sus contactos con el papa para sellar una liga general en Italia y con el emperador Maximiliano a fin de que la emancipación del príncipe Carlos no se produjera hasta que éste no hubiera salido de Flandes. El rey comunicaba a Cardona que «en la venida del principe aqua ni a Napoles no se deve fablar palabra fasta que el Emperador le haya sacado de Flandes y le tenga en su poder», una declaración que revela cómo entre las posibilidades que se barajaban sobre el heredero no figuraba sólo su ida a España sino también una eventual visita al

[262] En la misma línea, Fernando había rechazado enérgicamente en noviembre de 1513 la propuesta avanzada por el emperador Maximiliano de separar los territorios aragoneses, que pasarían al infante Fernando, del resto de los dominios, incluidos los reinos conquistados de Nápoles y Navarra, que serían para el príncipe Carlos. *Vid.* OCHOA BRUN, M. A., *Historia de la diplomacia española*, vol. IV, pág. 369.

[263] Fernando el Católico a Jerónimo de Vich, Valbuena, 2 de noviembre de 1514, en BARÓN DE TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, vol. II, págs. 315-320 y 319.

[264] DOUSSINAGUE, J. M., *El testamento político de Fernando el Católico...*, págs. 380-381.

[265] DOUSSINAGUE, J. M., *El testamento político de Fernando el Católico...*, págs. 382-384.

[266] *Vid.* TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, págs. 581-618; OCHOA BRUN, M. A., *Historia de la diplomacia española*, vol. IV, págs. 367-368.

[267] DOUSSINAGUE, J. M., *El testamento político de Fernando el Católico...*, págs. 385 y 387.

reino italiano, reflejo de la relevancia que a éste se le asignaba en el diseño de Fernando para asegurar una sucesión controlada en la Monarquía[268]. Las gestiones del embajador Vich y el virrey Cardona surtieron efecto y el 15 de febrero de 1515 el papa ratificó la Liga con el Rey Católico, el Emperador, el duque de Milán y los suizos que, bajo el pretexto de preparar la guerra contra los turcos, debía organizar un ejército común para la defensa de Italia y cuyo mando se confería nuevamente al virrey de Nápoles. El 10 de marzo la alianza fue ratificada por Fernando el Católico y el mismo mes se redactaron los capítulos de la confederación, extendida a las repúblicas de Florencia y Génova, con alusión expresa a la defensa de Milán frente al rey de Francia y al compromiso de «no perturbar al Rey de Aragón en el Reyno de Napoles...»[269].

Fernando envió nuevas instrucciones a Cardona para que prepara las tropas y dispusiese el reparto de las capitanías encomendadas a barones napolitanos de acuerdo con las redes familiares de éstos, en un nuevo reflejo de la relevancia de las estructuras de parentesco y lealtad faccional en el ejército[270]. El 9 de julio de 1515 León X ratificó la concesión a Fernando el Católico de la investidura del reino de Nápoles pero las operaciones del ejército en los meses siguientes se vieron desbordadas por el avance francés. En septiembre Francisco I y el papa firmaron una alianza. Fernando reaccionó intentando mantener a León X en su causa. El mismo mes ordenó a Jerónimo de Vich que convenciera al pontífice de ello y le informó de que procedería a vender la ciudad de Matera, en el reino de Nápoles, a fin de pagar la continuidad del ejército de Cardona en el norte de Italia. Como Matera formaba parte del estado que el Rey Católico se había comprometido a conceder a su sobrina Teresa de Cardona cuando casase con Lorenzo de Médicis, el monarca aprovechaba la ocasión para garantizar al Papa su firme propósito de llevar a término ese matrimonio en las condiciones acordadas, indeminizando a la pareja en su momento por la enajenación que ahora se veía obligado a hacer de su futuro patrimonio[271]. La situación cambió radicalmente con la invasión de Italia por Franciso I, su victoria sobre los suizos en Marignano y la conquista de Milán, consumada con la rendición de su duque, Maximiliano Sforza, el 5 de octubre de 1515. El 16 de ese mes Fernando ordenó a Cardona que regresara con su ejército a Nápoles ante la imposibilidad de contrarrestar la ofensiva francesa, al tiempo que escribía a su embajador en Roma para que conminara al virrey a iniciar la retirada con la máxima celeridad «porque en tal tiempo mas obligado soy a guardar mi casa que la agena»[272]. El rey

---

[268] DOUSSINAGUE, J. M., *El testamento político de Fernando el Católico...*, págs. 388-389.

[269] Todos los documentos están transcritos en DOUSSINAGUE, J. M., *El testamento político de Fernando el Católico...*, págs. 390-411.

[270] DOUSSINAGUE, J. M., *El testamento político de Fernando el Católico...*, pág. 412.

[271] DOUSSINAGUE, J. M., *El testamento político de Fernando el Católico...*, pág. 486.

[272] DOUSSINAGUE, J. M., *El testamento político de Fernando el Católico...*, págs. 500-505. *Cfr.* TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, págs. 619-648 y 630.

no quedó contento de la actuación de Cardona, como declaró a Vich el 26 de octubre al dolerse de la precipitada retirada de los suizos así como «por la remisión de mi visorey y capitan general de tardar tanto en juntarse se hayan puesto todas las cosas de Italia en el peligro en que oy estan...»[273]. En diciembre de ese año León X firmó una alianza en Bolonia con Francisco I, que planteaba una operación conjunta con la Santa Sede contra Nápoles, si bien el Papa no lo secundó en este aspecto, demorando la operación hasta que se produjera la muerte de Fernando el Católico y el vacío de poder facilitase la campaña[274]. Mientras, Villamarí urgía a Cardona para que volviese a Nápoles a proveer el cobro de las rentas ordinarias del reino que éste no podía garantizar y sin las cuales no podía mantenerse el ejército en el norte de Italia. Finalmente, Cardona hizo su entrada en Nápoles el 12 de noviembre de 1515[275].

La sucesión. 1516-1517

Durante casi tres lustros las diplomacias de Fernando el Católico y de Maximiliano de Austria habían tenido como eje el mantenimiento de la cohesión y, en su caso, el acrecentamiento de la herencia que debía recibir su nieto Carlos. En su nombre se habían sellado pactos y alianzas de desigual alcance, se habían elaborado proyectos dinásticos más o menos factibles y preparado los mecanismos necesarios para garantizar la sucesión en los diversos territorios. Entre todos ellos el reino de Nápoles había constituido el principal objeto de disputa con Francia y pieza de cambio en el inestable tablero italiano que Fernando se había resistido siempre a ceder, insistiendo en el carácter inalienable común tanto a los dominios heredados como a los de conquista, aunque lo reciente de ésta hacía que su consolidación debiera construirse en Nápoles sobre un delicado entramado de relaciones con las distintintas instancias de poder que podían garantizar el ejercicio de su discutida soberanía, empezando por el Papa y los demás príncipes italianos a quienes los barones napolitanos podían apelar, al igual que al rey Cristianísimo, en defensa de los oscilantes intereses en que se fundaba su lealtad. La fragilidad de ésta y del propio estatuto legal del reino en el seno de la Monarquía, aunque reforzado por las últimas negocia-

[273] Fernando creía «haber sido causa desta comun adversidad la negligencia que mi visorey y capitan general y el magnifico Lorenço de Medicis pusieron en juntar con ellos mi exercito y la gente del Papa y de florentines por que claramente se vee que si todos estuvieran unidos como yo por diversas cartas lo avia escrito Dios nuestro señor nos huviera dado muy entera victoria contra nuestros comunes enemigos y que estoy dello muy mal contento del dicho mi Visorrey...», DOUSSINAGUE, J. M., *El testamento político de Fernando el Católico...*, págs. 520 y 525.

[274] TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, pág. 655.

[275] PARRINO, D. A., *Teatro eroico...*, I, pág. 62; TERRATEIG, *Política en Italia del Rey Católico...*, I, págs. 649-651.

ciones con Roma y con Francia y por la colaboración de la nobleza regnícola en las contínuas campañas en el centro y norte de Italia, iba a verse puesta a prueba cuando, finalmente, se produjo el esperado momento de la sucesión para la que tanto el Rey Católico como sus representantes venían preparando el camino desde hacía años.

La muerte de Fernando el Católico, en enero de 1516, señalaría en efecto un nuevo giro. En Nápoles Ramón de Cardona dio muestras de una habilidad política que, en contraste con sus mediocres aptitudes militares, avala la confianza depositada en él por el monarca, confirmada, pese a las múltiples presiones contrarias, por su sucesor. El virrey no comunicó la noticia de la muerte hasta que se aseguró de la lealtad de las figuras más prominentes del reino al nuevo soberano, manteniendo contactos separados con los Electos de los *seggi* de la capital y con los barones más próximos a él, Fabrizio Colonna y el marqués de Pescara, encargados a su vez de asegurar la aceptación de los otros grandes linajes. Sólo cuando la adhesión general estuvo garantizada, Cardona procedió a anunciar solemnemente el cambio de monarca, dando lectura al testamento de Fernando. Significativamente, en aquella ocasión sólo se dejaron sentir ciertas resistencias por parte de algunos elementos de los *seggi* de la capital y, en concreto, de los de Capuana, Porto y Portanova, cuyos portavoces recordaron los derechos dinásticos del duque de Calabria Fernando de Aragón, hijo del último rey independiente de Nápoles Federico, y recluido en España[276]. Esa actitud contrastó con el decidido apoyo a Carlos expresado por el *seggio* popular, que éste se encargaría de recordar en el futuro como aval de sus permanentes reclamaciones contra los *seggi* nobles. Las solemnes exequias en honor de Fernando, organizadas por el virrey en la iglesia dominica de San Domenico Maggiore, tradicional escenario de las ceremonias fúnebres de los monarcas aragoneses que allí se encontraban enterrados, exteriorizaron los esfuerzos por resaltar la idea de una continuidad dinástica que enlazaba directamente al joven Carlos con la línea iniciada en Nápoles por Alfonso V de Aragón, mientras que, por su parte, el *seggio* del Popolo organizó también unos funerales para resaltar su fidelidad a la Corona y Bernard Villamarì, Lugarteniente entre 1513 y 1515, costeó las solemnes honras fúnebres de San Agostino[277]. El 1 de marzo se publicó en Nápoles, en las prensas de Segismundo Mayr, la *Oratio in funere Regis Catholici*, del humanista veneciano Marco Antonio Magno, al servicio del conde de Santa Severina Andrea Carafa.

El primer acto de Cardona tras la muerte del Rey Católico fue una demostración de fuerza al encargar al marqués de Pescara la incorporación al patrimonio de la Corona del ducado de Sora, en poder del Prefecto de Roma[278]. El 30 de abril el virrey

[276] Esa es la versión tradicional que transmite PARRINO, D. A., *Teatro eroico dei vicerè...*, I, pág. 63.
[277] PARRINO, D. A., *Teatro eroico...*, I, pág. 78.
[278] PARRINO, D. A., *Teatro eroico...*, I, pág. 64.

se dirigió a la reina Juana para describir el modo en que se había recibido en el reino la noticia de la muerte de Fernando el Católico y las ceremonias que habían tenido lugar a fin de asegurar la lealtad de los grupos dirigentes napolitanos[279]. Asimismo, envió a Cisneros, regente de Castilla, un largo memorial formalmente también dirigido a Juana, en el que hacía valer sus méritos en la conducción del proceso sucesorio con el claro objetivo de que se olvidaran sus reveses militares. Cardona contraponía la calma de Nápoles a los tumultos de Sicilia, que intentaba también aplacar, al tiempo que insistía en la precariedad económica y militar del reino y en la necesidad de reconsiderar futuras intervenciones en el frente norteitaliano, sin perder de vista las maniobras del emperador Maximiliano y manifestaba su desconcierto sobre el modo de actuar por desconocer el estado de las tratativas con el rey de Francia[280].

Por su parte, la corte de Bruselas reaccionó con extrema celeridad ante un hecho para el que venía preparándose desde hacía tiempo. En febrero Carlos envió una carta a la ciudad de Nápoles, como cabeza del reino, en la que agradecía la fidelidad demostrada, expresaba su confianza en el virrey y exhortaba a obedecerle como su representante al igual que había sucedido bajo el reinado de su abuelo. Los Electos de la capital, por su parte, respondieron en marzo reiterando su lealtad y anunciando el envío de una embajada oficial para presentar el homenaje preceptivo. Tanto la carta del nuevo rey —cuyos términos repetiría una nueva misiva del mes de abril— como la de la capital apelaban expresamente a la continuidad dinástica de la casa de Aragón, en la rama napolitana representada por Ferrante I y en la española que enlazaba a Alfonso V —fuente común de ambas— con Fernando el Católico[281].

La confirmación del virrey en su cargo se vio acompañada por la pronta ratificación de los títulos y posesiones que había acumulado en el reino, en una nueva expresión de la identificación de los intereses particulares de la casa con el servicio al rey. En agosto Cardona fue confirmado como conde de Olivento y capitán de las galeras. Asimismo, la corte de Bruselas procedió a confirmar los títulos y mercedes concedidos por el Rey Católico a los principales barones del reino. En julio de 1516 Fernando de Capua, duque de Termoli, fue confirmado en todos sus títulos y en el cargo de gobernador de Abruzo[282]. El mismo mes Andrea Matteo Acquaviva d'Aragona fue confirmado en el ducado de Atri y sus otros títulos y posesiones[283], al tiempo que se ratificaban las rentas otorgadas en el reino al anterior virrey, conde

[279] RAH, CSyC, A-16, ff. 48-49.

[280] DOUSSINAGUE, *El testamento...*, pág.???

[281] D'AGOSTINO, *La capitale ambigua*, págs. 173-174, núm. 175.

[282] MARTÍNEZ FERRANDO, J. E., *Privilegios otorgados por el emperador Carlos V en el reino de Nápoles*, Barcelona, 1943, pág. 49.

[283] En los años siguientes el duque de Atri siguió recibiendo nuevas mercedes, como el cargo de gobernador de Calabria en junio de 1519. *Vid.* MARTÍNEZ FERRANDO, J. E., *Privilegios...*, pág. 4.

de Ribagorza, por Fernando el Católico[284]. En ese mismo mes se confirmó al marqués de Pescara en todos sus títulos y oficios y se le nombró capitán general de la infanteria del ejército de Italia[285]. También en julio de 1516 se confirmó a la duquesa de Francavilla Costanza d'Avalos d'Aquino en sus posesiones de Montescaglioso e Ischia y un mes después en las de Francavilla y el disputado condado de Belcastro, entre otros dominios[286]. No sólo los barones del reino vieron asegurados sus privilegios, sino también los oficiales españoles que habían servido al anterior monarca. En octubre Cristóbal Briceño fue confirmado como Perceptor de la provincia de Abruzo y redactor de la correspondencia cifrada del virrey[287]. En diciembre de 1516 Fernando de Alarcón fue nombrado castellano de Brindisi y confirmado como gobernador de Calabria y el año siguiente se le ratificaron las rentas concedidas por el Rey Católico[288]. No faltaban tampoco napolitanos que ocupaban oficios en la corte de Bruselas, como el comendador Pietro Francesco di Capua, que en agosto de 1516 fue nombrado chambelán y consejero real concediéndosele una renta en el reino[289].

Por su parte, los demás representantes de Fernando en Italia se aprestaron a garantizar la sucesión en Nápoles. Mientras el nuevo rey enviaba a Roma a don Enrique de Toledo como embajador extraordinario para rendir obediencia al papa, éste concedía a Carlos, a través del embajador ordinario Jerónimo de Vich, la ambicionada investidura del reino de Nápoles en julio de 1516. Sin embargo, la complejidad jurídica dimanada de la naturaleza feudal del reino respecto a la Santa Sede se vio agravada por la especial coyuntura sucesoria que hizo que la herencia de Nápoles movilizara las expectativas de los distintos protagonistas de esa decisiva encrucijada dinástica. Si a la muerte de Isabel la Católica fue Felipe el Hermoso quien intentó reivindicar los intereses y presuntos derechos castellanos sobre el reino, dimanados de la conquista del Gran Capitán, la muerte de Fernando hizo que se alzaran las pretensiones de Maximiliano I, siempre atento a los asuntos italianos, como denunciaba un memorial dirigido a Cisneros desde Bruselas a principios de 1516. Los reveses militares del Emperador en el norte de Italia eran esgrimidos como prueba de su incompetencia para gestionar el gobierno de Nápoles, reclamado tanto por castellanos y aragoneses como por el grupo de poder dominante en la corte flamenco-borgoñona del joven Carlos y dirigido por Guillermo de Croy. A esas tensiones se unían las que muy pronto aparecieron entre el grupo de Croy y el virrey Cardona, patentes cuando éste solicitó el envío de una ayuda económica para pagar a las tropas del rei-

[284] MARTÍNEZ FERRANDO, J. E., *Privilegios...*, págs. 18-19.
[285] MARTÍNEZ FERRANDO, J. E., *Privilegios...*, pág. 25.
[286] MARTÍNEZ FERRANDO, J. E., *Privilegios...*, págs. 23-24.
[287] MARTÍNEZ FERRANDO, J. E., *Privilegios...*, pág. 42.
[288] MARTÍNEZ FERRANDO, J. E., *Privilegios...*, págs. 9-10.
[289] MARTÍNEZ FERRANDO, J. E., *Privilegios...*, pág. 51.

no y la corte de Carlos, en diciembre de 1516, se negó a atender sus demandas. Desde Castilla Cisneros intentó influir sobre Carlos para que relevase a los aragoneses de Fernando en Italia por castellanos. Así, pidió la sustitución del valenciano Jerónimo de Vich, embajador en Roma desde 1507 y llegó a afirmar que preferiría incluso a un flamenco. Sin embargo, Carlos lo confirmó en el puesto y nombró para compartir sus funciones a otro aragonés al que también se había opuesto Cisneros, Pedro de Urrea —en el cargo hasta su muerte en 1518—. En 1518 les sucedió el valenciano Luis Carroz, barón de Troya —embajador de Fernando el Católico en Inglaterra de 1510 a 1514—, hasta 1520, al que se unió en 1519 Lope de Soria como enviado especial. Todos ellos eran destacados representantes de la eficaz red diplomática puesta en marcha por Fernando. En 1520 esa actitud cambiaría con el nombramiento de un destacado felipista como nuevo embajador, don Juan Manuel, al que sucedería en 1522 el II duque de Sessa.

La coyuntura sucesoria propició un relevo en los altos cargos. Ante los tumultos de Sicilia, Carlos ofreció su virreinato al embajador Vich y, al rehusar éste, al virrey de Nápoles Cardona, que a su vez no quiso aceptar, siendo finalmente nombrado el napolitano conde de Monteleone Ettore Pignatelli nuevo virrey de la isla en 1517. Fueron esas tratativas las que hicieron que hasta el 19 de octubre de 1516 Cardona no recibiera la confirmación oficial de su continuidad en Nápoles por parte del nuevo rey. La comparación entre Nápoles, Sicilia y los reinos españoles era ineludible. El 19 de julio de 1516 el propio Cardona, en carta dirigida a la reina Juana, afirmaba que «segun los successos de lombardia y los motines de Sicilia ha sido milagro intervinyendo en este tiempo la muerte del Catholico rey que es en gloria como este reyno ha estado y esta tan pacifico porque en la verdad lo esta tanto como si estuvyera en medio de los de españa...»[290]. Tras informar de las medidas tomadas para sofocar la revuelta siciliana haciendo que las partes enfrentadas —el virrey Moncada, los comisarios reales y los condes de Golisano y Camarata, líderes de la insurrección— se sometiesen a la mediación de sus enviados y marchasen a la corte para dirimir sus diferencias dejando como presidente del reino a Diego del Aguila, hombre de confianza de Cardona, y después de expresar sus dificultades para costear el envío de tropas del reino reclamado por Maximiliano I, el 18 de agosto de 1516 don Ramón insistía en la mala coyuntura económica napolitana, a la vez que se hacía eco de las órdenes reales sobre el despacho de los asuntos napolitanos en la corte a través del secretario Quintana. Pese a sus preocupaciones, el virrey podía manifestar que «las cosas deste reyno a nuestro señor gracias estan en mucha quietud y reposo y el dicho reyno y los poblados del en tanta tranquilidad y justicia como estava en vida de la gloriosa memoria del rey catholico aguelo de vuestra alteza y de contino me desvelare en ello porque en Italia y en otras partes tomen enxemplo de lo de aqui»[291].

[290] RAH, CSyC, A-16, f. 110.
[291] AGS, Estado, leg. 1454, 11-2.

Poco después, el 21 de agosto, Cardona se dirigía al secretario Quintana para congratularse de su marcha a la corte del nuevo rey y encomendarse a sus buenos oficios. El papel decisivo del secretario en la tramitación de los asuntos del reino hacía que los intereses del virrey dependieran estrechamente de él, al igual que sucedería con los sucesores de Quintana en las décadas siguientes hasta llegar al predominio indiscutible de Francisco de los Cobos. De ahí la felicitación dirigida al antiguo secretario de Fernando el Católico, con quien ya mantenía estrecho contacto Cardona desde hacía años[292].

Sin embargo, la situación de Nápoles no podía aislarse de los otros dominios de la Monarquía, donde la muerte de Fernando el Católico había desatado las expectativas de diversos pretendientes y cuerpos políticos. En marzo de 1516 los diputados del reino de Aragón, reunidos en Cortes, nombraron a Carlos curador de su madre Juana, administrador y gobernador del reino[293]. Ese mismo mes el arzobispo de Zaragoza Alonso de Aragón lugarteniente general del reino, dio detalladas instrucciones a Juan de Aragón sobre lo que debía tratar con Carlos de Austria al presentar en su nombre la adhesión de Aragón[294]. Pero los jurados de Zaragoza, reunidos en una junta especial, se negaron a reconocer como gobernador del reino al arzobispo[295], un síntoma de descontento que se incrementaría en los años siguientes y que daría lugar, tras la estancia del nuevo rey en el reino, al estallido de alteraciones que el propio Carlos, ya en Barcelona, encargó reprimir a Alvaro Osorio y micer Garcés el 30 de abril de 1519[296]. En Sicilia se adoptaron precauciones para controlar el orden nada más conocerse la noticia de la muerte del rey, en febrero[297]. En Cataluña surgieron rumores sobre las presuntas pretensiones de Fernando de Cardona, II duque de Cardona, cabeza del extenso linaje al que pertenecía el virrey de Nápoles, embarcado en un proyecto de expansión familiar al plantear en mayo de ese año el matrimonio entre su primogénita Juana Folch de Cardona con Alonso de Aragón y Castro, heredero del I duque de Segorbe[298]. El 29 de febrero de 1516 un decreto firmado por Juana ordenaba al alcaide del castillo de Játiva que reforzase la custodia del duque de Calabria Fernando de Aragón, signo del recelo que seguía despertando el heredero del trono napolitano[299]. El 10 de noviembre de 1516 Carlos escribió al valenciano Angel de Vilanova, lugarteniente general del reino de Cer-

[292] AGS, EStado, leg. 1454, 12.
[293] RAH, CSyC, A-16, ff. 6-6v.
[294] RAH, CSyC, A-16, ff. 15-20.
[295] RAH, CSyC, A-16, f. 81.
[296] RAH, CSyC, A-17, f. 7.
[297] RAH, CSyC, A-16, ff. 11-12.
[298] *Vid.* la carta del arzobispo de Zaragoza Alonso de Aragón a Antón Moreno, secretario de Carlos V, Leandro Coca y el protonotario Velázquez Climente, en RAH, CSyC, A-16, f. 78 y FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, F., *Historia Genealógica de la Monarquía Española*, t. III, págs. 396-403.
[299] RAH, CSyC, A-16, f. 13.

deña desde 1515, para que esperase a la llegada de los embajadores enviados por el reino a la corte para recibir el juramento como sucesor de Fernando el Católico, al tiempo que le comunicaba el nombramiento de nuevos alcaides de las fortalezas y el envío de las galeras de Nápoles para defender las costas de la isla de los ataques berberíscos[300]. El 5 de diciembre el nuevo rey confirmó a Vilanova en su cargo[301], que ocuparía hasta 1529[302].

Entre tanto, la diplomacia francesa aceleró sus tratativas con Bruselas, ya en curso desde mucho antes, con la vista puesta en los dos reinos conquistados por el abuelo materno de Carlos: Nápoles y Navarra. El 1 de agosto de 1516 se reunieron los plenipotenciaros de ambas partes en Noyon. Por parte de Carlos figuraban Guillermo de Croy y Jean le Sauvage. Francisco I apeló al tratado firmado en 1505 entre Fernando el Católico y Luis XII, según el cual Nápoles debía pasar a Francia si Germana de Foix no tenía descendencia del rey Católico. El 13 de agosto se firmó el nuevo tratado. Carlos casaría con la hija de Francisco, Luisa, que llevaría como dote los derechos de los Valois sobre Nápoles, y hasta la consumación del matrimonio pagaría 100.000 escudos anuales al rey de Francia. Carlos pagó efectivamente esa cantidad hasta 1519. Las clásusulas del tratado fueron publicadas en Nápoles por Cardona el 24 de septiembre de 1516. Pese a los esfuerzos del virrey por tranquilizar los ánimos, las implicaciones del acuerdo para los intereses particulares de los grandes linajes y barones resultaron evidentes al adjuntarse un decreto del nuevo rey para restituir los bienes confiscados a los antiguos partidarios de la causa francesa, una medida que inmediatamente despertó la alarma entre los grupos dirigentes del reino. Los nobles más afectados se reunieron en el monasterio de Monteoliveto y declararon su decisión de «più presto morire che ritornare detto stato e terre a detti baruni rebelli e Angioini» y se negaron a cumplir el decreto hasta que un embajador especial enviado a la corte expusiera sus razones al nuevo soberano. Si el procedimiento y la solemnidad de la asamblea enlazaban con anteriores expresiones de descontento frente a las decisiones reales, como la unión que en 1510 se había demostrado capaz de frenar la introducción de la Inquisición española, el lugar elegido revestía también una fuerte carga simbólica. Monteoliveto era, en efecto, el santuario más emblemático de la capital para la causa aragonesa, pues tanto Ferrante I como sus sucesores lo habían convertido en objeto principal de su patronazgo y en él habían celebrado algunas de sus más solemnes ceremonias. No menor relevancia presentaba la personalidad elegida para representar los intereses nobiliarios en la corte, el marqués de Pescara Fernando de Avalos y Aquino, máximo exponerte de la antigua casa castellana establecida en Nápoles con Alfonso V y lue-

[300] RAH, CSyC, A-17, f. 4v.-6.

[301] RAH, CSyC, A-17, f. 5.

[302] *Vid.* MATEU IBARS, J., *Los virreyes de Cerdeña. Fuentes para su estudio*, vol. I (1410-1623), Padua, 1964, págs. 172-179.

go unida al linaje napolitano de los Aquino, Gran Camerario del reino y casado en 1509 con Vittoria Colonna, miembro a su vez de uno de los principales linajes que sustentabam los intereses aragoneses tanto en Nápoles como en Roma. Pescara partió hacia Bruselas en abril en de 1517 y regresó a Nápoles en septiembre[303]. En Flandes el marqués entabló estrecha amistad con el conde de Benavente. Durante su estancia en la corte se ocupó intensamente de defender sus intereses particulares y consiguió que el rey lo nombrara capitán general de la infantería del ejército de Italia, además de la confirmarlo en el cargo de Gran Camerario. Todo ello podía interpretarse como el triunfo de unos intereses familiares que auguraban un nuevo acrecentamiento de la reputación, como se encargarían de difundir los artistas que rodeaban a la corte señorial de Pescara en su posesión de la isla de Ischia y los diversos escritores a él ligados no sólo en el reino sino en otros puntos de Italia. Entre estos destaca Bartolomé Torres Naharro, testigo excepcional de la vida cultural del influyente partido español en Roma al que pertenecían los Colonna y por tanto la mujer de Pescara, Vittoria, y cuya dedicatoria a ambos de su famosa *Propalladia*, publicada en Nápoles el 16 de marzo de 1517, en la que ha podido verse una apología del pactismo nobiliario respaldado por Cardona, en honor del cual incluye diversos poemas, coincide con las tratativas de la nobleza para enviar al marqués a su crucial misión a la corte. Antes de volver al reino, Carlos entregó a Pescara una instrucción, fechada en Brujas el 3 de julio de 1517, con la respuesta que debía dar a los barones que lo habían enviado, en la que manifestaba su satisfacción por la lealtad y el sosiego con el que se había producido la sucesión en el reino y se daban garantías a los nobles proespañoles sobre el mantenimiento de sus intereses, si bien la puesta en práctica de nuevas medidas de gobierno se demoraba hasta la ida del rey a España[304].

La misión de Pescara en la corte no fue la única. Las diversas instancias de poder del reino se apresuraron a hacer llegar a Bruselas sus reclamaciones para garan-

[303] *Vid.* COLAPIETRA, R., «Il baronaggio...», págs. 30-34; CERNIGLIARO, A., *Sovranità e feudo...*, I, págs. 82-87; «Minuta de tres cartas del Rey al Marqués de Pescara sobre lo que ha de decir a los Barones y Capitanes del Consiglio y al Visorrey de Nápoles», Bruges, 3 luglio 1517, ZAB., Col. Miró, carpág. 13, núm. 222. Según Scipione Ammirato Pescara «fù dalla patria mandato ambasciadore à Carlo V per conto d'vna fama: la quale s'era sparsa, che l'Imperadore era per permettere a'Baroni della fazione Angioina che potessero chiamare in giudicio i possessori de i loro Stati; i quali se li havean acquistati con haver seguitato le parti Aragonese: la qual cosa era per confondere et mettere sossopra tutti gli Stati del regno. Nella quale ambasceria egli parlò come se lungo tempo fusse stato esercitato, non nella guerra, ma nell'arte et modi del dire con tanta efficacia et eloquenza, che consultata la cosa nel consiglio reale non solo si lasciò di mandare avanti così dannosa sentenza, ma l'Imperadore conosciuta la disposizion del Marchese atta à tutte le cose, et per la memoria dell'opere tanto valorosamente da lui fatte nel mestier della guerra, con honorati et ampissimi privilegi gli confermò il generalato di tutta la fanteria, che già dal re Ferdinando suo avolo primieramente l'era stato dato...», AMMIRATO, S., *Delle famiglie nobili napoletane*, Florencia 1580, vol. II, pág. 102.

[304] ZAB, 13-223.

tizar la continuidad de los privilegios y acuerdos sancionados por el Católico. A lo largo de 1517 varias embajadas extraordinarias llevaron hasta Bruselas esas peticiones, con el respaldo explícito del virrey Cardona. Los barones enviaron sus propios representates y Prospero Colonna marchó a Bruselas para desbloquear, sin éxito, la situación planteada con la legación de la capital[305]. También se dirigió a la corte el cardenal Luis de Aragón, primogénito de Enrique de Aragón, hijo natural de Ferrante I y cuyo nombre se había barajado como posible candidato al trono a la muerte del Católico. Entre sus objetivos estaba conseguir la liberación del duque de Calabria. Su largo viaje hasta Bruselas incluyó un recorrido por Francia y la visita a la tumba del último rey de Nápoles, Federico, muerto en el destierro[306]. La capital envió también una diputación para rendir homenaje al nuevo rey y solicitar la ratificación de sus privilegios. El cortejo no se puso en marcha, solemnemente, hasta el 5 de mayo de 1517, un retraso que refleja ya la complejidad de su cometido a un tiempo ceremonial y político. De él formaban parte Cicco de Loffredo en nombre del *seggio* de Capuana, Paolo Brancaccio del de Nido, Galeazzo Cicinello del de Montagna, Baldasarre Pappacoda del de Porto, Andrea Gattola del de Portanova y Cola Francesco Folliero por el *seggio* del Popolo. Sin embargo, Carlos se negó a conceder la ratificación de los privilegios[307], salvo en el caso del *seggio* popular, que confirmaba así el papel de interlocutor privilegiado con el monarca desarrollado desde la conquista. Los embajadores nobles regresaron a Nápoles el 28 de octubre, poco después de que lo hiciera el marqués de Pescara y reuniera de nuevo en la iglesia de Monteoliveto a los barones aragoneses, mientras que el embajador del *seggio* del Popolo no regresó hasta un mes más tarde. La aparente normalidad que esas legaciones, así como el propio virrey, querían reflejar, encerraba sin embargo un frágil equilibrio. El 11 de septiembre de 1517, tras describir la revuelta siciliana, Pedro Martir de Anglería escribía que «también en el reino napolitano se han producido algunos alborotos. Don Ramón de Cardona, Virrey en aquel territorio, los apaciguó gracias a su prudencia y a fuer de hombre experimentado». Sin embargo, su gestión no había encontrado la respuesta adecuada en la corte, donde Chièvres, según Anglería, «ha procurado cortarle un trozo de fimbria en recompensa a sus buenos servicios» al pretender para sí mismo el mando de las galeras del reino que antes detentaba Cardona, si bien éste se resistió a cederlo «si antes no se le abonaban los gastos que se le debían, que montaban a una gran suma», lo que obligó a Chièvres a abandonar sus pretensiones[308]. El episodio revela que el reino estaba cayendo bajo las di-

[305] D'AGOSTINO, G., *Parlamenti...*, pág. 205.

[306] La pormenorizada descripción de ese itinerario abunda en motivos ceremoniales y estéticos que han sido objeto de atento análisis por parte de CHASTEL, A., *Luigi d'Aragona. Un cardinale del Renascimento in viaggio per l'Europa*, Roma-Bari, 1987 (1.ª ed. francesa, París, 1986).

[307] PARRINO, D. A., *Teatro eroico...*, I, pág. 65.

[308] Pedro Martir de Anglería «a los marqueses», 11 de septiembre de 1517, en MARTIR DE ANGLERÍA, P., *Epistolario* (ed. de J. López de Toro), Madrid, 1956, t. III, págs. 275-276.

rectrices de la corte flamenca de Carlos, al igual que sucedía en los otros territorios heredados. Dos años después, cuando el descontento ya era general en Castilla, el mismo Anglería exclamaría que «con mucha más voracidad tragan espumas los reinos de Nápoles y Sicilia y que están sometidos al yugo hispano. Desde aquí se oyen sus llantos y lamentaciones»[309].

Muy pronto, destacadas figuras de los Países Bajos, empezando por el propio Guillermo de Croy, empezaron a recibir cuantiosos beneficios y cargos relevantes en Nápoles. En diciembre de 1516 Chievres recibió el título de duque de Sora y fue nombrado Gran Almirante del reino y Capitán general de todas las fuerzas marítimas de los reinos de la Corona de Aragón tras el fallecimiento de Bernardo Vilamarí. Además, en la misma fecha se le otorgaron los derechos de fogaje y sal, entre otros, en varios lugares de la provincia de Tierra de Lavor, con carácter perpetuo y hereditario. En 1519 se le concedería la ciudad de Isernia en la provincia de Molisa, y otras ciudades y tierras en varias provincias, privilegios que heredaría su sobrino Felipe de Croy a su muerte. Chievres y Cardona protagonizaron un intenso intercambio de títulos y beneficios en el reino que reflejan la capacidad del virrey para adaptarse a los nuevos administradores flamencos de la gracia regia, como la auténtica clave de su permanencia en el cargo. Cardona, que ostentaba el ducado de Sora, accedió a vendérselo en 1516 a Croy. A su vez, éste lo vendería después al marqués de Pescara. En diciembre de 1519, tras la renuncia de Croy al cargo de Gran Almirante del reino, éste fue concedido a Cardona, junto con el título de «Capitán general de las fuerzas marítimas, no sólo de los reinos de la Corona de Aragón, sino de todos los reinos, estados y dominios sujetos a la potestad del monarca», que antes había detentado el mismo Guillermo de Croy, todo ello con las mismas prerrogativas, salarios ordinarios y extraordinarios que éste y que su predecesor Bernardo Villamarí. En la misma fecha se producía la confirmación perpetua de la propiedad de la tierra de Olivento con el título de conde que ya detentaba[310].

Los principales agentes de la Corona en Italia se vieron obligados a contar con Chievres para el progreso de sus asuntos en la corte. Ejemplo de ello es el destituido virrey de Sicilia, Hugo de Moncada, que tras su expulsión de la isla había ejercido diversos cometidos militares en el Mediterráneo y esperaba que se le autorizara a entrevistarse con Carlos para lograr nuevos beneficios a los que se consideraba acreedor, solicitando en 1518 la mediación de Guillermo de Croy[311]. La rapacidad flamenca que denunciaban de modo cada vez más enérgico los descontentos castellanos, comenzaba a extenderse al reino italiano, al tiempo que la corte del nuevo rey intentaba someter a sus criterios su administración y, sobre todo, su hacienda,

[309] Barcelona, 7 de mayo de 1519, *Epistolario...*, III, pág. 358.
[310] MARTÍNEZ FERRANDO, J. E., *Privilegios...*, págs. 66-67.
[311] AGS, Estado, leg. 1454, 38.

preocupada tanto por satisfacer las expectativas de personales de los cortesanos flamencos como las pretensiones de elevar el rendimiento de los ingresos de la Corona en los diversos territorios heredados, empezando por la misma Castilla, donde desde 1516 se suceden las provisiones fiscales y financieras[312]. De acuerdo con estas medidas, en abril de 1517 llegaba a Nápoles, con el cargo de Comisario General, Charles de Lecrec, presidente de la «Chambre des Comptes» de Lilla, como delegado especial de Chievres para iniciar un reconocimiento exhaustivo de todas las entradas del país y una inspección de las estructuras administrativas y fiscales. La misión, que duró casi dos años, puso de manifiesto las múltiples irregularidades acumuladas en el período anterior, y sirvió de base a los sucesivos intentos de reforma que sólo cristalizarían, aunque parcialmente, bajo Pedro de Toledo. La acción de Lecrec, que en cierto sentido puede interpretarse como un precedente de las posteriores visitas, aunque en este caso sin efectos jurídicos directos, desencadenó la oposición de todos los grupos de poder napolitanos y, especialmente, de los barones, que veían amenazado su intervencionismo en la gestión del gobierno. Al igual que en otras ocasiones, la resistencia de esos sectores a cualquier innovación en el sistema de consenso consolidado por Fernando el Católico se mostró capaz de neutralizar los proyectos de reforma, hasta el punto de que uno de sus máximos exponentes, auténtico garante de la estabilidad aristocrática del reino desde 1507, Giovan Battista Spinelli, consiguió en 1519 sustituir a Lecrec en la misión que se le había encomendado. Aunque el diligente oficial borgoñón siguió en el reino recogiendo datos, la oposición contra él obligó a la corte a hacerlo abandonar definitivamente el reino en abril de 1522.

Mientras esperaba en Flandes para embarcar rumbo a España, en 1517 Carlos I escribió a Cardona y aprobó las últimas medidas que había adoptado en el reino, desde la ocupación del castillo de Sora hasta el pago de las tropas reales que servían junto al papa. El monarca manifestaba su satisfacción por la tranquilidad del país, de la que estaba informado por varios conductos, e instaba a reforzar la vigilancia ante la nueva ausencia del virrey de la capital, que dejaba el gobierno en manos del Consejo Colateral. El rey autorizaba a Cardona a atender la demanda sobre «lo que dezis que algunos regnicolas desse reyno piden que vos les concedays confirmaciones de algunos feudos que tienen por concessiones de otros reyes y que ahunque de justicia lo podriades hazer no lo hazeys y nos suplicays que vos embiemos a mandar lo que sobrello haveys de hazer porque las partes se agravian del excesivo gasto que se les ofrece en embiar aqua por ellas respondemos que useys del poder que teneys no ampliandolo ni restringiendolo...». A la condescendencia con una de las más recurrentes peticiones de la nobleza del reino el nuevo monarca unía el agradecimiento por la gestión del virrey que, al frente de las tropas, había marchado hacia la

[312] *Vid.* DE CARLOS MORALES, C. J., *Carlos V y el crédito de Castilla. El tesorero general Francisco de Vargas y la Hacienda Real entre 1516 y 1524*. Madrid, 2000.

frontera pontificia para apoyar al papa, recaudando con eficacia el dinero necesario para pagar el ejército. La marcha del virrey se había producido siguiendo la via habitual. Cardona había partido hacia Abruzo «para dar calor y favorecer a las cosas de su Santidad», por lo que debía estar en estrecho contacto con la corte pontificia y los embajadores en Roma. Carlos creía necesario tranquilizar los ánimos alterados tras la firma del tratado de Noyon con Francia. El rey escribía a Cardona que «sobre lo que dezis que hezistes saber a los barones dese reyno de la parte aragonesa de la voluntad que nos tenemos a sus cosas y que nuestra intencion no es de les prejudicar y hanos plazido de saber que ellos hayan quedado contentos y defraudados dello, y nos lo haremos con ellos de tal manera que cada dia ternan causa de estar mas contentos.» Junto a la defensa del reino el estado de sus finanzas era otra de las máximas preocupaciones del monarca, que agradecía al virrey el envío de una detallada relación de los gastos y entradas de la regia corte. Asimismo, le comunicaba la llegada de la embajada de la ciudad de Nápoles para remitir a su opinión la respuesta a sus peticiones[313].

Por la misma fecha, desde Middelbourg, antes de embarcar para España, Carlos ordenó a su agente en Roma Luis Carroz que marchase a Nápoles para supervisar la casa de la reina Juana de Nápoles, cuya reputación consideraba de la máxima relevancia[314]. La sospecha sobre las «pláticas» de la reina viuda resultan más reveladoras en la difícil coyuntura sucesoria y se ven reforzadas por la insistencia en el secreto con que debía proceder Carroz incluso con las autoridades napolitanas y el propio virrey, el recelo hacia los cuales se refleja en la contemplación explícita de posibles sanciones por su comportamiento. Entre tanto, la principal cuestión que debía afrontar la corte se refería al trato dispensado a los embajadores de la ciudad de Nápoles y a los rumores despertados por la falta de una respuesta regia a sus peticiones, en este caso centrados en un supuesto enfrentamiento entre el regente de la Cancillería presente en la corte, Luis de Montalto, con el virrey y las autoridades de la capital. Por ello, una vez en Castilla, el monarca se vio obligado a defender al regente ordenando a Cardona que no tomara represalias contra él[315].

El 3 de noviembre de 1517 Cardona podía comunicar al rey la mejoría de la situación afirmando «que aquel reyno esta en mucha justicia y sosiego y si algunos hazen algun desorden son castigados», al tiempo que escribía «que los embaxadores de napoles havyan llegado entonces», insistiendo en que «procura tener todo el reyno bien dispuesto al servicio de v.al. y entendera lo que trataren y segun aquello avisara a v.al. de lo que convenga para lo qual sera bien que v.al. le scriva lo que sobrello le ocurre...»[316]. Carlos y su entorno estaban dosificando la concesión de las

[313] ZAB, 13-227.
[314] ZAB, 13-229.
[315] ZAB, 13-230. En los mismos términos se dirigió Carlos a los Electos de Nápoles.
[316] RAH, CSyC, A-17, f. 59.

gracias solicitadas para asegurarse una mayor capacidad de maniobra. En este sentido, resulta significativo el nombramiento de un tercer regente de la Cancillería, Segismundo Loffredo, en 1517, noble togado que había de jugar un papel fundamental en la consolidación del nuevo reinado. A el se uniría dos años depués un cuarto regente, además de Auditor general, en la persona de Marcello Gazzella, fiel servidor a la causa aragonesa desde principios de siglo. Las instrucciones dadas a Segismundo de Loffredo por el rey en Valladolid en diciembre de 1517 reflejan la amplitud de sus cometidos, que abarcaban materias de justicia, finanzas, política feudal y organización administrativa[317]. Al tiempo que entregaba a Loffredo sus intrucciones, el rey comunicó su marcha al reino desde Valladolid al virrey, consejeros, Electos de Nápoles, Cámara de la Sumaria y al abogado fiscal, así como a Charles de Leclerc y a la reina viuda y a la duquesa de Milán[318]. En otra carta más detallada Carlos informaba a Cardona de las condiciones de la ida del consejero[319]. El 15 de enero de 1518, desde Valladolid, el rey confirmó al marqués de Pescara en su cargo de capitán general de la infantería en Italia y le prometió recompensar sus servicios con nuevas mercedes[320]. Al mismo tiempo, le ordenó que obedeciera al virrey Cardona como capitán general de las tropas en Italia[321]. El 31 de julio de 1518, desde Zaragoza, Carlos escribió a Cardona para comunicarle la marcha al reino de otro enviado real, Vicente de Barde, con instrucciones sobre el gobierno y el encargo de sacar de los archivos napolitanos copias de varias escrituras que debía remitir a la corte[322]. Al mismo tiempo, expresó su preocupación ante la noticia de que un impostor había empezado a hacerse pasar por el duque de Calabria como pretendiente al trono de Nápoles[323]. El monarca ratificaba su aprobación del gobierno del virrey[324], mientras seguía dictando distintas medidas para la administración y la defensa, como la orden dada al maestro de fábricas Basilio de la Escocia de inspeccionar todas las fortalezas[325] o la revisión de las cuentas de ingresos y gastos del reino[326]. Esos expedientes se completaban con la recompensa a algunos de sus principales capitanes a través de diversas mercedes feudales —como la orden dirigida al virrey para que diese posesión de los estados de Montareni y Taurisano, en la pro-

[317] «Lo que vos Micer Segismundo de Lofredo regente nuestra Cancilleria y del nuestro consejo haveys de dezir de nuestra parte a nuestro visorey y lugar teniente general del nuestro Reyno de napoles por virtud de nuestra carta de creencia que para el llevays...», ZAB, 13-231.

[318] ZAB, 13-233.

[319] ZAB, 13-233.

[320] RAH, CSyC, A-17, ff. 86-86v.

[321] RAH, CSyC, A-17, ff. 93.

[322] RAH, CSyC, A-17, f. 79v.

[323] RAH, CSyC, A-17, ff. 75v.-76.

[324] RAH, CSyC, A-17, ff. 88-92v.

[325] RAH, CSyC, A-17, f. 94v.

[326] RAH, CSyC, A-17, f. 95 y «Relación de las pagas y salarios mandados suspender en el reino de Nápoles por orden del rey», RAH, CSyC, A-17, ff. 95v.-98.

vincia de Otranto, a Fabrizio Colonna Farnesio, I duque de Tagliacozzo y Gran Canciller del reino[327]— y oficios en el ejército, como la capitanía de hombres de armas concedida a Hugo de Moncada en sustitución de Pedro de Cardona, III conde de Colisano[328].

La continuidad aragonesa, 1518-1522

El 4 de septiembre de 1518 el virrey Cardona dirigió un largo memorial al monarca en el que insistió sobre la necesidad de defender las leyes y constituciones del reino a propósito del descontento despertado por la actuación de un oficial real contra destacados nobles, en la que veía una amenaza para la estabilidad del páis y para sus propias atribuciones virreinales. La identificación del virrey con los intereses de la nobleza napolitana resulta evidente en su defensa de los procedimientos judiciales establecidos por las leyes. Asimismo, el virrey justificaba el procedimiento de gobierno seguido en las reuniones del Consejo Colateral. La llegada de la delegación austriaca que iba a la corte para exponer el descontento surgido en los estados patrimoniales del monarca contra el infante Fernando servía finalmente de ocasión al virrey para comunicar los agasajos de que habían sido objeto coincidiendo con los festejos caballerescos organizados para celebrar la elección de Carlos al título imperial en los que la nobleza filoaragonesa tuvo ocasión de lucir su preeminencia social y política[329].

Entre tanto, Guillermo de Croyx seguía extendiendo su influencia sobre Nápoles. En agosto de 1519, mientras la corte se encontraba en Barcelona y coincidiendo con la estancia de Prospero Colonna que, llegado en julio, había engrosado las filas de sus clientes, Chievres logró que el rey le confirmara el ducado de Sora y el cargo de Almirante del reino. Anglería, siempre atento a denunciar la voracidad flamenca, se hacía eco de todo ello, al tiempo que señalaba la difícil situación en que se encontraba el virrey de Nápoles pues «El rey ha dicho más de una vez que ha de relevar a Ramón de Cardona, varón ya amaestrado por la larga experiencia de los asuntos en el gobierno del reino». Cardona habría ofrecido a Chievres, a través de Prospero Colonna, comprarle el ducado de Sora y el cargo de Almirante por una suma muy superior al valor de sus rentas a fin de no ser apartado del gobierno[330].

Desde Roma, el embajador Juan Manuel, conocido por su identificación con los intereses flamencos desde tiempos de Felipe el Hermoso, que le valieron la persecución de Fernando el Católico, no dejaba de denunciar ante el Emperador el es-

[327] RAH, CSyC, A-17, ff. 105v.-107.
[328] RAH, CSyC, A-17, f. 109v.
[329] RAH, CSyC, A-17, ff. 163-165v.
[330] Barcelona, 1 de septiembre de 1519, *Epistolario...*, III, págs. 368-369.

tado del reino. El 12 de mayo de 1520 escribía que «bien es que sepa de lo que en napoles hay muy poca justicia y mal recaudo en otras cosas y en Sicilia ninguna justicia ni remedio para que no se pierda aquel Reyno si de otra manera no manda vuesta majestad proveheerlo de todo estoy bien informado y es cierto y publico de que me pesa y el servicio de vuestra magestad me pone en escrevirlo...»[331]. Al mismo tiempo, la casa de Cardona continuaba dando preocupaciones al monarca en Cataluña por la autonomía con que proyectaba su engrandecimiento familiar. El 4 de agosto, desde Gante, Carlos prohibió la boda entre la segunda hija del duque Fernando de Cardona, Aldonza de Cardona y Manrique, con un hijo del rey destronado de Navarra Juan de Albret, viéndose obligado a reiterar su orden dias después[332]. Mientras, Ramón de Cardona seguía inundando Nápoles con festejos celebrados por los más diversos motivos relacionados con la corte imperial. El 11 de junio de 1520 describió al Emperador las solemnes celebraciones organizadas por la feliz llegada del monarca a Flandes y el recibimiento tributado allí y, antes, en Inglaterra[333].

El 3 de julio de 1520 León X concedió la dispensa de la incompatibilidad establecida por sus predecesores entre el título imperial y el de rey de Nápoles. El embajador imperial en Roma, Juan Manuel, pronunció un solemne discurso al presentar la hacanea blanca como símbolo del reconocimiento de la soberanía feudal del papa sobre el reino de Nápoles[334]. Sin embargo, las relaciones del Papa con Cardona alcanzaron un punto crítico cuando aquel formuló una excomunión contra éste y las máximas autoridades del reino por la detención y confiscación de los bienes del arzobispo de Amalfi, según informaba el mismo Juan Manuel a Carlos V el 27 de julio de 1520[335]. El 12 de diciembre de ese año Juan Manuel comunicaba al soberano las últimas noticias recibidas sobre los preparativos de una armada francesa y las disposiciones tomadas por Francisco I para invadir el reino de Nápoles, cuyas guarniciones proponía reforzar por este motivo[336]. El 16 de enero de 1521 el embajador transmitía nuevos informes sobre cómo el marqués de Aguila se mostraba dispuesto a costear un ejército para invadir el reino en nombre del rey de Francia, según había denunciado el arzobispo de Capua Tommasso Caracciolo[337]. Entre tanto, Cardona seguía desarrollando una intensa política patrimonial y de reforzamiento de su casa en Nápoles. El 21 de febrero escribió al marqués de Arhiscot sobre las negociaciones para la venta del ducado de Sora y otros asuntos que reflejaban el mante-

[331] RAH, CSyC, A-19, f. 66.
[332] RAH, CSyC, A-18, ff. 199-199v.
[333] RAH, CSyC, A-19, f. 99.
[334] RAH, CSyC, A-19, f. 126.
[335] RAH, CSyC, A-19, ff. 153-154.
[336] RAH, CSyC, A-19, ff. 375-384.
[337] RAH, CSyC, A-20, ff. 25-26 y 28-29.

nimiento de sus contactos con la élite flamenca de la corte imperial[338]. El mismo día envió a Carlos V una lista de las personas que proponía para ocupar las plazas de la guardia virreinal de los *contínuos*, así como de las capitanías de las compañías del ejército del reino, en un intento por reforzar su autoridad mediante nuevos lazos clientelares con la nobleza napolitana[339].

El parlamento que debía votar el donativo al nuevo emperador fue pospuesto desde el verano hasta el mes de noviembre de 1520. La reunión se celebró en un clima tenso, marcado por las noticias que llegaban de la rebelión de las comunidades en Castilla. Tras diversas negociaciones, guiadas por el duque de Atri en nombre de los barones y el regente Montalto con el enviado especial de Carlos, Lecrec, se concedió una suma de 300.000 ducados a pagar en tres años, con carácter extraordinario y destinada sólo a la defensa y las necesidades del reino. A cambio, una comisión de nobles de *seggio* y de barones reclamó la confirmación de los privilegios de la capital y del reino. Sin embargo, en mayo de 1521 Carlos respondió volviendo a negar su reconocimiento al considerar inaceptables las condiciones impuestas por el parlamento[340]. En marzo había promulgado en Worms unas Capitulaciones donde se reservaba el examen pormenorizado de cada privilegio invocado por los barones y cuerpos del reino. A finales de 1521 Gattinara criticó las condiciones que reclamaba el parlamento en el memorial redactado sobre la situación del país, donde se cuestionaba el conjunto de su aparato de gobierno —desde el virrey y los principales oficiales de la administración hasta los agentes intermedios— como responsables del caos financiero y militar en que aquel se encontraba, al tiempo que se le acusaba de oponerse a las directrices de la corte[341].

El inicio del reinado de Carlos de Austria y las nuevas directrices que apuntaban en su corte, representadas por los proyectos de reforma administrativa y de la hacienda puestos en marcha desde 1517 y revitalizados en 1521 por Gattinara, iba a verse dificultado no sólo por el comienzo de una serie de guerras casi continuas con Francia en el suelo italiano sino también por el empeoramiento de la situación general en el Mediterráneo como consecuencia del avance turco iniciado en 1517 con la conquista del califato mameluco de Egipto y reemprendido en el mismo 1521 con una nueva ofensiva que llevaría a la toma de Belgrado y, el año siguiente, a la de Rodas. La consecuente alteración del sistema comercial vigente entre los estados italianos y el norte de Africa fue más grave para los territorios económicamente menos desarrollados y más expuestos geográficamente a los ataques otomanos como el reino de Nápoles, que se vería obligado a invertir mayores esfuerzos materiales, técnicosy humanos para la defensa de sus costas, haciendo que se planteara con mayor

[338] RAH, CSyC, A-20, ff. 60-61.
[339] RAH, CSyC, A-20, f. 62.
[340] D'AGOSTINO, *Parlamenti...*, págs. 207-211.
[341] D'AGOSTINO, *Parlamenti...*, págs. 211-212.

energía la necesidad —ya presente en los primeros años del virreinato español— de renovar el sistema de fortificaciones, sobre todo en la capital y en las provincias fronterizas de Apulia y Calabria. Ante las reclamaciones virreinales de nuevas contribuciones militares y financieras, los grandes barones del reino, comprometidos en el gobierno a través de la presencia de sus principales representantes en el Consejo Colateral, desarrollaron sus reclamaciones políticas erigiéndose en defensores formales de las poblaciones encomendadas a su custodia.

En 1521 el nuevo frente militar abierto en la Italia del Norte con el inicio de la primera guerra entre Carlos V y Francisco I determinó un agravamiento de las condiciones del reino de Nápoles tanto en el ámbito politico —al acarrear una nueva ausencia del virrey tras su discutida asunción del mando de las tropas imperiales— como en el social y economico, por la contribución al coste de la campaña. Hacia finales de ese año un memorial dirigido al Emperador por uno de los oficiales españoles de la administración napolitana criticaba en los términos más duros el gobierno de Cardona al tiempo que reflejaba la estrecha relación entre la política militar de la Monarquía y la evolución del reino, hasta el punto de que «en las provincias de Calabria luego que se sintio que havia guerra en lombardia se rompieron algunas estradas y alguna gente se havía alterado y hazían algunos daños en la estrada publica...»[342]. En correspondencia con las denuncias planteadas por Lecrec y Gattinara, se cuestionaba la alianza mantenida por el virrey con la nobleza y se denunciaban las tendencias anárquicas de los barones, entre los cuales el marqués de Pescara se presentaba como uno de los más destacados[343]. Cardona era descrito como un gobernante débil, entregado a los barones que controlaban el Consejo Colateral. A todo ello se unían los rumores sobre la sustitución del virrey y el descontento extendido ante la posibilidad de que fuera nombrado en su lugar el embajador en Roma Juan Manuel pues «alli se ha publicado que v.Md. manda yr allí a don Joan por virrey y han dado a entender a los barones que es un cruel y grande amigo del pueblo». En esa situación urgía cambiar el rumbo del gobierno o proceder al relevo del virrey por alguien que se mostrara más dócil a las directrices de la corte y que, al contrario de Cardona, hechura del Rey Católico y con fuertes lazos en el reino tras su largo mandato, se reconociera totalmente dependiente del Emperador[344].

Desde Roma, don Juan Manuel no dejaba de quejarse al monarca por el comportamiento del virrey. El 2 de julio de 1521 le escribía que «De los setenta mil ducados que han de venir de napoles no tengo respuesta del visorey». La llegada del dinero napolitano era imprescindible para proveer a las necesidades del ejército que debía operar en Lombardía, cuya situación describía el embajador en tonos alar-

[342] ZAB, Col. Miró, carp. 13, núm. 247, f. 1.
[343] ZAB, Col. Miró, carp. 13, núm. 247, ff. 28-29.
[344] ZAB, Col. Miró, carp. 13, núm. 247, f. 19.

mantes. Ante todo, urgía clarificar el problema del mando supremo de las tropas. En su opinión, éste debía permanecer bajo el marqués de Mantua, Capitán General de la Iglesia, si bien «el ha de hazer lo que hiziere con consejo de Prospero Coluna». La situación cambiaría si Cardona marchaba al frente de los efectivos napolitanos, como había sucedido en 1511. Pero la dilación del virrey en tomar una decisión alimentaba la incertidumbre y quebraba la cohesión entre los aliados. Don Juan Manuel informaba al monarca de las posibilidades abiertas y señalaba la necesidad de que, en caso de marchar hacia el norte, Cardona dejara como lugarteniente del reino a alguien de absoluta confianza como el marqués de Pescara Fernando de Avalos. Probablemente, en esa predilección del embajador pesaba más su deseo de que el marqués no pudiera desempeñar un papel relevante en la dirección de las operaciones militares que su preocupación por el gobierno del país. En todo caso, señalaba que la previsible ausencia del virrey debía quedar cubierta en Nápoles por una gestión capaz de actuar «templando lo mejor que ser pudiere», al tiempo que volvía a reprochar la indecisión de Cardona por paralizar la campaña y dificultar sus relaciones con León X. La labor de Juan Manuel en Roma se veía complicada por las maniobras francesas, que se habían puesto de manifiesto con ocasión de la preceptiva presentación de la hacanea. La marcha de Cardona al frente de las tropas era una cuestión de vital importancia también para el gobierno del reino de Nápoles, por lo que el embajador insistía en su sustitución[345].

El 8 de julio Juan Manuel podía comunicar al Emperador que Cardona se había puesto en marcha hacia la frontera septentrional del reino. La clave de la operación estaba en los poderes que el monarca había concedido al embajador sobre los asuntos del ejército y de la Liga, que lo situaban en una situación de superioridad respecto al virrey, de delicadas implicaciones por la necesidad de mantener la reputación de éste ante los magnates y príncipes de Italia y ante los barones del propio reino de Nápoles. La oposición del embajador a que Cardona asumiera el mando supremo del ejército de la Liga como en los tiempos de la campaña de Ravenna apenas ocultaba, bajo el pretexto de la oportunidad que aconsejaba no agraviar al marqués de Mantua despojándolo de tan alto oficio, la profunda animadversión que enfrentaba a los dos máximos representantes imperiales en Italia[346].Pese a ello, el 13 de julio, Juan Manuel escribió al Emperador que cualquier cambio en el gobierno de Nápoles podía ser perjudicial en aquellos momentos, por lo que aconsejaba mantener por el momento a Cardona en su cargo[347].

El 22 de julio de 1521 Cardona comunicó a Carlos V la llegada de las tropas mandadas por Antonio de Leiva a Bolonia y la salida del reino de un ejército mandado por el marqués de Pescara con dirección a esa ciudad. En la misma carta in-

[345] RAH, CSyC, A-21, ff. 6-8v.
[346] RAH, CSyC, A-21, ff. 14-15v.
[347] RAH, CSyC, A-21, ff. 23-24.

formaba que se disponía a cumplir con la orden imperial de marchar a la campaña y dejar al frente del gobierno al Consejo Colateral. Los asuntos del reino debían tramitarse durante su ausencia en función de las órdenes directas que el soberano transmititía al Consejo[348]. El 31 de julio Juan Manuel escribió que había pedido a Cardona que, debido a su enfermedad, no siguiera hasta Lombardía y volviese a Nápoles para encargarse de recaudar el dinero necesario para la campaña, así como de reforzar los castillos del reino y luchar contra los bandidos «que andan sueltos en harto numero y tanto que no hosa la gente andar por los caminos y ni ahun estar en algunas aldeas»[349]. La marcha del virrey al frente del ejército se estaba convirtiendo en un serio problema para los aliados[350]. La elección de Pescara para el mando de las tropas napolitanas produjo el descontento de Próspero Colonna con el virrey, según informaba Juan Manuel al soberano el 9 de agosto. Para esos y otros temas relacionados con el gobierno de Nápoles el embajador se remitía a su correspondencia con Briceño, secretario de Cardona, «que es el que en napoles haze en ausencia del visorey y ahun en presencia...»[351]. El 30 de julio Rodrigo Niño, otro de los agentes imperiales destacados en Nápoles para supervisar el gobierno virreinal e informar a Juan Manuel y a la corte, comunicaba al César la venta de varios señoríos napolitanos incautados a nobles profranceses[352], mientras se procedía a incautar todas las mercancías y bienes franceses y de sus aliados genoveses, según informaba el Consejo de Nápoles al Emperador el 8 de agosto[353]. Ese mes Cardona cayó enfermo de nuevo[354]. El 15 de agosto los miembros del Consejo Colateral escribieron al Emperador que «agora que el visorey esta dentro del reyno todas las cosas de importancia se le embian para que las firme y el consejo solamente despacha las cosas de justicia y del govierno pero quando el visorey sera fuera del reyno esta forma que agora se tiene no sera para entonces platicable antes es menester que v.mad. mande que uno firme las provisiones y que v.mad. embie poder para aquel y para los otros». El Colateral informaba también de algunos preocupantes rumores de rebelión y de otros síntomas de descontento que se extendían al ámbito institucional del parlamento. Para atender esos y otros problemas se había arbitrado un sistema de gobierno colegiado entre el virrey y el Consejo, pues «el dicho visorey desde la cama adonde ha estado y esta doliente ha proveydo y provee todo lo que ve que conviene al servicio de v.mad. y buen govierno de aquel reino y buena administracion de la justicia del y que al dicho brizeño dexo para solicitar lo que escriviesse don juan manuel y a los del consejo y para avisarle de todo lo qual se ha hecho haze y hara con

[348] RAH, CSyC, A-21, ff. 46v.-49.
[349] RAH, CSyC, A-21, ff. 77-79.
[350] RAH, CSyC, A-21, f. 96.
[351] RAH, CSyC, A-21, ff. 102-102v.
[352] RAH, CSyC, A-21, ff. 49v.-51v.
[353] RAH, CSyC, A-21, ff. 49v. y 52v.
[354] N. Breceño a Carlos V, Nápoles, 7 de agosto de 1521, RAH, CSyC, A-21, ff. 117-118v.

toda diligencia y a rodrigo niño ayuda en todo lo que llevo a cargo»[355]. El 19 de agosto Juan Manuel informaba al Emperador «Scrivenme de napoles de infinitos desconciertos que acaeçen en la ciudad del aguila y cerca della y ahun en la mesma de napoles»[356].

Las tropas napolitanas estaban acampadas en Parma, mientras el papa seguía protestando por la tardanza del virrey en ponerse al frente del ejército que estaba permitiendo a los franceses reorganizar sus fuerzas, según escribía Anglería el 21 de agosto desde Valladolid[357]. El 27 de agosto el embajador insistía en sus críticas al virrey por haber dado el cargo del ejército a Pescara. Mientras se esperaba el regreso del virrey a Nápoles Juan Manuel supervisaba las tareas de gobierno[358]. El 31 de agosto comunicaba al monarca, en un marco de inestabilidad presidido por los ecos de la Comunidades y la resistencia de los agermanados de Valencia, las alarmantes noticias que llegaban de Nápoles: «scrivenme de napoles y rodrigo niño tanbien que se hazen cosas muy terribles en aquella ciudad y tierra de insultos publicos contra v.mad. Yo he scrito hartas vezes que el visorrey vaya a remediallo y agora que es menester dize que quiere yr a la guerra y si persevera en no querer volver a hazer su officio procurare que en su ausencia el consejo y conde de santo severino por principal de dicho consejo provean las cosas todas y si a ellos pareciere que el duque de sessa entienda en las cosas de guerra porque esta ganoso de servir y no llevara por ello salario y creo que lo hara bien, entendera en ello por mandamiento del consejo como digo fasta la venida del visorey, o otro mandamiento de v.mad»[359].

El 6 de septiembre Juan Manuel insistió al César en el peligro que habían corrido los reinos de Nápoles y Sicilia de sufrir una invasión francesa[360] y el 10 de octubre sobre el mal gobierno de Nápoles y las disposiciones más urgentes que había que adoptar[361]. Sin embargo, en diciembre Cardona, pendiente hasta el último momento del esplendor ceremonial de la corte, aún escribía al Emperador para felicitarle por la toma de Tornay y comunicarle el nacimiento de un hijo mientras se celebraba con luminarias aquella victoria[362]. El 19 de enero de 1522 el Consejo Colateral comunicó al Emperador las dificultades para atender a las continuas demandas de dinero por parte de las tropas imperiales que operaban en el norte de Ita-

[355] RAH, CSyC, A-21, ff. 116-118.
[356] RAH, CSyC, A-21, ff. 124-124v.
[357] *Epistolario*, vol. IV, Madrid, 1957, pág. 201.
[358] RAH, CSyC, A-21, ff. 138v.-141.
[359] Las alteraciones de España se dejaban sentir en Italia. Manuel informaba que «El valenciano que escrivi a v.al. que havia tomado aqui el habito de santiago ascondido de mi yo le hecho prender y esta en napoles preso, enbie v.mad. a mandar luego lo que del se haga:»RAH, CSyC, A-21, ff. 150v.-151.
[360] RAH, CSyC, A-21, ff. 165-166.
[361] RAH, CSyC, A-21, ff. 199-212.
[362] RAH, CSyC, A-21, f. 394v.

lia a través del embajador en Roma[363]. Pocos días después Cardona se defendió ante el soberano de las acusaciones vertidas contra él, resaltando sus esfuerzos para proveer de dinero al ejército del norte de Italia y mejorar la recaudación de acuerdo con las órdenes del monarca, mientras señalaba «que desde el tiempo de los reyes passados hasta agora nuńca ha havido en aquel reyno tanta justicia y obediencia como agora hay y contra los foraxidos ha hecho tanta justicia que los que quedavan han huydo y no parece ninguno con lo qual y con la pragmatica que ha hecho spera que no havra mas dellos...»[364]. El 3 de marzo de 1522 Juan Manuel escribía a Carlos V que Cardona estaba nuevamente enfermo y describía las cualidades que debía reunir su sucesor[365]. Ante la grave enfermedad del virrey, el 6 de marzo el Consejo Colateral pidió al soberano que le concediera el poder vender jurisdicciones y confirmar privilegios feudales[366]. El 12 de marzo, con mal disimulada alegría, Juan Manuel comunicaba al César la muerte del virrey: «Por letras de napoles sabra v.md. como fallescio el visorrey a X deste. n.s. le perdone y alumbre a v.md. para poner officiales en sus Reynos que hagan bien sus officios porque haya en ellos justicia y dios y v.md. seays servidos...»[367]. Aún más dura era la opinión de Pedro Martir de Anglería, quien desde Valladolid escribiría «El que haya muerto el virrey Don Ramón de Cardona es ley general, que no admite excepción. Lloren sus parientes el que en una tan alta magistratura no haya tenido la menor aureola de gloria ni haya sido autor de alguna hazaña esclarecida que lo libre de la injuria del olvido»[368]. El 22 de marzo Juan Manuel escribía de nuevo a Carlos sobre Nápoles: «de lo de allí no hay mas que dezir sino que todo ha menester remedio desde lo mas fasta lo menos y ha de ser bueno y presto...»[369]. La respuesta del monarca fue inmediata y en pocos días se cursó el nombramiento de Carlos de Lannoy como nuevo virrey, por lo que se congratulaba Juan Manuel el 7 de abril[370]. Hasta la llegada de Lannoy asumió el poder el Consejo Colateral, formado en aquel momento por Andrea Carafa conde de Santa Severina y decano, y los regentes de la Cancillería Girolamo Colle, Marcello Gazella y Giovan Bartolomeo Gattinara sobrino del gran canciller imperial, siendo Secretario del Reino Pietro Gazzaro[371].

---

363 BNM, ms. 18.697-16. Firman la carta el conde de Santa Severina, el Prior de Barletta, Hieronymo de Francesco, Ludovico de Montalto, Hieronymo de Colle, el conde de Policastro y el secretario Antonio de Seron.

364 RAH, CSyC, A-22, ff. 63-64.

365 RAH, CSyC, A-23, f. 19.

366 BNM, ms. 18.697-89.

367 RAH, CSyC, A-23, f. 54.

368 Carta al arzobispo de Cosenza, Valladolid, carta fechada el 14 de febrero de 1522, pero, evidentemente posterior, *Epistolario...*, vol. IV, págs. 242-243.

369 RAH, CSyC, A-23, f. 98.

370 RAH, CSyC, A-23, ff. 151-151v.

371 PARRINO, D. A., *Teatro eroico...*, I, págs. 84-86.

Al igual que sucedería con muchos de sus sucesores, Ramón de Cardona se había encontrado en una situación cada vez más difícil, tras un gobierno demasiado largo como para no suscitar los recelos de los diversos grupos nacionales y de facción que se disputaban el favor real en la corte, empezando por los castellanos, que, comuneros o imperiales, reclamaban la concesión del cargo virreinal, al igual que hacían los borgoñones y, entre ellos, de forma destacada, Carlos de Lannoy. Pese a todo, el virrey catalán, uno de los más destacados agentes de la política de Fernando el Católico y el principal protagonista de la política italiana de éste en los años decisivos que, sobre todo entre 1510 y 1515, configuraron los criterios de actuación en la península que se mantendrían, aunque redimensionados, durante las décadas siguientes, había conseguido resistir en el poder, remontando un complejo tránsito de reinado y el ascenso de los grupos flamencos en la corte. Su gobierno, el más largo de toda la etapa virreinal a excepción del de Pedro de Toledo, atestigua la temprana voluntad de Carlos V de anteponer la imagen de autoridad de sus representantes, como encarnación de la majestad real, a las fuertes discrepacias sobre los criterios de gobierno. A pesar de esas contradicciones, Cardona fue uno de los pocos virreyes que murieron en el ejercicio de su cargo. Su desaparición no supuso el final de la política de consenso con la nobleza que había impulsado el modelo aragonés de Fernando el Católico. El nuevo virrey, Carlos de Lannoy, inauguraría una alternativa borgoñona que había de durar hasta 1530 sin alterar la sustancia de los compromisos hábilmente fraguados por el noble catalán aunque abriéndolos de forma más decidida a los linajes angevinos, de acuerdo con la actitud profrancesa de la aristocracia flamenca. Más allá de las tensiones que dividían a sus diversos grados, linajes y facciones, la nobleza napolitana tenía sobrados motivos para seguir venerando la imagen de los tres reyes expuesta en la capilla de Castelnuovo: el amor que en forma de oro ofrendaba Ferrante I, la fe plasmada en incienso del Rey Católico y la mirra de una esperanza convertida en realidad para sus anhelos de conservación y aumento en las manos de Carlos de Austria.